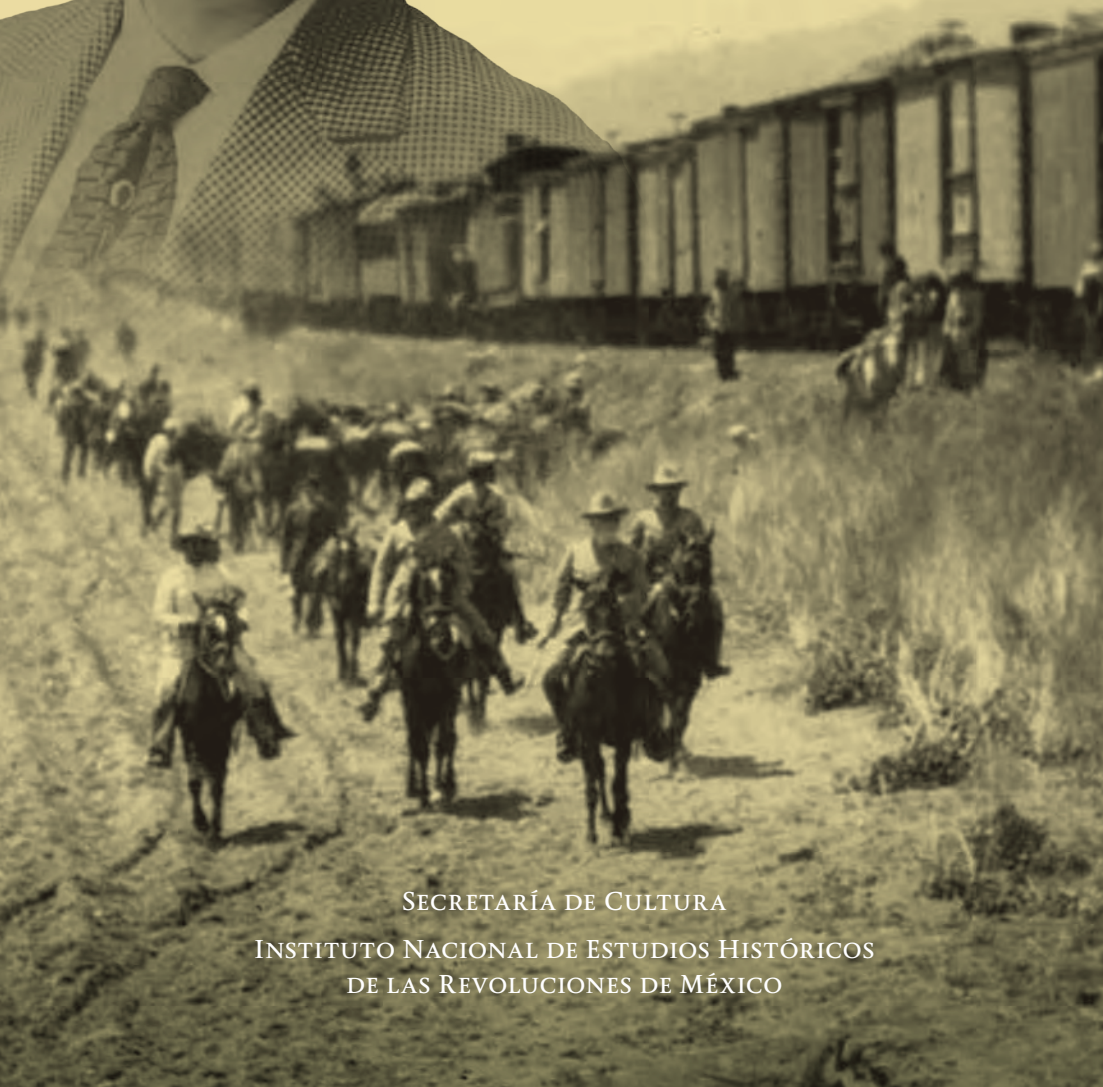




# MÉXICO

## TLAXCALANTONGO

FRANCISCO L. URQUIZO



SECRETARÍA DE CULTURA

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS  
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

MÉXICO-  
TLAXCALANTONGO

HISTORIA



**CULTURA**  
SECRETARÍA DE CULTURA

**SECRETARÍA DE CULTURA**

*Secretaría de Cultura*

María Cristina García Cepeda



**INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS  
HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO**

*Directora General*

Patricia Galeana

CONSEJO TÉCNICO CONSULTIVO

Luis Barrón Córdova	Ricardo Pozas Horcasitas
Fernando Castañeda Sabido	Salvador Rueda Smithers
Ana Carolina Ibarra González	Rubén Ruiz Guerra
Luis Jáuregui Frías	Enrique Semo Calev
Érika Pani Bano	Gloria Villegas Moreno

MÉXICO-  
TLAXCALANTONGO

FRANCISCO L. URQUIZO

F1234

U075

2018 Urquizo, Francisco L. (Francisco Luis), 1891- 1969  
*México - Tlaxcalantongo* / Francisco L. Urquizo, Patricia Galeana,  
presentación, México, Ciudad de México: Secretaría de Cultura,  
INEHRM, 2018.  
196 páginas (Historia)

ISBN: 978-607-8507-95-5, *México-Tlaxcalantongo*.

Carranza, Venustiano, 1859-1920 - Asesinato 2. México - Historia -  
Revolución, 1910-1920 3.Tlaxcaltongo (Puebla) I. t. II. Ser.

Primera edición, INEHRM, 2017.

Producción:

Secretaría de Cultura

Instituto Nacional de Estudios Históricos  
de las Revoluciones de México

D.R. © Patricia Galeana, presentación

D.R. © 2018 de la presente edición

Secretaría de Cultura

Dirección General de Publicaciones

Paseo de la Reforma 175,

Colonia Cuauhtémoc, C.P. 06500,

Ciudad de México.

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad  
del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones  
de México de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos  
la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación,  
sin la previa autorización por escrito de la Secretaría de Cultura  
/Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

ISBN: 978-607-8507-95-5, *México-Tlaxcalantongo*

Impreso y hecho en México

**CULTURA**  
SECRETARÍA DE CULTURA



# CONTENIDO

## EL FIN DE CARRANZA

PATRICIA GALEANA ..... VII

*Instituto Nacional de Estudios Históricos  
de las Revoluciones de México*

## MÉXICO-TLAXCALANTONGO

VERSIÓN FACSIMILAR

FRANCISCO L. URQUIZO ..... IX





## EL FIN DE CARRANZA

**E**l general revolucionario Francisco L. Urquiza fue testigo directo de los últimos días del presidente Venustiano Carranza. Lo acompañó hasta Tlaxcalantongo, donde el Primer Jefe fue abatido por los rebeldes aguaprietistas. El célebre autor de las novelas del soldado hace una vívida narración de los trágicos acontecimientos.

Urquiza comienza su relato refiriendo que el 5 de mayo de 1920 fue muy diferente a los anteriores. Se habían sublevado el gobernador de Sonora, Adolfo de la Huerta, y Álvaro Obregón, que se encontraba en Guerrero, donde se había levantado también Fortunato Maycotte. Pablo González, encargado de la custodia de la capital del país, también se insurreccionó y ocupó Texcoco. Sólo permanecían leales a Carranza los generales Manuel M. Diéguez, en el Norte, Francisco Murguía en el Noreste, y Cándido Aguilar, en Veracruz.

El autor narra los preparativos de la fiesta cívica en Palacio Nacional:



Nos saludó a todos con el afecto de siempre, como si nada extraordinario ocurriera y su Gobierno tuviera el firme cimiento que antes tuvo. Él solo constituía la piedra más fuerte de aquella edificación potente. La racha huracanada del movimiento insurreccional no llegaba hasta él.<sup>1</sup>

Ante la defección de los cuerpos militares de élite, la situación del presidente en la capital era insostenible. Esa noche se decidió abandonar la capital el 7 de mayo y preparar la salida hacia Veracruz, donde Cándido Aguilar reuniría una fuerza de 12 mil hombres, en 24 horas.

Urquiza se opuso a que el trayecto se hiciera por ferrocarril mexicano, ya que el enemigo controlaba Puebla y Oaxaca y podrían cortarles la retirada en varios puntos, pero su opinión no fue aceptada. Motu proprio, todos los alumnos del Colegio Militar decidieron acompañar al presidente.

El entonces secretario de Guerra narra con detalle los preparativos de la salida a las 7 de la mañana del 7 de mayo, que se retrasó cuatro horas por las deserciones en masa de muchos de los oficiales. Los más de 60 convoyes salieron de la estación Buenavista, con muchas dificultades, pues también habían desertado los maquinistas, y ya estaban entrando las primeras tropas rebeldes a la ciudad.

La mañana del 8 de mayo el presidente pasó revista a los tres mil hombres que quedaban. Con pluma magistral Urquiza describe la fortaleza de Carranza:

El Presidente, en brioso caballo, recorría la línea, impávido ante la lluvia de balas que enviaba el enemigo. Su caballo cayó

<sup>1</sup> Véase las páginas 9-10 de la presente edición.

muerto de un tiro y él continuó impasible, de pie, viendo cómo sus soldados disparaban hacia arriba.<sup>2</sup>

El autor refiere los muchos ataques que sufrieron. El presidente ordenó que no se fusilara a los 400 prisioneros de fuerzas que apenas unos días antes estaban con el gobierno. Jacinto B. Treviño propuso a Carranza que saliera del país a cambio de respetar su vida. Urquiza señala al respecto:

No obtuvo contestación el recado. Una sonrisa amarga se dibujó en la faz del Presidente. ¡Que escapara! Poco conocía el General Treviño a quien tanto tiempo fué su inmediato jefe...

No, el hombre que (...) redimió a un pueblo no podía huir en aquella forma. No era un cobarde, nunca lo fué.<sup>3</sup>

El 13 de mayo, pasando Aljibes, los convoyes tuvieron que detener su marcha al encontrar destruida la vía del ferrocarril. Los 4 mil soldados leales al presidente abandonaron los trenes y se enfrentaron a un enemigo muy superior, pues los 12 mil hombres que Carranza confiaba se mantendrían leales en Veracruz, habían defecionado y los tenía enfrente. A pesar de ello, los leales lograron rechazarlos una vez más. Fue su última victoria.

La mañana siguiente, el presidente y un consejo de generales leales decidieron seguir a caballo y a pie por la sierra hacia Veracruz, cargando a lomo de mula la poca artillería y el dinero que les quedaba. Cuando las fuerzas leales estaban arreglando sus maletas para partir, el enemigo los atacó por varios flancos, sembrando el pánico y la confusión.

<sup>2</sup> *Vid.*, págs. 53-54.

<sup>3</sup> *Vid.*, pág. 61.

Al internarse en la sierra, bajaron hacia el rancho de Santa María y emprendieron la marcha:

En cada rostro de los fugitivos se veía el desaliento infinito, la impotencia, el dolor, la desesperanza. (...) Sólo el Presidente, el Primer Jefe Carranza iba erguido en su caballo, majestuoso, impertérrito, altivo y digno en su porte, aunque quizás adolorido en su corazón; caminaba a la cabeza del corto grupo sin demostrar el más leve disgusto, el menor temor, ira o desconsuelo, callado, digno, severo, como una bandera, como un símbolo.<sup>4</sup>

La comitiva fue guiada en la sierra por Luis Cabrera, que la conocía bien.

La mañana del 18 el presidente decidió aligerar la pequeña columna, separando a los cadetes del Colegio Militar para no exponer sus vidas, y trató de salir de la sierra poblana, donde el enemigo estaba cada vez más cerca. Aunque el jefe de los cadetes no quería dejar al presidente, ante las órdenes de éste, tuvieron que hacerlo.

Todos comprendíamos que la aventura estaba perdida; quizá hasta el mismo Presidente lo pensaba así y sin embargo no lo demostraba; siempre igual: firme, digno, con la esperanza del triunfo final...<sup>5</sup>

El general Urquiza refiere cómo delante de Necaxa se les incorporó el general Herrero, rebelde poblano quien días atrás se había rendido al gobierno de Carranza. Creyendo que seguía fiel al presidente y necesitados de apoyo, lo recibieron con alegría, sin saber que era un traidor.

<sup>4</sup> *Vid.*, pág. 86.

<sup>5</sup> *Vid.*, pág. 121.

Guiados por Herrero, llegaron a San Antonio Tlaxcalantongo a las 5 de la tarde de ese 20 de mayo. El presidente decidió pasar allí la noche, sus habitantes le dieron el mejor jacal del pueblo. El autor se quedó en un cobertizo a 150 metros de Carranza, desde donde pudo ver cómo le disparaban.

Urquizo, el general Pilar Sánchez y uno de sus ayudantes lograron escapar por la sierra y llegar a Xico, donde les confirmaron que el presidente había sido asesinado. Allá fue llevado su cuerpo. Urquizo narra la escena.

Llegamos los tres hasta donde se encontraba el féretro. Parecía que el Sr. Carranza dormía tranquilamente; ni una contracción de dolor, ni un gesto de espanto, ni la tristeza se reflejaban en su rostro, a pesar de haber caído traicionado y abandonado de todos los que fueron sus subordinados o amigos. Expresaba la tranquilidad de los justos, de los que han cumplido su misión en la tierra, de los mártires que mueren por su fe, con la satisfacción dibujada en los labios; perdonando a todos: a amigos, que lo abandonaron, a enemigos que lo traicionaron y ya caído se cebaron en él...<sup>6</sup>

El INEHRM reedita esta versión facsimilar de *México-Tlaxcalantongo* de Francisco L. Urquizo, fuente primaria fundamental para conocer el fin del gobierno y de la vida del gran estadista mexicano Venustiano Carranza.

PATRICIA GALEANA

*Instituto Nacional de Estudios Históricos  
de las Revoluciones de México.*



<sup>6</sup> *Vid.*, pág. 163.



MÉXICO-  
TLAXCALANTONGO

VERSIÓN FACSIMILAR



MEXICO-TLAXCALANTONGO





F R A N C I S C O L . U R Q U I Z O

M E X I C O  
T L A X C A L A N T O N G O

M A Y O D E 1920

S E G U N D A E D I C I O N



E D I T O R I A L C U L T V R A

M E X I C O , D . F .

1 9 4 3



EL D I A 5





## I



QUEL 5 de mayo de 1920 fué muy diferente a los anteriores. El problema de la sucesión presidencial había hecho crisis y un estado de rebelión se manifestaba ya claramente en Sonora, en donde se había pronunciado el Gobernador del Estado Adolfo de la Huerta, en Guerrero, en donde se encontraba el General Alvaro Obregón resguardado por las fuerzas del Jefe de las Operaciones Militares, General Fortunato Maycotte, en Texcoco, en donde se había refugiado el General Pablo González sublevando a las fuerzas que antes estuvieron a su mando directo y que guarnecían la parte sur del Estado de México, así como en los Estados de Puebla, Morelos y Oaxaca. Quedaban leales al Presidente todas las demás fuerzas del Ejército comandadas por los Generales Diéguez en el Norte, desde Guanajuato hasta Chihuahua; Murguía en el Noroeste hasta Tampico, y Cándido Aguilar en el Estado de

Veracruz. La Capital y sus puntos inmediatos estaban guarnecidos por fuerzas de la División Supremos Poderes.

La rebelión había estallado potente en el Estado de Sonora y el levantamiento del General Obregón en Guerrero le daba más fuerza aún. Con todo, el señor Carranza confiaba en poder dominar la revuelta contando con la lealtad de las demás fuerzas del Ejército. Sería una campaña larga, pesada, difícil, que quizás hasta podría perderse, pero no constituía ello un peligro inmediato que amenazara un derrumbe rápido del Gobierno. Se presentaba una época penosa y ruda, y los ánimos estaban dispuestos para la nueva lucha. El golpe decisivo al Gobierno lo proporcionó el General Pablo González y levantándose en armas con sus fuerzas en los precisos momentos en que más falta hacían aquellas y en ocasión en que guarnecían puntos estratégicos del Valle de México, poniendo en jaque a la Capital de la República.

El General Francisco Murguía había sido llamado violentamente desde Tampico para hacerse cargo de las Operaciones en el Valle de México. Arribó sólo con su escolta y rápidamente se le había organizado una columna de caballería con la que salió a operar contra los infidentes pablistas por sobre la vía del Ferrocarril Mexicano, camino por el que pensaba el señor Carranza, en caso dado, evacuar la ciudad de México.

Aquel día 5 de Mayo no hubo el desfile militar acostumbrado en años anteriores. Las tropas estaban distribuidas en los sectores de defensa de la Capital o acuarteladas, en previsión de una emergencia.

Una batería de campaña hizo desde la Ciudadela la salva acostumbrada de veintiún cañonazos al izarse el pabellón nacional en los edificios públicos, cuando rayaba el alba. Se colocaron los gallardetes y adornos de ritual en el Palacio Nacional y en los arbotantes de la Avenida Francisco I. Madero. Las casas comerciales adornaron sus fachadas con los mismos lienzos tricolores de otros años. La actividad comercial cesó, sin que fuera sustituida por el entusiasmo propio de un día de fiesta en que la gente se echa a la calle deseosa de divertirse. Parecía que en vez de una fiesta patria se conmemoraba un luto nacional.

El programa oficial para la celebración del día era sumamente sencillo: asistencia del Presidente y su Gabinete al panteón de San Fernando, en donde tendría lugar el acto cívico acostumbrado; unos dos discursos y depositar ofrendas florales en la tumba del General Zaragoza.

A las diez de la mañana estábamos reunidos los del Gabinete y las representaciones de los otros Poderes en el salón Amarillo del Palacio Nacional. Abajo, en el Patio de Honor, los landós presidenciales esperaban. Un soplo de desaliento helaba el ambiente.

Cuando fué la hora oportuna, el señor Carranza salió de su despacho a reunirse con nosotros. Vestía el ceremonioso jaquet negro, y la banda tricolor de su alta investidura se destacaba sobre su alba camisa almidonada. Su porte gallardo y majestuoso rompió el hálito helado de la reunión. Con su presencia volvió a nosotros el ánimo y renació la confianza. Nos saludó a todos con el afecto de siempre, como si nada extraordinario ocurriera y su Gobierno



tuviera el firme cimiento que antes tuvo. El solo constituía la piedra más fuerte de aquella edificación potente. La racha huracanada del movimiento insurreccional no llegaba hasta él.

Alguno de los presentes comentó la situación. El Presidente escuchó el comentario; ni la más leve impresión apareció en su rostro. Después de un rato de silencio dijo:

—Hay que cumplir con la Patria. Después de la ceremonia seguiremos trabajando. Vamos.

Venía desarrollando el Presidente una labor intensísima desde que se había iniciado el movimiento en Sonora. Casi no descansaba: apenas unas dos o tres horas diarias. Su cuerpo robusto resistía los desvelos igual que antes había resistido los sinsabores de la campaña.

Bajamos hasta el patio. La guardia formada presentaba armas; el trompeta batía marcha. Nos colocamos en los coches en orden de categorías y partimos hacia el Panteón de San Fernando, escoltados por un escuadrón de la Guardia Presidencial.

Un grupo de gente del pueblo estacionada frente a la Puerta de Honor ovacionó al señor Carranza.

La comitiva, al trote largo de los caballos de los coches y envuelta en el tropel de la escolta, cruzó por enfrente de la Catedral, se introdujo por la Avenida del 5 de Mayo hasta el Teatro Nacional y desembocó en la Avenida de los Hombres Ilustres.

Bien diferente era aquel 5 de Mayo de otros años anteriores. Faltaba el desfile militar imprescindible, que era lo que daba carácter de fiesta patria a la celebración de aque-

lla jornada épica. Se notaba en el ambiente y en nuestro propio ánimo un desaliento manifiesto que no ahogaban las notas bélicas de las cornetas ni se enardecía a los compases emocionantes del Himno Patrio.

A mi mente acudió con insistencia la imagen del primer 5 de Mayo que pasó el señor Carranza siendo Primer Jefe del Ejército Constitucionalista en Piedras Negras, Coahuila:

Poco tiempo hacía que acababa de desconocer al gobierno espúreo de Victoriano Huerta y de haberse proclamado el Plan de Guadalupe el 26 de marzo de 1913. Todavía no tenían el primer choque formal las fuerzas del nuevo Ejército del pueblo con los sostenedores de la Usurpación. Hasta entonces sólo habíanse efectuado escaramuzas y acciones parciales tendientes a demostrar solamente la existencia de una dignidad nacional, ultrajada por la bota de un asesino, traidor y usurpador.

El gesto heroico de Carranza parecía la expresión de un ideal que se esfumaba, que moriría al nacer, que nunca llegaría a cristalizar; un gesto temerario de hombre de otros tiempos y de otras tallas. El pretoriano Huerta dominaba en lo material e infundía el temor de su fuerza a la gente vieja, a la acomodada, a la burguesa y a la amante del orden sea como sea. Seguían a Carranza, el viejo heroico, un puñado de gente joven, entusiasta y romántica por un ideal de mejoría moral colectiva y con la fe en un triunfo, lejano quizás, pero seguro, ya que el crimen no podría nunca perpetuarse en el poder. Bien sabían todos ellos que para llegar a la meta, para triunfar, correría la sangre, se des-

bordarían las pasiones, se vendría por tierra un orden aparente, cimentado bajo un régimen de opresión e ignominia; morirían muchos en la lucha, se tendrían que soportar mil calamidades; pero por encima de todo, por sobre los escombros de la demolición, de los cadáveres, de los campos asolados, del humo del combate y de los lamentos de los heridos, se erguiría al final, arrogante e imponente, la justicia y la redención de todo un pueblo soberano.

Aquel 5 de Mayo de 1913 en Piedras Negras, por su tristeza se parecía a éste.

Del Cuartel General, instalado en la aduana fronteriza, salió don Venustiano Carranza acompañado del Jefe de la Guarnición, Mayor Gabriel Calzada. En un landó destartalado se instalaron. A uno y otro lado del coche galopábamos a guisa de escolta Jacinto Treviño y yo, él con su carácter de Jefe del Estado Mayor y yo con el de Capitán Primero Ayudante. Rafael Saldaña y los Dávila estaban en Monclova.

Recorrimos la calle principal entre la curiosidad infantil de los americanos de Eagle Pass y ante las ventanas cerradas de la gente de "orden" de la ciudad.

En la plaza de armas, ante un altar patrio humilde — hecho con un retrato de Zaragoza, manteado blanco, dos lienzos tricolores y tres arrobos de verde gobernadora, olorosa y decorativa—, se leyó el parte oficial de la batalla verificada aquel glorioso día; se dijo un discurso, hecho más para reclutar adeptos a la causa que para conmemorar al héroe; se cantó el Himno por los contados niños de la escuela oficial y de nuevo nos regresamos tranquilos a la

aduana, a las labores de entonces, muy semejantes, toda proporción guardada, a las de ahora.

Aquel día, como éste, brillaba el sol alegre, en contraposición con el ambiente de tristeza que se notaba en todo. Aquel día, como ahora, se presentaba el porvenir incierto y el enemigo se acercaba a atacarnos, decidido y fuerte.

De nuestra parte, entonces, había juventud y entusiasmo y ahora, en cambio, menguaban ambas cosas. No en vano pasaron los años y cambiaron los tiempos.

Apoyaba su cabeza en el templo de la Santa Veracruz uno de los batallones de Supremos Poderes destinado para hacer honores. Largo se nos hizo el camino de Palacio hasta allí. Parecía que habíamos caminado una larga jornada a través de un páramo desierto y hostil, y que hasta allí encontrábamos la sombra de un amigo y el amparo de un oasis. Con todo, las notas de la marcha de Honor y del Himno llegaban a mis oídos como impregnadas por un dejo de melancolía.

El batallón en valla se extendía por la Avenida de los Hombres Ilustres hasta las cercanías del panteón de San Fernando y la continuaba el Colegio Militar hasta llegar al Altar de la Patria. Una muchedumbre invadía el jardincillo de San Fernando, curiosa e inquieta. La novedad del momento eran los uniformes de los supervivientes de aquella gloriosa jornada que los estrenaban ese día, y que eran iguales a los que usó el Ejército Nacional en 1862.

La idea era mía. Los viejecitos veteranos habían ido a saludarme a la Secretaría de Guerra haciéndome entrega

de un diploma que me acreditaba como miembro activo de su asociación "Defensores de la Patria en 1847". Era ésta una deferencia que tenían ellos para con todos los que en el Ejército ocuparan un lugar prominente. Yo, agradecido y deseoso de corresponder a su atención, quise halagarlos y les mandé confeccionar uniformes semejantes a los que habían usado en aquella época gloriosa. Parecióme que sus condecoraciones encajaban mejor en un traje militar de entonces que en sus raídas vestimentas de paisano.

Era la novedad de ese día. Los petos rojos orleados de laurel dorado, de los que fueron de infantería y las franjas blancas, de los de caballería, llamaban la atención de la gente y la trasportaban a aquel 5 de Mayo del 62. Los ancianos, presuntuosos, satisfechos y ufanos, ostentaban sus vistosos trajes cuajados de condecoraciones.

El Himno Nacional y las notas de la banda de guerra del Colegio Militar llenaban el ambiente. El señor Carranza saludó a los veteranos y fué a ocupar el sitio que le correspondía.

Apenas iba a dar principio el acto cívico llegó presuroso hasta mí uno de los ayudantes llevándome un mensaje urgente que acababa de llegar. Era del General Murguía avisando que en esos momentos empeñaba combate en las cercanías de Otumba contra el enemigo, que en fuerte número avanzaba hacia México, y pidiendo se le mandara algún refuerzo en previsión de lo que pudiera ocurrir. Presenté el mensaje al Presidente, y después de enterarse de él me ordenó enviara desde luego el refuerzo que pedía el General, diciéndome que aquél muy bien podía consis-

tir en unas dos baterías del 1er. Regimiento de Ametralladoras Supremos Poderes.

Disimuladamente me retiré del lugar de la ceremonia, procurando no llamar la atención de la gente, y me trasladé con rapidez a la Secretaría de Guerra.

Angel Escobar, el Jefe del Regimiento de Ametralladoras Supremos Poderes, era un individuo de mi absoluta confianza. Era el prototipo del soldado profesional: fuerte, enérgico, de iniciativa, respetuoso, intrépido y, a mayor abundamiento, hijo de aquella escuela de virilidad, de fibra, que se llamó en sus buenos tiempos Escuela Militar de Aspirantes. Su Regimiento estaba perfectamente organizado y equipado. El personal era escogido y con magnífica instrucción. Yo había procurado siempre conservar este cuerpo en perfecto estado de instrucción, dotarlo con el mejor material de guerra y con el mejor ganado, en previsión de un caso fortuito. Era, en suma, de las fuerzas de confianza con que contábamos.

Tomando en consideración la importancia que podría tener el combate que se estaba efectuando en Otumba, ordené a Escobar que él personalmente saliera con dos baterías de ametralladoras a incorporarse con el General Murguía.

Con la rapidez que demandaba el caso, Escobar salió desde luego en un convoy del Ferrocarril Mexicano, llevando no sólo las dos baterías ordenadas sino casi todas las fuerzas de su Regimiento.

Como a la una de la tarde telegrafió de nuevo el General Murguía manifestando que después de un rudo com-

bate había logrado derrotar por completo a los rebeldes, mandados por el infidente General Luis Hermosillo, quien huía con los restos de sus fuerzas en completa dispersión. Manifestaba asimismo que no había llegado el refuerzo que antes había pedido.

Se le contestó que Escobar había salido de México con toda oportunidad a auxiliarlo y que, previendo el caso de que le hubiera ocurrido algún percance en el corto trayecto del camino, enviara a la fuerza de infantería que estaba con él, del 2º Regimiento de Infantería Supremos Poderes, a recogerlo al lugar en que estuviera detenido. El Mayor Guinar, comandante de la fracción de esta fuerza, salió desde luego de Otumba en busca de Escobar en uno de los trenes de la columna. Al llegar a la estación de Tepexpan pudo darse cuenta de que Escobar había defecionado huyendo con algunas ametralladoras y personal por el camino que conduce a Texcoco. Su huída había sido tan rápida que dejó abandonadas varias piezas, gran cantidad de municiones, bastes y equipo. Guinar recogió los pertrechos abandonados, y no persiguió al infidente por ser su fuerza de infantería. Todavía alcanzó, sin embargo, a tirotear a los que defecionaban y que escapaban con violencia para el Cuartel General de las fuerzas pablistas.

En la tarde de ese día 5, un avión, manejado por el intrépido aviador Carlos Santana, que llevaba como observador al Coronel Javier Ordóñez, practicó reconocimientos volando sobre Cuernavaca y Texcoco arrojando algunas granadas.

Ya al caer la tarde otra noticia desagradable llegó hasta nosotros: Un escuadrón del Regimiento de Lanceros Supremos Poderes, que se había destacado como punto avanzado hacia el enemigo por el camino de Puebla, en el cerro del Peñón Viejo, con una exploración hacia adelante en el pueblo de los Reyes; apenas se presentó a su vista una fuerza del enemigo, sin combatir se pasó con ellos retirándose para Texcoco. Un nuevo escuadrón se envió a cubrir el punto abandonado.

Esta última noticia me alarmó considerablemente. Si la defección de Escobar me había producido una gran decepción, pues confiaba en él ciegamente, la del Escuadrón de Lanceros fué mucho mayor, ya que en este cuerpo se cifraba gran parte de nuestra confianza. El Regimiento de Lanceros estaba organizado con toda escrupulosidad al mando del Coronel José Riojas, de la absoluta confianza del señor Carranza, con un cuadro de jefes y oficiales seleccionados e integrado con tropa escogida, que disfrutaba de un haber, cada soldado, igual al de los sargentos primeros de los demás cuerpos. Contaba con magnífica caballada, armamento y equipo; estaba perfectamente bien instruído y había hecho toda la campaña de Michoacán contra Chávez García, distinguiéndose y veteranizándose rápidamente.

Tan luego como me cercioré de la defección de parte de los Lanceros medí la magnitud de lo acaecido en toda su gravedad. Si un cuerpo consentido, como el de Lanceros, defeccionaba ya ¿qué podía esperarse de los demás, menos seleccionados e inferiores por todos conceptos a aquél?



Urgía tomar una determinación violenta antes de que la situación fuera ya irremediable.

Desde luego comuniqué al Presidente lo que ocurría, haciéndole notar con claridad la situación insostenible que existía y los temores que abrigaba.

Esa misma noche en pequeño consejo, se acordó la evacuación de México. Debería evacuarse la Capital el día 7 a las primeras horas de la mañana, quedando por consiguiente veinticuatro horas disponibles para preparar todo lo necesario y para que pudiera llegar a la ciudad el material ferroviario suficiente para la transportación del gobierno, de los pertrechos y de las fuerzas que deberían escoltarlo, que ya venían en camino.

Desde un principio, el señor Carranza se manifestó resuelto a que el punto de destino del gobierno fuera el puerto de Veracruz. Confiaba, al igual que todos, en que las fuerzas de aquella Jefatura de Operaciones, a cargo entonces del General Cándido Aguilar, le serían fieles. Muchos de los cuerpos estaban mandados por antiguos subordinados del General Aguilar, de la 1ª División de Oriente, y el resto eran jefes de mi absoluta confianza. Estaban allí mandando fuerzas: Guadalupe Sánchez, Adalberto Palacios, Antonio Portas, Liberato Lara Torres, Francisco Durazo, Nicolás Martínez Luna y otros. Sumaban las fuerzas de Veracruz doce mil hombres, habituados a la campaña y bien pertrechados.

A mí me pareció en general aceptable la idea de marchar a Veracruz, pues consideraba que era un lugar apropiado para cimentar al gobierno, fácilmente defendible,

con comunicación constante por mar con todo el litoral del Golfo y contando con la seguridad de la lealtad de la escuadrilla mandada por Hirám Toledo —amigo y compadre mío, a quien había ascendido recientemente a Capitán de Navío—. Lo que no me pareció de aceptarse era que la evacuación se hiciera por la línea del Ferrocarril Mexicano, prefiriendo que se efectuara por el Ferrocarril Nacional con rumbo a Tampico, y de este puerto después por mar hasta Veracruz. Argüía yo, en apoyo a mis razones, que se tomara en consideración que Puebla estaba ya en poder del enemigo, pues Pilar Sánchez, el Jefe de las Operaciones, se había visto obligado a evacuarla con poquísimos elementos que le quedaron leales, debido a que la mayoría de esas fuerzas reconocían a don Pablo González como su jefe nato, y era de presumirse que este enemigo nos cortara la retirada en Apizaco valiéndose del ramal del Ferrocarril Mexicano a su disposición, o bien en la estación de San Marcos, usando asimismo la línea del Ferrocarril Interoceánico de Puebla a Oriental.

De Oaxaca, que había quedado también en poder del enemigo, podían con toda facilidad mandar a batirnos a la estación de Esperanza usando el ramal ferroviario de Tehuacán, sin contar con que el de Texcoco, que ocuparía México a nuestra salida, vendría a perseguirnos por la retaguardia o reforzaría al de Puebla por la línea del Interoceánico, que tenía a su disposición.

Opinaba yo que la evacuación se hiciera de una manera violenta, llevando sólo lo estrictamente indispensable y una parte de las tropas por el camino del Ferrocarril Nacional,

y no obstante que tendríamos que combatir con unas fuerzas sublevadas en Empalme González, Guanajuato, éstas no tendrían la suficiente pujanza para detenernos, éramos superiores a ellas en número y llevaríamos además la ventaja de la sorpresa, ya que no nos esperarían por ese lado. El General Murguía, con la columna que tenía en Otumba, reforzada con las fuerzas nuestras de caballería y artillería que quedarían en la Capital, evacuaría después la ciudad y podría marchar a reunirse con nosotros a Tampico, o quedar operando en la Mesa Central.

No prevaleció mi opinión y se resolvió que se evacuara la Capital, con destino a Veracruz, por trenes del Mexicano. Se dispondrían los convoyes necesarios y en ellos se embarcarían todas las Secretarías de Estado, la Comisión Permanente, la Suprema Corte, la Tesorería, alguna maquinaria de los Establecimientos Fabriles Militares, Aviación, todo el material de guerra y las tropas de infantería, artillería e ingenieros. La caballería marcharía por tierra sirviendo de flanco defensivo contra el enemigo estacionado en Texcoco.

A la media noche abandonamos el Palacio de los Virreyes. La ciudad dormía, iluminada con profusión por la luz de los arbotantes de sus desiertas calles.

## LA EVACUACION





## II

**D**ESDE temprana hora del día 6 estábamos ya reunidos de nuevo con el Presidente los diversos encargados de las Secretarías, de los Departamentos independientes y de los servicios conexos con la Administración.

De preferencia acordó el Presidente con el Coronel Paulino Fontes todo lo relativo a la evacuación, encomendándole que dispusiera el número de convoyes suficientes para transportar el gobierno, las tropas y pertrechos existentes en la Capital. Asimismo dispuso el orden en que debía efectuarse la marcha. El primer convoy que partiera a las siete de la mañana del día siguiente, sería el que condujera a las compañías de zapadores al mando del Coronel José Fernando Ramírez, llevando en el mismo el material necesario de reparación de vía que pudiera necesitarse en un caso dado. Le seguirían otros convoyes con tropas de infantería, después el tren presidencial, la Guar-

dia Presidencial, las Secretarías de Estado con la Tesorería de la Federación, trenes de empleados civiles, la Suprema Corte, la Comisión Permanente del Congreso de la Unión, más tropas de infantería, los regimientos de artillería, al mando de Juan Mérito, Jefe del Departamento, la aviación y los Establecimientos Fabriles y Militares bajo el cuidado del Coronel Alberto Salinas, el Colegio Militar, diversas impedimentas y por último, como retaguardia, el 3er. Regimiento de Infantería Supremos Poderes, en cuyo convoy viajaría la Secretaría de Guerra.

Yo recibí orden de tener las fuerzas ya embarcadas en las estaciones a las siete de la mañana del día siguiente, y las tropas de caballería listas para emprender la marcha por tierra. Fontes se encargaría de ir haciendo salir los trenes en el orden que había dispuesto el Presidente.

Contábamos con que las fuerzas de caballería, de que disponíamos aún en la Capital, serían suficientes para proteger debidamente la salida de los convoyes de evacuación. Consistían éstas en el 2º Regimiento de Gendarmes del Ejército, destacado en Xochimilco; el 19 regimiento de Caballería Supremos Poderes, destacado en Tlalnepantla, el Regimiento de Lanceros Supremos Poderes, acantonado en la Capital al igual que el Regimiento de Guardias Presidenciales, Escuadrón Escuela del Colegio Militar y Gendarmería Montada de México. A las siete de la mañana del día siguiente estarían sobre la vía del Ferrocarril Mexicano, apoyándose en la Villa de Guadalupe, todas esas fuerzas, que sumaban unos dos mil dragones.

Se dieron las órdenes oportunas para que todo se efectuara como estaba ordenado, y a las fuerzas foráneas se les encomendó abandonar los lugares que resguardaban, con toda oportunidad, para estar a la hora convenida en la ciudad de México. Se hizo el aprovisionamiento necesario de comestibles para las tropas y se tomaron las medidas del caso, haciendo más riguroso el acuartelamiento para que no faltara nadie a la salida. El Presidente comisionó a los Generales Fortunato Zuazua y Jesús Novoa para que con sus escoltas personales se encargaran de cuidar el orden en la ciudad que se evacuaba mientras se efectuaba la transición consiguiente de la llegada de las fuerzas rebeldes, que sin duda la ocuparían desde luego.

Todo el día fué un trajinar de carros y camiones de los cuarteles y dependencias del gobierno hacia las estaciones de Colonia y Buenavista, acarreando y embarcando cuanto se iba a llevar.

Los empleados civiles de las Secretarías se dedicaban a arreglar sus equipajes y reinaba en la ciudad una actividad inusitada, parecía que se celebraba un día de fiesta y regocijo. Los más entusiastas eran los empleados de Hacienda: todos se iban y llevaban todo lo necesario para trabajar: estantes de archivo, máquinas de escribir, etc.

El Presidente había ordenado que, con excepción hecha de las tropas, se dejara en libertad a los servidores del gobierno de acompañarnos o no, según creyeran que conviniera más a sus intereses, pues por ningún motivo deseaba que se obligara a nadie. Al mismo Colegio Militar me



ordenó le comunicara su deseo de dejar en libertad a los alumnos de seguirnos o permanecer en la Capital. Veía él que se jugaba una partida incierta y no quería que aquella juventud sufriera por su causa, relevándolos por anticipado quizás de un sacrificio inútil. No contaba el señor Carranza con el heroísmo tradicional del instituto. Cuando se enteraron los aguiluchos de la determinación del Presidente, unánimemente, como un solo hombre, protestaron su adhesión y su ferviente deseo de marchar en la columna. Su Director, el General Joaquín Musel, fué su portavoz ante el Primer Mandatario.

Por mi parte sólo me concreté a manifestar cuanto pasaba a los jefes de departamento de la Secretaría. Nunca pensé en que los empleados asimilados de la misma nos acompañaran, ni en que se sacaran muebles o archivos de las oficinas. Convenía ocupar los convoyes con gente combatiente y suspender por entonces las labores del papeleo engorroso.

Comparecieron ante mi presencia el Oficial Mayor, General Mariel y los jefes Rodríguez Malpica, García Lozano, Vargas López, Mérito, López de Mendoza, Lic. Alcocer, etc., y les puse al corriente de la decisión presidencial. Por de contado sabía yo que ninguno de ellos habría de negarse a seguirnos, ya que habían colaborado con nosotros hasta aquellos momentos, al parecer con manifiesta lealtad. A mayor abundamiento existía la circunstancia de que la mayoría de ellos tenía mando directo de fuerzas, aparte de la comisión que desempeñaban en la Secretaría. El Contraalmirante Rodríguez Malpica era el

Jefe de la Marina. García Lozano del 19 Regimiento de Caballería Supremos Poderes, Mérito de la Artillería y López de Mendoza del 4º Regimiento de Infantería Supremos Poderes.

Todos manifestaron su absoluta conformidad en marchar y se dedicaron desde luego a prepararse para la partida.

Todo el día fué de inusitada actividad.

Al caer la noche fuí a la Estación Colonia a reconocer el convoy que se me había destinado y a cerciorarme de si estarían ya dispuestos todos los trenes para recibir a la mañana siguiente los contingentes militares que se embarcarían.

No estaba el Coronel Fontes y en su lugar despachaba el Superintendente David S. Alonso. El me atendió y me mostró el carro pullman destinado para la Secretaría de Guerra, colocado al final de una hilera de carros-caja en que se acomodaría la tropa del 3º de Infantería. Me informó que todos los trenes estaban dispuestos para el embarque, que se efectuaría de preferencia en los patios de Buenavista.

Recorrí por última vez los cuarteles, ya bien entrada la noche y pude cerciorarme de que en todos había actividad preparando la marcha y algunos cuerpos ya estaban completamente listos.

En la ciudad reinaba la desolación. Las calles desiertas apenas se veían transitadas por gente militar y camiones abarrotados de pertrechos. Por última vez fuí al Palacio Nacional. En el Patio de Honor me encontré con el marino León del Frago, comisionado como ayudante en el Es-

tado Mayor adscrito a mi persona, quien me miró asombrado.

—¿Ya está usted listo para la marcha?, le pregunté.

—Sí señor, ya.

—Ya sabe usted, mañana temprano en la estación.

—Sí señor.

Y le dejé. Ni él ni los otros ayudantes: González Swain y López Malo se presentaron, y antes bien creo que fueron a unirse a los rebeldes que entraron triunfantes a la ciudad al día siguiente.

A las altas horas de la noche recibí en mi casa un angustioso aviso telefónico. Informaba el Teniente Coronel Eloy Carranza, Director de la Penitenciaría, que, habiéndose retirado el destacamento de soldados federales que guarnecía la prisión, quedando ésta solamente bajo la custodia de los celadores, y habiéndose dado cuenta los presos de que la ciudad estaba siendo evacuada por el gobierno, se habían amotinado en el interior tratando de huir. Que ya habían logrado los de una de las crujías salirse hasta el patio, y un gran número de ellos había hecho irrupción en el departamento de mujeres para saciar sus apetitos y poder ocultarse allí más fácilmente, en caso de no poder escapar. Manifestaba el director que él con los celadores a sus órdenes procuraba sofocar el motín; que algunos de los guardianes habían sido desarmados por los presos al sublevarse y pedía se le enviara desde luego auxilio.

La evasión de los presos de la Penitenciaría hubiera sido de tremendas consecuencias para la ciudad. Allí se

encontraban reclusos todos los rateros y asesinos de la Capital, pues por entonces estaba clausurada la antigua Cárcel de Belem y en la Penitenciaría estaban todos los presos sentenciados o aún pendientes de juzgarse.

Ordené se enviara auxilio al Teniente Coronel Carranza, quien pudo por fin reducir al orden a los detenidos, no sin haber causado antes la muerte o haber herido a muchos de ellos.

Fué una noche terrible la que pasaron aquéllos en la Penitenciaría la del 6 de mayo de 1920. Desde lo alto de la torre, que domina todas las calles de las crujías del pentagonal edificio, Eloy Carranza y algunos de los celadores, provistos de fusiles, hacían fuego sobre los amotinados que estaban fuera de sus celdas. El retén de la puerta principal, a través de la reja de hierro, y los vigilantes de las casetas de las azoteas también disparaban sobre los rebeldes. Aquella noche trágica arrojó un saldo sangriento.

Contaban los reclusos —cuando desgraciadamente fuimos a dar allí presos también los que seguimos al señor Carranza—, que lo que más les había impresionado fué la muerte de uno de sus compañeros que, huyendo de la crujía en que estaba, iba a refugiarse en el departamento de mujeres y allí lo habían sorprendido el director y su gente cuando ya reinaba el orden y estaban encerrados de nuevo en sus celdas los amotinados. Que el preso trató de pasar desapercibido, disfrazándose con ropas de mujer, pero que habiéndolo descubierto Eloy, personalmente lo había matado a tiros, a pesar de las súplicas que le hacían el finado y las reclusas.

Fué el único incidente que ocurrió aquella noche, pues aun cuando creíamos que el enemigo, al darse cuenta de que se retiraban los puestos avanzados, aprovecharía la ocasión y haría irrupción en la ciudad no lo hizo, y la noche transcurrió pasmosa, tachonada sólo por los fognazos en la Penitenciaría.

\* \* \*

A temprana hora me encontraba ya en la estación dirigiendo el embarque de las tropas formadas en los andenes y en los patios. La ciudad estaba ya casi evacuada quedando sólo el trajín de soldados en las estaciones de Colonia y Buenavista y el movimiento de automóviles y camiones de una estación a otra.

Los muchachos de infantería del Colegio Militar, con su uniforme de campaña, alegres como si se tratara de asistir a una excursión campestre, bromeaban y reían. Al verme el General Musel, Director del Colegio, se acercó a darme las novedades:

—La Escuela de Caballería, al mando del Coronel Casillas, se encuentra ya en la Villa de Guadalupe. Tenemos una desertión.

—No es nada.

—No, —agregó Musel sonriente—, no crea usted que se trata de ningún alumno. Quien ha desertado es el Subdirector, el Coronel Ochoa. Se fué como cualquier soldado; pidió permiso para ir a tomar café y no regresó más.

—Podía haberse ido sin necesidad de eso, manifestando así su deseo cuando se le propuso que se quedara.

No esperaba yo aquello del Coronel Ochoa, a quien había colocado allí y dándole el grado militar asimilado que ostentaba. El día anterior era de los más entusiastas por nuestra causa.

Los Establecimientos Fabriles Militares aún no habían terminado de embarcar su maquinaria y pertrechos. Se comisionaron fuertes faginas de soldados para ayudar en el embarque y poder salir cuanto antes.

Paco Púas, mi antiguo amigo federal, que asistía al embarque de nosotros, se acercó y me dijo:

—Oye, es necesario que se apuren para salir cuanto antes. Me dijo aquí uno que ya empiezan a llegar rebeldes por San Lázaro.

—Ya van a comenzar a salir los trenes. Vente con nosotros a Veracruz, anda.

—No hermano ¡qué me voy a ir! Yo siempre he ido a las que pierden: fui federal, villista y en las dos perdí, y ahora ¿quieres que también?

—¡Ah!, ¿pero tú crees que perdemos?

—Claro hombre, claro.

Y no logré convencerlo de que nos acompañara y nos entretuviera por el camino con su graciosa charla y sus ocurrencias siempre oportunas. En cambio, otro de los curioseantes, igual que Paco Púas: federal villista y antiguo compañero mío, César Felipe Moya, se ofreció gustoso a acompañarnos.

—¿Quieres que me vaya con ustedes?, me dijo espontáneo.

—Piénsalo bien.

—Ya está resuelto, ¿quieres? ¿Me das alguna comisión?

—¡Cómo no!

—Bueno, pues ni me despido de nadie. Voy.

Y tomó acomodo en el carro de la Secretaría en que iba a viajar yo.

Por fin había quedado embarcada la fuerte impedimenta de Fabriles y toda la artillería. Podían salir ya los trenes.

Traté de localizar a Fontes o a Alonso por todos los patios ferrocarrileros de Buenavista, sin lograr conseguirlo, para manifestarles que ordenaran la salida de los trenes desde luego.

Un oficial del 3º llegó a informarme que algunos rebeldes llegaban ya al Cuartel de San Ildefonso.

¿Y la caballería? ¿Dónde estaba la caballería guardaflanco?

Violentemente fuí en automóvil a ver al Presidente a su tren en Colonia. Con él estaba Fontes.

—Me dicen que ya empieza a llegar el enemigo al centro de la ciudad. Creo conveniente que empiecen a salir los trenes, dije.

—Ya deberíamos haber salido, me contestó algo impaciente. Haga salir desde luego los trenes, Paulino, ordenó a Fontes.

Fontes, todo contrariado, salió a los andenes. Yo me regresé violentamente a Buenavista a inquirir qué pasaba con las tropas de caballería que tenían orden de guardar nuestro flanco por la Villa.

Tras de innúmeras dificultades para conseguir comunicación telefónica se logró saber que Javier Ordóñez, al frente del 2º Regimiento de Gendarmes del Ejército, había abandonado Xochimilco con rumbo a Tlalnepantla, en lugar de ir hacia la Villa; que Bruno García Lozano, con el 19 Regimiento Supremos Poderes, no estaba ya en Tlalnepantla. El Coronel Riojas, Jefe de Lanceros, se me presentó informando que la noche anterior, contraviniendo la orden que había de acuartelamiento, había concedido permiso al personal de salir del cuartel a prepararse para la partida y arreglar los asuntos particulares que tuvieran. Que confiaba en el conocimiento que tenía de todos sus hombres para esperar que estarían de regreso oportunamente. Cuando llegó él al cuartel de Rodríguez Puebla, por la mañana, se encontró con que no se había presentado ninguno de los francos y que, en consecuencia, se había efectuado una desertión en masa, abandonando en el cuartel los caballos, las armas y el equipo.

Algo semejante a la indolencia y descuido de Riojas ocurría al Coronel Pedro Alcalá, Jefe del Regimiento de Caballería Guardia Presidencial. Estaba allí presente con la fuerza a sus órdenes y se ocupaba en embarcar los caballos del Presidente con marcado desgano y demora considerable de tiempo.

Por fin, ya como a las diez u once de la mañana, los trenes empezaron a salir con lentitud de los atestados patios de Buenavista y Colonia.

Primero se movió el tren de ingenieros, después el del 4º Regimiento de Infantería Supremos Poderes, que debe-



ría ir al mando de su jefe, Coronel Rafael López de Mendoza, pero que no apareció, y lo llevaba el segundo jefe, Teniente Coronel Carlos Villanueva. Sólo iba de este cuerpo, una compañía, pues los restantes no se habían incorporado.

Seguían otros trenes con el 6º de Infantería del Coronel José María Ruiseco, el 40 Batallón, que mandaba el Teniente Coronel Martínez, de la Brigada de De la Torre, la Secretaría de Hacienda, con la Tesorería, y otros más.

Vi salir, por fin, causándome gran tranquilidad, el tren dorado de la Presidencia. Parecíame que con la partida del Presidente se quitaba un grave peso a mi responsabilidad.

Se había alterado desordenadamente la colocación de los trenes, pero en general se observaba la idea de cumplir con las disposiciones dadas sobre el particular.

Fontes trabajaba empeñosamente en despachar los trenes, le faltaban sus ayudantes y había surgido, según me informé después, innúmeras y graves dificultades: Faltaban muchos de los conductores y maquinistas destinados para los sesenta y tantos trenes que formaban la columna de evacuación; hubo necesidad de habilitar violentamente, sobre la marcha, a garroteros como conductores y a fogoneros como maquinistas; faltaban frenos de aire, combustible y sobre todo los jefes ferrocarrileros que cooperaran en las difíciles maniobras necesarias para mover ordenadamente aquel pesado material. Los patios estaban bloqueados y era necesario ir dando salida a los trenes, como quiera que fuese, para lograr poner orden en aquel maremágnum.

No me extrañó, pues, que movieran mi tren, que debería marchar a la retaguardia de todos, a los dos o tres trenes detrás del presidencial.

\* \* \*

Breve parada en la Villa de Guadalupe. Pude entrevistar por momentos al Presidente en su tren. Veía con sus gemelos las polvaredas tupidas, que parecían avanzar hacia México por el camino de Puebla.

Era el enemigo que ya llegaba.

Le informé de las enormes novedades. Nada comentó.

—Que no demoren más los trenes. Hay que salir, como quiera que sea.

Se dieron las órdenes urgentes a los trenes delanteros y comenzaron a caminar ya con rapidez. Seguíanles todos los demás. Iban los furgones atestados de gente, soldados y soldaderas, en la forma usada por nuestro Ejército para viajar por ferrocarril.

Un breve tiroteo se inició por las tropas bisoñas de las compañías de zapadores. Disparaban al viento en señal de regocijo. Causaron las detonaciones alguna alarma.

Claramente se veían ya, a la simple vista, las columnas del polvo inconfundible que levanta la caballería en marcha.

De algunos de los trenes en movimiento se hicieron algunas descargas hacia el enemigo lejano, y fuera de tiro. Los proyectiles rebotaban en el suelo levantando pequeñas nubecillas de tierra.

Dejamos atrás la Villa. Nos seguían todos los demás trenes en marcha rápida. Una curva violenta de la vía nos quitó de la vista el cerro del Tepeyac y el caserío de su falda. A poco, México todo quedó atrás de la arisca mole plomiza del cerro Gordo.

Escapábamos de la encrucijada artera; el campo, apacible y llano, lograba la magia de devolvernos nuestra libertad de acción. Veríamos al enemigo de frente y podríamos contar a los que con nosotros quedaban.

El buen humor nació en el carro. Mariel bromeaba rodeado de los de su Estado Mayor, siempre dispuestos a celebrarlo. A mi lado, Olvera, Chagoza y algunos ayudantes comentábamos los incidentes ocurridos. Habían desertado todos los del personal de la Secretaría de Guerra, inclusive mis ayudantes, y sólo marchaban allí en el pullman los antiguos ayudantes de la campaña, los que no eran oficinistas ni de gallarda apostura, y a los cuales quizás habíamos olvidado un poco. Aquellos eran los seguros, los fieles de todos los tiempos, de los buenos y de los malos.

Había confianza. Parecía que habíamos salido de un sopor letárgico y amodorrante, que nos sacudíamos de un soponcio penoso y largo que nos oprimiera, y que de pronto, al abandonar la ciudad fascinante, abandonábamos también la incertidumbre innata en ella y tornábamos a ser los hombres de acción que siempre fuimos. Volvíamos a ser soldados y nada más soldados.

Pasamos sin detenernos por las estaciones de Santa Clara, San Cristóbal y Tepexpan. Nada, fuera de nuestro paso, demostraba que algo anormal ocurriera. Los campe-

sinos seguían pacientemente caminando detrás de la yunta tarda a lo largo de la besana de naciente maizal. En las casuchas las mujeres torteaban, y los perros inquietos ladraban a nuestro paso.

En San Juan Teotihuacán se detuvieron los trenes largo tiempo. Era media tarde.

Allí estaba el General Murguía con la columna de Heliodoro Pérez, ya embarcada en sus trenes y dispuesta a incorporarse a los convoyes como vanguardia. Allí nos dimos cuenta perfecta del desastre ocurrido a nuestra espalda.

El tren en que viajaba el 2º Regimiento de Infantería Supremos Poderes, mandado por el General Agapito Barranco, había salido de los patios de Buenavista detrás del que ocupaba el Colegio Militar. Al llegar a la Villa había sido alcanzado por una máquina loca lanzada desde México, quizás por los ferrocarrileros desleales. La locomotora chocó con el convoy de soldados, ocasionando una verdadera hecatombe. Más de doscientas personas, entre soldados y mujeres, habían perecido en el choque. Simultáneamente con el desastre ferroviario había coincidido el ataque del enemigo a dicho convoy. Eran fuerzas de caballería que mandaba el General Jesús Guajardo, de las confianzas de don Pablo González. Con ellos iba también el 19 Regimiento, de García Lozano. En la refriega habían resultado heridos de gravedad el General Agapito Barranco y el Coronel Alberto Salinas, Subjefe de los Establecimientos Fabriles Militares. Habían quedado en la ciudad de México la mitad de los trenes del convoy y con ellos habíase

perdido toda la artillería, todas las municiones de los Almacenes Generales, las fábricas de cartuchos, parte de la aviación, mil hombres del 2º Regimiento de Infantería Supremos Poderes, cuatrocientos de la Guardia Presidencial, los artilleros, los caballos del Presidente; el mismo Coronel Paulino Fontes había quedado en México. Quien proporcionó la mayoría de los datos informaba que el enemigo que había entrado a la ciudad de México iba mandado por el General Jacinto Treviño, y decía también que el Contraalmirante Rodríguez Malpica le había enviado un recado urgiéndole a que forzara la marcha a fin de poder capturar la artillería y los elementos que quedaban aún bloqueados en los patios de Buenavista.

Todos los que supimos estas noticias en la pequeña estación de Teotihuacán estábamos asombrados y llenos de indignación. Murguía echaba lumbre por sus ojos enrojecidos; decía:

—Ahorita mismo me voy sobre México con la fuerza de Heliodoro y le quito al Peludo (así le decía al General Pablo González) todo lo que perdieron ustedes.

El Presidente no le dejó llevar a cabo su intento descabellado.

Caía la tarde cuando nuevamente se pusieron en marcha los trenes. Un enorme desaliento invadía la larga columna.

La noche cerró cuando el tren en que yo viajaba pasaba silencioso por el caserío de Apam. Ni una luz en el pueblo, ni un alma en la estación.

Las manchas negras de las casas semejaban, en la noche, apiñadas siluetas de monumentos mortuorios. En mi mente bullían ideas tenebrosas. La charla en el carro se había apagado, al igual que la luz que mal iluminaba los afelpados asientos.

Al acompasado trepitar de las ruedas del tren se unían los ronquidos de mis acompañantes.





**APIZACO - RINCONADA**







### III

**B**RILLABA ya el sol alto cuando desperté. El tren estaba detenido desde horas antes en aquel lugar. Me había quedado dormido en uno de los divanes del destartalado carro pullman que constituía el despacho de la Secretaría de Guerra en marcha.

Me incorporé presto y me asomé por la ventanilla para reconocer el terreno en que estábamos. Un patio ferrocarrilero, espacioso, estaba atestado de trenes militares. No se veía la estación. Estábamos en Apizaco.

Bajé en busca de novedades.

Todo el inmenso convoy se había detenido allí de una manera asaz pasajera. Se hacía un pequeño alto para organizar de la mejor manera el servicio ferrocarrilero con los medianos elementos con que se contaba.

Se había incorporado allí, procedente de Puebla, el Jefe de las Operaciones en aquel Estado, General Pilar R. Sán-

chez; sólo había podido hacer que le siguiera un Regimiento de Caballería que mandaba el Coronel Ignacio Flores Palafox, recién incorporado al Ejército por mí, y una sección de cañones de 75 al mando del Teniente Coronel de Artillería Alberto Hinojosa. Todas las demás fuerzas habían defeccionado. Además le acompañaba una pequeña escolta, su Estado Mayor y el Jefe de las Operaciones en Tlaxcala, General Margarito Puente.

Se empleó la mañana en reorganizar debidamente la columna y en revistarla.

El Presidente se dispuso a pasar la revista personalmente. Secundino Reyes, su asistente, le consiguió quién sabe con quién un caballo, pues los suyos se habían quedado en los trenes que se perdieron a la salida de México. Le acompañamos todos los generales incorporados en los trenes de evacuación. Se formó un cortejo brillante. Allí iban cabalgando con gallardía, al lado de don Venustiano: Murguía, Lucio Blanco, Pilar Sánchez, Millán, Bruno Neyra, Dávila Sánchez, Montes, Barragán, Marciano González, Mariel, Musel, Heliodoro Pérez, Olvera, De la Torre, Alcocer, y quizás algunos más que no recuerdo.

Las tropas formaron al pie de los trenes. Había entusiasmo las bandas de guerra batían la marcha de honor, los soldados presentaban armas y, olvidándose un poco de la disciplina, lanzaban vivas al Presidente. Todavía estábamos fuertes; contábamos con tres mil infantes y mil cien dragones, pero solamente con dos piezas de artillería. Además, iban con nosotros numerosos jefes, oficiales y clases de tropa excedentes.

Se aprovisionó la tropa de la mejor manera con los elementos que se encontraron en el poblado. El Presidente se mostraba satisfecho del resultado de la revista.

Por la tarde de ese día llegó el Coronel Paulino Fontes, que había logrado escapar de la Capital llevándose una sección de caballería de la Guardia Presidencial. El confirmó todas las malas noticias que teníamos del día anterior. Fontes se hizo cargo desde luego de la dirección de los trenes.

A media tarde se presentó el enemigo por el camino de Tlaxcala. Era caballería, en cantidad de un regimiento a lo sumo. Se tomó dispositivo de combate, y sólo una pequeña fracción que se empeñó fué suficiente para rechazarlo con pérdidas y sin sufrir ninguna de nuestra parte.

Una vez rechazado avanzaron los primeros trenes con la caballería de Heliodoro hasta la estación de San Marcos. El enemigo los atacó allí con fuerza. Fué menester enviar un refuerzo rápido. Se derrotó por completo al enemigo, que huyó rumbo a Puebla, abandonando un tren que llevaba por la vía del Ferrocarril Interoceánico y dejando el campo sembrado de cadáveres. De nuestra parte tuvimos que lamentar algunos muertos y heridos de tropa en pequeño número y la defección de un Escuadrón del 22 Regimiento de Caballería, al mando de su comandante el Capitán Trigos, que se pasó al enemigo al principiar el combate.

El día siguiente, 9, se pasó todavía en Apizaco hasta la media tarde. A esa hora empezaron a moverse los trenes. El enemigo, rehecho, del que ya formaba parte el

Capitán Trigos, atacó con rigor a Heliodoro Pérez en San Marcos. Trigos gritaba tratando de entusiasmar a sus excompañeros del 22 para que se fueran con él, sin conseguirlo. Fué rechazado con facilidad de una manera definitiva, persiguiéndosele hasta caer por completo la noche. Cuando el tren presidencial y los de retaguardia llegaron a San Marcos apenas acababa de pasar el combate.

La caballería de Tlaxcala y el Escuadrón del Colegio Militar marcharon desde Apizaco, por tierra, cubriendo la retaguardia de los convoyes. Intempestivamente fueron atacados por las fuerzas rebeldes. Se combatió duramente y fué allí en donde por primera vez dió prueba de su bizarria el Escuadrón de Alumnos del Colegio Militar dando cargas contra el enemigo, a quien rechazó enérgicamente, haciéndole considerables bajas.

El día 10 se pasó en San Marcos. Nuestra enorme línea de trenes se extendía en varios kilómetros. La vía angosta del Ferrocarril Interoceánico cruzaba el camino que llevábamos y se perdía de nuestra vista entre el lomerío del rumbo de Oriental.

Fué un día de fatiga, de aburrimiento. Comimos malamente en la tienda de un español, única en aquel pequeño poblado. Había hastío, cansancio, nostalgia profunda y tenaz.

Después de la comida, César Moya, mi antiguo compañero del Escuadrón de Guardias de la Presidencia, para distraernos y entrenarse montó en varios de los buenos caballos que llevábamos y que habían sido bajados de sus jaulas. Era César un consumado y hábil jinete: en vano

charreó e hizo piruetas, ni una sonrisa salió a nuestra cara. Había en nosotros el desaliento del enfermo que observa, ya impasible, y que lejos de mejorar empeora cada día.

\* \* \*

Ya caía la tarde, cuando llegaron hasta la plataforma del último carro del tren presidencial varios hacendados del rumbo, quienes querían hablar con el señor Carranza. Don Venustiano conversaba con varios de nosotros. Cuando se les franqueó el paso y llegaron los rancheros hasta el Presidente, el más caracterizado de ellos habló en nombre de sus compañeros. Su palabra era reposada y su ademán respetuoso. Veíase en él al hombre de clase acomodada, habituado a las labores de campo. Su cabeza encanecida se destacaba en la penumbra del carro. Habló sin preámbulos.

Iba a suplicar a don Venustiano, en nombre suyo y de sus compañeros, que pusiera en libertad a dos viejos rebeldes que iban presos en el convoy: a los Generales Gaudencio de la Llave y Carlos Arellano, que habían sido hechos prisioneros días antes por nuestras fuerzas y se encontraban recluidos en la Prisión Militar de Santiago Tlaltelolco en espera de ser juzgados. Habían tenido la suerte los dos viejos de escapar con vida en los primeros momentos de su captura, y al ser llevados a México se habían consolidado de una manera ya más definitiva con la vida. Ahora, en cambio, peligraban seriamente: un revés en los convoyes y, ¿quién les decía que no se les fusilara desde luego sin más trámite que el discernimiento poco sereno de un carcelero?

El viejo campirano solicitaba con respeto, invocando la piedad del Presidente, que dejara en libertad a aquellos rebeldes, que se irían tranquilamente a su casa y que nunca más volverían a empuñar el arma homicida. Era convincente su palabrería: tan pronto imploraba casi sollozante como charlaba elocuente y alegre. Su discurso, mesurado y sincero, era subrayado con signos afirmativos de sus camaradas que, alineados, respetuosos, esperaban sin atreverse siquiera a mirar al Jefe.

El rancharo dejó de hablar, llegaba el momento de callar. Esperaba tranquilo la resolución del Presidente; confiaba en que había sido suficientemente locuaz para persuadirlo a que perdonara a aquellos viejos.

Hubo un largo momento de silencio. La faz imperturbable de don Venustiano nada expresaba. Se oía el vuelo de una mosca y los acompasados pasos de un centinela, que como reloj mataba al tiempo.

Al cabo habló el Presidente. Era a mí a quien se dirigía:

—General, ordene a Maclovio que traiga para acá a De la Llave y Arellano.

Un rayo de esperanza brilló en los ojos de los rancharos.

A los pocos minutos Maclovio Mendoza, Director de la Prisión Militar de Santiago, estaba ante el Presidente con los dos presos.

Los dos viejos miraban inquietos al señor Carranza. El color de sus rostros tostados por el sol y la intemperie se perdía en la semiobscuridad del carro y sólo brillaban sus ojos vivos y resplandecía su pelambre blanca y sudorosa.

—Estas personas vienen a pedirme que les deje en libertad. Ustedes fueron cogidos prisioneros con las armas en la mano, ¿verdad?

—Sí señor, contestaron.

—¿Se comprometen ustedes, si quedaran en libertad, a retirarse y vivir tranquilos, sin perturbar ya más al país con sus andanzas?

A un tiempo contestaron los dos presos:

—Damos a usted nuestra palabra de honor de que nos retiramos a la vida privada.

—Muy bien. Maclovio, añadió dirigiéndose al Director de la Prisión: pon en libertad a los señores. Y luego a ellos les dijo: Pueden ustedes irse cuando quieran.

\* \* \*

Alguien que se incorporó de México llevó la noticia: Dos de los aviones que habían salido de la Capital para incorporarse con nosotros se habían perdido, estrellándose en las inmediaciones de Texcoco: uno de ellos en un pequeño poblado de nombre La Magdalena y el otro en una hacienda pulquera. Uno de los aviadores había resultado herido, dos habían caído prisioneros con el enemigo, y el jefe de ellos, Capitán Felipe Carranza, muchacho que siempre tuvo un culto inaudito por el honor, se había suicidado. Sólo contábamos nosotros con el avión que iba a bordo de los trenes y que pilotearía, en dado caso, Carlos Santana. Se nos dijo también que una columna fuerte había salido de México a perseguirnos, al mando de Jacinto



Treviño y que con él iban Cosío Robelo, Guajardo y otros.

\* \* \*

A media noche se movieron los trenes: iban a vuelta de rueda, como si el cansancio los agobiara materialmente. Faltaba el combustible y escaseaba el agua. Caminaban fatalmente hacia lo que en aquellos momentos era lo misterioso, lo desconocido, la negra obscuridad impenetrable, al igual que las sombras de la noche.

Al amanecer se escuchó un tiroteo en la vanguardia. Se detuvieron en seco los trenes. Allí estaba de nuevo el enemigo esperándonos. La niebla de la mañana lo ocultaba aún y lo hacía más temible.

Era el leopardo oculto en la selva, pronto a saltar sobre su desprevenida presa. Se interponía con seguridad una nueva barrera entre nosotros y las tropas leales que guarnecían Veracruz, mandadas por los Generales Cándido Aguilar y Guadalupe Sánchez. Si lográbamos vencer este nuevo obstáculo aún quedaba de seguro otro más que nos atajaría en el camino: el enemigo que nos cortara en las cercanías de la estación de Esperanza procedente de Tehuacán, Oaxaca o de la misma Puebla. Después las montañas, las cumbres de Maltrata inexpugnables y la tierra prometida de la heroica Veracruz, siempre dispuesta a acoger la buena causa, a resguardarla y a protegerla con la sangre de sus hijos y con el fruto de sus campos.

Amaneció por completo. A un kilómetro escaso se veía la casa de la estación de Rinconada. Entre ella y nuestros

trenes, casi rozando la herrada vía, un cerro coronado de gente contraria nos esperaba. Hacia la izquierda, entre un monte ralo, de raquíuticos arbustos, la caballería enemiga estaba en acecho.

Soplaba un suave vientecillo, fresco y acariciador. Parecía increíble que en aquella mañana, tranquila y dulce, más propia para ocurrir al desempeño de las labores del campo, armonizada con el tintineo agradable de la esquila del ganado, con el balar de las ovejas y el olor del tomillo, dos grupos numerosos de hombres, sin odiarse en el fondo, estuvieran a punto de arremeter a tiros unos en contra de otros. Entre la maleza del cerro cercano y entre la espesura del montecillo fronterero estaba el enemigo. Todo callaba y sólo vibraba tenue la voz de la naturaleza.

Salió el sol y súbitamente cambió el paisaje. De apacible y grato tornóse bronco y arisco. Los rayos solares hirieron despiadados la arena del suelo y las matas grises y sedientas de la falda del cerro.

Los cristales de los prismáticos mostraron a mis ojos, curiosos e indagadores, el enemigo, fortificado en los peñascos del cerro, como puntitos sembrados arbitrariamente en las piedras. Abajo, al frente de una escolta que se desprendía del primer tren, el de los zapadores, el General Murguía avanzaba hacia el cerro. Veíasele, arriscada sobre la frente, el ancha ala de su sombrero tejano saliéndole de la cavidad del mismo mechones de su indomable cabellera rizada; sus bigotes caídos dábanle con firmeza un rictus de coraje indómito; en su diestra empuñaba su espada.

Los jinetes se perdieron en el matorral del cerro, trepando hacia arriba.

Un esquitero nutrido repercutió múltiple agrandado por el eco. Murguía y sus intrépidos jinetes salieron a escape hacia los trenes, rechazados con energía por los rebeldes. Simultáneamente el enemigo emboscado hizo su aparición, atacando a la caballería de Heliodoro Pérez en nuestro flanco izquierdo. Los cañones enemigos denunciaron su presencia. Sus proyectiles pasaban zumbando sobre nuestras cabezas.

Ordené que el 3º de Infantería se formara al pie de su tren, a ambos lados de la vía, listo para entrar al combate. Se bajaron las dos piezas de artillería, únicas con que contábamos, y algunos oficiales de la escolta de Murguía a lazo las remolcaron hacia adelante.

Murguía llegaba furioso: sus ojos enrojecidos echaban chispas y su espada, con la hoja flexionada, era en su mano ridícula amenaza a la hora en que la muerte se cernía sobre el campo.

—¡Hijos de la tal!, gritaba Murguía señalando al enemigo, ¡ahora verán!

Al vernos a mí y a Mariel nos gritó colérico:

—¡Tú, Urquizo!, ¡córreme esos de allí!, y señalaba la caballería de la izquierda.

—¡Tú, Mariel!, ¡atácame el cerro!

Las tropas se desplegaron y entramos al combate.

Nuestros cañones atronaron, manejados con habilidad por el Teniente Coronel Alberto Hinojosa y por el Coro-

nel Ignacio Flores. Traquetearon las ametralladoras y silbaron las balas de la fusilería.

Brillaba el sol candente sobre el arenal. La línea de infantería de la izquierda giraba en tiradores, uniforme sobre su costado derecho que se apoyaba en el primer tren. Avanzaba al paso disparando segura sobre la caballería, que huía casi en desorden. Las balas enemigas levantaban columnitas de polvo a los lados de mi caballo.

El enemigo, inseguro desde el principio, huyó al sentir el empuje nuestro, dejando el arenal sembrado de cadáveres de hombres y de caballos. Algunos heridos nuestros fueron conducidos a los trenes.

La primera fase del combate había pasado y ahora nuestra línea estaba al pie del cerro fortificado, haciendo ángulo recto con las fuerzas que debería llevar Mariel. Nos pretegíamos tras de un terraplén paralelo a la vía férrea.

Faltaba la parte principal: la toma del cerro. El enemigo había permanecido casi inactivo enviando sólo a los carros, de vez en cuando, disparos de cañón.

El primero de nuestros trenes intentó avanzar, franqueando la zona dominada por el enemigo, recorriendo la vía que pasaba inmediata al cerro.

Fué rechazado con energía.

A media tarde se inició el ataque. La infantería de la derecha de los trenes se lanzó a escalar el cerro; Murguía iba a su frente. El Presidente, en brioso caballo, recorría la línea, impávido ante la lluvia de balas que enviaba el enemigo. Su caballo cayó muerto de un tiro y él continuó

impasible, de pie, viendo cómo sus soldados avanzaban disparando hacia arriba.

A la media hora el nutrido fuego del combate, regado desde la cima del cerro hasta los trenes, se concretaba sólo a lo alto de él. Los nuestros estaban ya arriba. Un corneta tocó diana.

La fuerza parapetada en el bordo avanzó también, sin que hubiera necesidad ya de que entrara al combate. La victoria había sido nuestra.

Quedaron en nuestro poder dos cañones, varias ametralladoras y cuatrocientos prisioneros, entre oficiales y tropa.

Los prisioneros denunciaron que había bombas enterradas bajo la vía, que iban a ser explotadas al paso de los trenes. Al desenterrarlas se vió que eran de enormes dimensiones.

Regresamos a los trenes, triunfantes. El Presidente era aclamado por la multitud de civiles de la comitiva. Lanzaban vivas al Ejército y había inusitada alegría en el campamento. La batalla fué dura, y la victoria había costado un buen número de muertos de nuestras filas. Las compañías de zapadores llevaron todo el peso del combate.

\* \* \*

Apenas me disponía yo a desmontar para buscar algún alimento, del que habíamos carecido en todo el día, cuando las cornetas de todos los convoyes tocaron "general". El enemigo atacaba por la retaguardia.

El tiroteo se oía ahora en nuestro flanco izquierdo a la altura del último de los trenes. Se batían los muchachos de la caballería del Colegio Militar. Repercutían los disparos de una ametralladora nuestra.

Cuando llegamos con tropas suficientes al lugar del combate había pasado la acción y el enemigo huía disperso hacia el rumbo de Oriental. Nuevamente triunfaban los cadetes.

Como servicio de retaguardia, la caballería del Colegio había permanecido inactiva, sin tomar parte, muy a su pesar, en los combates del día. Desesperábanse los muchachos de no entrar en acción. Las bélicas notas de las dianas, anunciadoras del triunfo, llegaban hasta ellos saturando su juventud fogosa de mortal melancolía, por haber perdido una oportunidad brillante de conquistar la gloria. Los aguiluchos permanecían tristes, condenados a desempeñar un pasivo servicio de retaguardia. Ya caía la tarde y disponíanse a descansar de la jornada diaria, esta vez completamente inútil, cuando una columna rebelde, de caballería, súbitamente apareció a su frente. Era quizás el enemigo montado que atacó en la mañana, retirándose disperso, y que ahora, rehecho, atacaba de nuevo.

Los cadetes se dispusieron al ataque. Su jefe, Casillas, sintetizaba él solo los cien hombres del escuadrón, convertidos en uno para la maniobra uniforme o el movimiento rápido. El escuadrón se preparaba de igual manera que cuando empezaba la instrucción allá en la Escuela de San Jacinto. Pie a tierra al frente de su caballo, en la posición intrépida del tirador, esperaban.

El enemigo, entretanto, avanzaba veloz a paso de carga, disparando sus armas. Ni un tiro partía de los cadetes, quienes resistían estoicos la lluvia de balas de los otros, que se acercaban en desorden. Cuando ya estaban a punto de llegar a la meta, cuando veíanse sus rostros y los detalles de su indumentaria, Casillas ordenó:

—¡A doscientos metros!... ¡Apunten!

Y momentos después, cuando, segura ya su victoria, creían llegar al botín de los trenes, ordenó:

—¡Fuego!

Confusión. Muertos, heridos, caballos que caen, otros que huyen faltos ya de jinete: los atacantes se retiran en desorden.

—¡A trescientos metros!... ¡apunten!... ¡fuego!

Otra descarga y otra más.

El enemigo se ha detenido indeciso. De entre ellos sale un charro, quizás un jefe, y se adelanta resuelto hacia los cadetes. Probablemente va a hablarles, a invitarlos a la defección, a explicarles el por qué de la revuelta. Va seguro, resuelto, hombre temerario o borracho inconsciente.

Los muchachos admiran al hombre y lo compadecen. Ya se acerca al tranco de su caballo, gritando y accionando. Atrás están expectantes sus compañeros. El sol declina. Una nueva voz de Casillas:

—¡Apunten!, ¡fuego!

Se efectúa el fusilamiento de hombre y caballo.

Una ametralladora traquetea desde los trenes. Hay movimiento de tropas que regresan del frente y van para

la retaguardia. Una descarga cerrada más y el enemigo hu-  
ye en desorden. La noche lo ampara.

\* \* \*

Los cuatrocientos prisioneros han sido embarcados en las jaulas vacías del tren en que viaja la caballería de Heliodoro Pérez. En su mayoría son de las tropas del resguardo del Ferrocarril Mexicano, tropas que organizó Fontes y puso al mando del Teniente Coronel Leobardo Ruiz. Un jovencito Ruiz, Comandante de una de las compañías, está entre los prisioneros. Hay algunos otros oficiales subalternos y está también el jefe que mandaba la artillería contraria, un Teniente Coronel de Artillería de apellido Rocha. Mientras llegamos a Veracruz esta gente va a pasar hambre, escasean las provisiones.

El Presidente ordena que no se fusile a nadie. Por las noticias que nos dan los cautivos nos enteramos de la mala situación que tenemos encima. Hemos combatido contra fuerzas federales que guarnecían Veracruz y Oaxaca. Quien mandaba al enemigo era el General Luis Mireles, que pudo huir a tiempo y salvarse del desastre. De allí, de Rinconada, en adelante todo es ya terreno que no nos pertenece y sólo contamos con las fuerzas que marchan en los trenes. Está perdido Veracruz, el refugio que creíamos encontrar al final de la jornada.

\* \* \*

Apenas logra romper las tinieblas reinantes la luz de la lámpara del pullman. Se conversa de asiento a asiento



en alta voz. A pesar de la victoria reina tristeza y se augura ya un final desastroso.

Cuando cierra la noche me duermo, arrullado por la charla de mis compañeros. Despierto sobresaltado cuando se carcajean con estrépito, y me entero entre sueños del motivo de la risa:

Rafael, el chino, sirviente mío, fué a buscar provisiones frescas a la cercana y abandonada hacienda, llevando un susto tremendo cuando se encontró a su regreso a un individuo que creyó era contrario y que resultó ser un soldado descarriado que también buscaba alimentos. Está Rafael contando a Mariel su aventura. Hasta mí llega su voz balbuceante e inconfundible y las preguntas regocijadas que le hacen:

—Yo iba lancho buscal gallina, pollo, cochino, chichalone, veldula.

—¿Y te salió el enemigo?

—Y sí, yo cleí el enemigo quiele cogelme. Muy neglo bulto, muy glandote. Yo piensa quiele matalme.

—¿Y por qué no le disparaste tú?

—Yo iba sacal pistola pa dale de balazos. Yo iba matal enemigo.

—¿Y tuviste miedo chale?

—Yo no tiene nunca mielo. No el enemigo, el un soldado de nosotlo. Pol eso no le dí de balazos.

—¿Y trajiste las gallinas?

—Yo tlaía ysí, pelo salen coliendo escapando cuando encuentlo yo soldado cleiba enemigo.

El cansancio puede más que la charla y la risa y quedamos al fin dormidos, abandonados a nuestra suerte, sin pensar ya en nada, absolutamente en nada.

\* \* \*

Amaneció el día 13 tranquilo. El enemigo no hostilizó para nada nuestro servicio de seguridad. Los que se habían interpuesto a nuestro paso huían en completa dispersión. Uno de nuestros telegrafistas había podido interceptar, por el único hilo que quedaba en buen estado, mensajes de Veracruz dirigidos a diversos lugares tratando de localizar, inútilmente, al General Luis Mireles, Comandante de los rebeldes de Rinconada.

Solamente había ocurrido una novedad un tanto desagradable: el General Murguía había mandado fusilar al Teniente Coronel Rocha, Jefe de la Artillería enemiga, que había caído prisionero la víspera. El Presidente ignoraba el suceso, al igual que todos los demás. Al aclarar el día había sido bajado del furgón que servía de cárcel y pasado por las armas en la falda de la cercana loma. Su cadáver se divisaba confundido entre los de los que cayeron peleando el día anterior.

El señor Carranza tomaba el sol parado en el terraplén de la vía férrea, cerca del tren dorado; le acompañábamos: Marciano González, Federico Montes y yo.

Se hablaba de nimiedades, ajenas por completo a los acontecimientos diarios.

El paisaje campestre un tanto escueto —arenal, escasos arbustos, una hacienda triste y abandonada, una estación

solitaria, un cerro y los trenes militares—, daba en cierto modo una visión de nuestro Coahuila, allá en los primeros meses de 1913. La mirada del Primer Jefe se perdía en el horizonte, tranquila e indescifrable. Quizás pensaba en Monclova, en Candela, en Cuatro Ciénegas. . .

Un infante pasó a nuestro lado saludando. De la lona entreabierta de su saco de combate resbaló un cartucho hasta el suelo. Un rayo de sol hirió el latonado casquillo.

Don Venustiano dejó de ver el campo para contemplar el proyectil que brillaba. Lentamente levantó su vista hasta el soldado que se alejaba y le llamó.

—¡Oiga!

El soldado se detuvo cuadrándose.

—Ahí se le acaba de caer un cartucho, ¡levántelo!

El soldado, obediente, recogió el cartucho y se marchó presuroso, un tanto cohibido.

Carranza volvía a ser el mismo de la frontera del Norte cuando escaseaba el parque, el dinero y la comida.

\* \* \*

Pancho Serna nos dió de comer cualquier cosa. Su previsión y economía, siempre manifiesta, ahora era extremada.

Cerca del mediodía se movieron los primeros trenes hacia la siguiente estación de Aljibes. Ya escaseaba el combustible y el agua para las locomotoras. Fué necesario proveer a las máquinas de los trenes delanteros con lo que les quedaba a las de más atrás. De los de retaguardia, que precisaba abandonar, se trasladó la impedimenta de mayor utilidad a los trenes que podían seguir.

Toda la caballería marchó por tierra así como parte de la infantería, por no tener ya acomodo en los trenes. En el campo de batalla, como complemento decorativo de los cadáveres de hombres y de caballos, quedaba la mitad de nuestros trenes abandonados.

\* \* \*

Nuestra caballería de retaguardia había estado enviando exploraciones para tener noticias del enemigo que procedente de México venía en nuestra persecución. Informaba que se veían humos de trenes a gran distancia. Avanzaban con lentitud reparando los puentes quemados que dejábamos atrás como débil valladar.

No obstante lo lejano del enemigo, aquel día pudo llegar hasta nosotros uno de sus enviados. Traía el emisario un recado del General Jacinto B. Treviño para el Presidente. Le proponía que abandonara a las personas que le acompañaban y saliera del país. Le ofrecía amplias garantías para su persona. No obtuvo contestación el recado. Una sonrisa amarga se dibujó en la faz del Presidente. ¡Que escapara! Poco conocía el General Treviño a quien tanto tiempo fué su inmediato jefe. . .

No, el hombre que se enfrentó y venció a Victoriano Huerta, el que se impuso a Villa y lo abatió, el que se irguió magnífico ante las arrogancias de los norteamericanos, el hombre que sacrificó a su propio hermano antes que claudicar, el que educó una casta de hombres libres, el que redimió a un pueblo no podía huir en aquella forma. No era un cobarde, nunca lo fué.



¡ALJIBES! ¡LA DEBACLE!





## IV



COMO denso manto enlutado se posó la noche sobre el campo de batalla, sembrado de cadáveres.

Al fragor del combate sucedió el silencio; silencio eterno para los que cayeron en aquella tarde para siempre, de cara al sol, en cumplimiento de un deber; silencio tenebroso, impregnado de misterio y de temor, para los que aún quedaban empuñando un fusil en actitud expectante.

Los soldados leales, apostados en tiradores, guarecidos tras de las recién cavadas loberas en una larga línea rectangular, esperaban la embestida del enemigo, derrotado por la tarde, pero suficientemente fuerte aún para intentar un ataque por sorpresa al amparo de las sombras de la noche o de la claridad difusa del amanecer.

Dentro, en larga y negrísima hilera, como serpientes monstruosas, dormían los trenes que conducían hacia Veracruz al Gobierno de don Venustiano Carranza.



Las locomotoras yacían muertas, sin fuego en sus calderas y sin agua en sus tanques, sin el más leve resuello, como enhiestos y fabulosos cadáveres de monstruos mitológicos.

El silencio de la noche sólo era turbado por las pisadas de las patrullas de la caballería de Heliodoro Pérez, que recorrían la línea de tiradores. Las ametralladoras, emplazadas, apuntaban hacia la negrura por donde había huído el enemigo; la única batería de cañones con que contaba la columna estaba presta a disparar nuevamente allá en la vanguardia, al lado del primer convoy, el de las compañías de zapadores; sus bocas olfateaban hacia la cercana estación de Aljibes.

Fué una noche interminable la del trece de mayo de 1920.

\* \* \*

Llegábamos al principio del fin de aquella larga y penosa odisea. Paulatinamente, día a día, desde que evacuamos la ciudad de México en aquella forma desastrosa, motivada por la defección de los Regimientos de Caballería que deberían de servir de guardaflancos de los convoyes del gobierno, de la impedimenta y de las tropas de infantería, artillería y de su material pesado; veníamos caminando de mal en peor hacia el desastre, que se vislumbraba claramente ya, que se sentía devenir, que impregnaba el ambiente y aminoraba el ánimo, ya decaído, de los leales que aún seguían al señor Carranza.

La defección constante de las tropas en masa, de los amigos, de los colaboradores del gobierno, hacían que día a día perdiéramos la esperanza de rehacernos, de llegar al lugar desde el cual pudiéramos emprender la ofensiva, despojándonos de una impedimenta y de un lastre que soportábamos sobre nosotros, y que nos subyugaba aminorando nuestros movimientos e impidiéndonos maniobrar libremente.

Cada vez veíamos más lejana la hora de cimentar en algún lugar el pesado fardo de la administración: las Secretarías de Estado, la Suprema Corte, la Comisión Permanente del Congreso General, la numerosa empleomanía, las familias, los largos y pesados trenes abarrotados de archivos, de muebles, de dinero en metálico.

Aquella carga enorme pesaba sobre nuestro ánimo de soldados quizás más fuertemente que la misma situación, ya nada bonancible. Estábamos sujetos por las circunstancias, que nos ataban a las ruedas de los pesados trenes y nos hacían caminar sobre de ellos por el único camino que podíamos seguir: fatalmente por sobre la vía férrea; a merced del enemigo, que podía esperarnos en el lugar que mejor le conviniera, a la hora que más le cuadrara a sus deseos, en la forma que más le pluguiera y del modo que más le fuera propicio.

Custodiábamos a aquel enorme gusano de hierro que se movía fatigosamente, con una lentitud desesperante y agobiadora. Nuestro radio de acción se circunscribía al alcance de nuestras armas, y éramos sólo dueños del terreno que íbamos ocupando a nuestro paso.

La marcha era lenta, lacerante y monótona; los trenes caminaban cada vez más despacio; carecíase de combustible, escaseaba el agua y faltaba el ánimo de los pocos ferrocarrileros leales: de los garroteros habilitados de conductores, de los fogoneros hechos maquinistas.

Escaseaban los víveres para las tropas y aun la misma agua para sus cantimploras, y tenían que llenarlas con la sustracción diaria que se hacía de los tanques de las locomotoras, ya muy vacíos por cierto.

Avanzábamos reparando los ligeros desperfectos que se encontraban en la vía férrea y destruyendo los puentes y alcantarillas que iban quedando a nuestra espalda.

A pesar de las constantes deserciones en masa que veníamos experimentando desde los últimos días de abril, y del desastre ocurrido en la estación de la Villa de Guadalupe al ser evacuada México, en que hubimos de perder la mitad de los trenes de que se componía todo el convoy de evacuación, y con ellos toda la artillería, las municiones de reserva, mil hombres del 2º Regimiento de Infantería Supremos Poderes que mandaba el General Agapito Barranco, que fué herido y capturado, y toda la escolta presidencial, la línea recta de nuestra actuación militar y revolucionaria nos daba el impulso necesario para seguir por el camino del deber, así fuera éste escabroso y empinado y lleváramos a costas el gran fardo de la situación reinante. La inercia del empuje inicial de nuestra actuación nos hacía seguir caminando, sufriendo y combatiendo. Así, en Apizaco dos veces combatimos y vencimos al enemigo de Puebla y Tlaxcala, que nos atacó furiosamente; en San Marcos y en

Rinconada abatimos las fuerzas mandadas por Luis Miralles, que posesionado de una altura fortificada y con artillería nos interceptaba el camino, y escalamos los cerros en que se resguardaba, en medio de una lluvia de balas, capturando su artillería y a cuatrocientos prisioneros. El propio Presidente Carranza, en persona, había llevado a los infantes hasta el frente a través de los proyectiles que se disparaban.

\* \* \*

Seguíamos, cansados ya moral y físicamente, pisando en terreno siempre hostil, siempre enemigo, arrastrando una carga cada vez más oprimente y más incómoda.

Se acercaba fatalmente el principio del fin.

Aquel día, trece de mayo, habíamos llegado a las inmediaciones de la estación de Aljibes. En la anterior, Rinconada, nos vimos precisados a abandonar la mayoría de los trenes porque a sus locomotoras se les había agotado el combustible o les faltaba agua. La tropa que ocupaba esos convoyes había recorrido por tierra, sobre la vía férrea, el corto trayecto que media entre Rinconada y Aljibes.

Los trenes de la vanguardia, que aún tenían combustible y agua gracias a la maniobra de recargarles a costa de los trenes de la retaguardia, se habían parado de pronto en seco y ya de una manera completamente definitiva. En adelante se encontraba la vía destrozada en una extensión incalculable; se perdían en el horizonte líneas sinuosas de rieles levantados y durmientes dispersos sobre el terraplén.

Era del todo imposible continuar la marcha por ferrocarril, precisaba tomar la resolución de aligerar la columna y decidirse a afrontar la situación que se nos presentaba, que no podía ser peor. Las fuerzas que guarnecían el Estado de Veracruz, los doce mil soldados federales que considerábamos leales por estar mandados por generales y jefes de nuestra más absoluta confianza, estaban ya a nuestro frente como enemigos; quizás los mismos rebeldes que operaban en el Estado estarían con ellos. Veinte mil hombres, en suma, tendríamos en frente oponiéndose a nuestro paso, al paso de cuatro mil soldados sin libertad de acción por la custodia de una impedimenta enorme y con la moral quebrantada a causa de las continuas malas noticias que llegaban por doquiera o que se adivinaban claramente.

\* \* \*

El combate del día trece fué terrible; se inició desde el primer momento con una rudeza tal que sobrepasaba a los registrados hasta entonces.

De pronto apareció el enemigo al frente, hacia Aljibes, cargando impetuosamente sobre nosotros; la caballería de Heliodoro Pérez salió a su encuentro y se produjo el choque brutal. Los cerros de nuestra derecha se coronaron de infantería contraria y la nuestra se lanzó a desalojarlos.

En lo más crítico del combate el 5º Regimiento de Infantería, que mandaba el Coronel José María Ruiseco, a quien se le había dado orden de cubrir un punto de nuestro frente, se pasó al enemigo rindiéndosele sin combatir.

Finalmente, ante la entereza de los leales, el enemigo huyó dejando el campo sembrado de muertos, entre ellos a uno de sus más intrépidos generales, el manco Liberato Lara Torres, que días atrás fuera servidor del gobierno. Por nuestra parte cayó mortalmente herido en la cabeza el valiente General Agustín Millán.

En las sombras de la noche, que caía rauda y veloz, se perdieron las polvaredas de la caballería del enemigo, que huía despavorido hacia el cercano pueblo de San Andrés Chalchicomula, en tanto que su infantería se perdía, dispersa, en las hondonadas de la sierra.

Hasta entonces se supo, por los prisioneros, después de aquella efímera última victoria, que habíamos combatido contra todas las fuerzas del Estado de Veracruz, al mando de Guadalupe Sánchez, y contra todos los rebeldes de la región encabezados por Higinio Aguilar, Gabay, Lagunes y demás jefes felicistas. Hasta entonces nos dimos cuenta perfecta, desde el Presidente de la República hasta el último soldado, de que estábamos perdidos, obstruído el paso hacia Veracruz: ya sin amigos y batidos encarnizadamente por fuerzas superiores en número y en moral.

\* \* \*

La noche fué larga y penosa. No reinó en nuestro vivac la alegría que sigue siempre a la victoria. Las sombras confusas de un porvenir incierto obscurecían nuestras mentes y ahogaban nuestras propias palabras.

Aquello se acababa, se acababa a pasos agigantados. La consunción aparecía en nuestras filas, cada vez más y más

mergadas y, fatalmente, irremisiblemente, íbamos hacia el fin.

La noche del primer día de aquella victoria de Aljibes fué larga y tortuosa como la de un condenado a muerte. Nuestros propios pensamientos, tercos y rudos, atenazaban nuestras mentes y metían en ellas la confusión y el temor; no era para menos aquella situación crítica de vida o muerte porque atravesábamos.

Se pasó en vela en espera de un albazo del enemigo. Las ametralladoras apuntaban hacia las sombras que se extendían frente a nuestros ojos, prontas a vomitar un torrente de balas; nuestras armas listas para ser disparadas, el oído atento, los músculos dispuestos a la lucha inesperada.

Temíamos al enemigo por su fuerza y por su número, pero más aún que los mismos nuestros inesperadamente se pasasen a él. El ejemplo maldito dado aquella tarde por el 5º de Infantería bien pudiera repetirse y ser entonces definitivamente el fin de todo.

Las sombras de la noche acrecentaban más nuestros temores, y con ansia vehemente deseábamos, como el mismo aire para respirar, la aparición dichosa de la luz del sol. Aquella última parecía no acabar nunca, parecía la noche infinita de la muerte.

\* \* \*

Lució el nuevo día, huyeron las tinieblas y con ellas huyó también el temor: vino el ánimo, el deseo vehemente y avasallador de seguir viviendo, de luchar, de triunfar de nuevo, de continuar nuestro camino a través de todo,

por encima de todo y sacar avante una vez más nuestra maltrecha bandera de la legalidad.

No había enemigo a la vista; éramos dueños del campo por completo.

Apenas salido el sol y una vez que recorrí la línea de soldados, que circundaba en actitud de defensa la dilatada extensión que ocupaban los convoyes, saludé al Presidente, le rendí novedades y desayuné con él en el carro-comedor del tren dorado.

Aún había qué comer; aunque en escasa cantidad nos sirvieron todavía los huevos revueltos, los frijoles y el café negro aguado de los clásicos almuerzos fronterizos.

Se habló, claro está, de la situación tan crítica porque atravesábamos y se decidió convocar inmediatamente a un Consejo de Generales para tomar desde luego determinaciones precisas y urgentes.

Los numerosos generales que iban en la expedición concurrieron presurosos al llamado presidencial; el Consejo fué breve. El criterio del General Murguía, Comandante en Jefe de la Columna, que era el de todos nosotros, se aprobó en seguida: abandonar desde luego los trenes y con ellos toda la impedimenta, imposible de conducir; requerir el ganado necesario de las haciendas más próximas y, por medio de partidas de caballería, conducir a lomo de mula o en carruajes el dinero y las municiones que llevábamos a bordo de los trenes; emprender seguidamente la marcha por tierra sobre el enemigo y abrirnos paso a la fuerza hasta llegar a Veracruz; dividir los tres mil y pico de hombres, que aún restaban en nuestras filas, en tantas fracciones



como generales éramos con el fin de hacer más eficaz la acción ofensiva nuestra con el ejemplo de cada uno de los comandantes. Acto continuo se debería proceder a efectuar lo acordado acondicionándose las tropas para continuar la marcha a pie a tierra, en tanto que se hacían las requisas de ganado para llevar el dinero y las municiones de reserva.

Descendimos todos del tren presidencial y fuimos cada uno a hacer lo que nos correspondía en los preliminares de la próxima marcha.

Se ordenó a los comandantes de unidades de infantería que, sin descuidar las líneas de defensa que tenían a su cargo, dispusieran que sus soldados se alistaran para la salida por tierra bajando de los furgones del ferrocarril sus maletas, y que se les dotara lo más posible de municiones.

Los civiles, inquietos y asustados, se dispusieron también a prepararse rápidamente para seguir con la columna.

Varias partidas de caballería salieron para hacer requisiciones de mulada y carruajes en las haciendas cercanas para poder cargar con el dinero, municiones y ametralladoras.

Yo dispuse que dos de mis ayudantes recorrieran los trenes y las tropas apostadas y formaran rápidamente un estado de fuerza, para proceder desde luego a efectuar la repartición de ella en grupos de doscientos hombres para cada general.

Entretanto me dirigí hasta la extrema vanguardia, que la constituía el primer convoy ferrocarrilero con las compañías de zapadores al mando del Coronel J. Fernando Ramírez.

Las compañías de zapadores habían sido duramente castigadas por el enemigo debido a su misión especial de marchar en la vanguardia y haber tenido que tomar parte inmediata en todos los combates efectuados desde la salida de México.

El Coronel Ramírez se encontraba en la puerta de su furgón-oficina; al verme bajó de él y se acercó hasta mi caballo a darme las novedades ocurridas en sus fuerzas. Charlamos un momento; le puse al tanto de lo acordado recientemente, y observando que su carro se encontraba bien provisto de útiles de escritorio, desmonté y subí a él para dictar a uno de los oficiales de la Comandancia de Ingenieros la Orden General Extraordinaria de la Columna, dando a conocer las disposiciones acordadas, la marcha por tierra y el orden en que se efectuaría ella, así como las disposiciones necesarias para la seguridad de la misma.

Mientras llegaban los ayudantes con el estado de fuerza efectué desde el techo del furgón un reconocimiento sobre el campo con ayuda de mis gemelos de campaña: Hacia el frente se perdía de vista en el horizonte la línea sinuosa de rieles y durmientes levantados, colocados sobre el terraplén de la vía férrea destruída por completo; los postes telegráficos yacían por tierra derribados y los alambres rotos y retorcidos en espirales deformes y fantásticas; a poca distancia la estación de Aljibes completamente abandonada; más adelante, hacia San Andrés Chalchicomula, ni la más leve polvareda que denunciara la presencia de fuerzas enemigas en marcha. A mis pies, en ángulo recto con la primera locomotora, detenida a pocos metros de la

vía deshecha, los cañones de la única batería con que contábamos, con sus sirvientes dispuestos a atender las órdenes de su jefe, el Teniente Coronel de Artillería, Hinojosa; al lado de las piezas varias ametralladoras y una parte de loberas ocupada por infantes: recorriendo toda la línea del frente, al paso de su caballo, el general Norberto C. Olvera, jefe de ella por ese día.

\* \* \*

Hacia la derecha la serranía, cercana de los convoyes a tiro de fusil y dominándolos por completo; nuestra línea defensiva al pie de ella. Aquellas alturas, ocupadas por enemigo que llegara sin ser visto por la parte posterior, nos obligaría a desalojar el campo desde luego.

Por vía de precaución ordené a uno de los oficiales más cercanos al lugar en donde me encontraba que llevara a una sección de infantes a paso veloz a ocupar y guarnecer la colina más cercana a los trenes, y que por ningún motivo se retirara de allí, en donde de momento no se observaba que hubiera enemigo, pero que al sentirlo avisara desde luego para reforzarlo convenientemente.

Seguí haciendo mi reconocimiento ocular: a la izquierda, en las casas de la hacienda de Aljibes, la caballería de la columna, al mando del valiente General Heliodoro Pérez, acampaba al pie de sus caballos dispuesta a la acción.

Hacia atrás, en la retaguardia de todos los trenes, el Escuadrón de Caballería del Colegio Militar al mando del Coronel Rodolfo Casillas; más atrás, en la cercana esta-

ción de Rinconada, se veían los trenes abandonados por nosotros el día anterior, como gusanos adormecidos. Y mucho más lejos aún, muy distante, se veía el humo de los trenes de la columna de Jacinto B. Treviño, que había salido de México para darnos alcance y batirnos. Este peligro aún era remoto, pues para combatirnos tenían que reparar los puentes quemados y componer algunos tramos de vía férrea destruída por nosotros. El peligro serio e inmediato lo teníamos delante, en el enemigo de Veracruz, derrotado el día anterior pero que podía rehacerse y atacarnos con más éxito que la víspera.

Reinaba la calma más completa y parecía que nada anormal había ocurrido en aquel campo el día anterior y que nada tampoco ocurriría más tarde.

Toda la gente de la caravana, civiles y militares, afanosamente desalojaban los trenes y hacían maletas con su equipaje, o se agenciaban entre sí lo necesario para el camino.

Algunos disparos aislados resonaban, multiplicados por el eco, en los cercanos cerros. Volví mis anteojos hacia aquel lado y observé que el oficial que yo había mandado a cubrir la altura más próxima avanzaba hacia ella con su sección desplegada en guerrilla, disparando su fusil de cuando en cuando alguno de los soldados a guisa de reconocimiento.

Varias balas pasaron silbando por encima de nuestras cabezas y alguna fué a estrellarse en el tanque de la locomotora. De seguro había gente oculta en aquellas alturas

próximas, aun cuando quizás no sería en número considerable.

Volví a observar de nuevo hacia el frente con alguna inquietud.

A lo lejos, a un lado de la vía, se precisaba claramente gruesa polvareda que se elevaba ágil, denotando a las claras la presencia de caballería en marcha a aire vivo. El enemigo, rehecho y quizás reforzado, venía a atacarnos.

Rápidamente descendí de lo alto del furgón.

A uno de mis ayudantes, que llegaba con el estado de fuerza que le había mandado hacer, lo envié a todo escape a que avisara al General Murguía de la presencia del enemigo que a rienda suelta se dirigía hacia nosotros, y que de paso pusiera sobre aviso a las tropas para que estuvieran preparadas al combate.

Entretanto ordené al Teniente Coronel Hinojosa rompiera el fuego de sus cañones sobre las polvaredas, que rápidamente se acercaban.

Pensaba yo que si no se contenía el avance del enemigo con las granadas de la artillería, por lo menos las detonaciones violentas servirían para prevenir a los combatientes y para prepararse a resistir el choque, inminente y próximo.

Unos cuantos soldados tan sólo había en las loberas del frente; la mayoría había ido a sus trenes a hacer sus maletas y a arreglarse para la próxima salida.

\* \* \*

La polvareda espesa avanzaba con rapidez. Ya a simple vista se apreciaban las líneas de caballos galopando. Era una carga cerrada que se venía encima.

El tiempo transcurría mortal y angustioso.

Iba a cogernos el enemigo en la peor de las formas que pudiera esperarse.

Un nuevo oficial mandé a urgir el envío de las tropas a su dispositivo de combate.

El General Olvera buscaba contingentes en los trenes más cercanos para cubrir la línea.

El enemigo estaba ya a tiro de fusil.

Sonó por fin el primer cañonazo nuestro, disparado por el Teniente Coronel Hinojosa personalmente, y tras de él otro y otro sin interrupción, hasta convertirse en un solo estampido furioso de una ráfaga desesperada.

Una ametralladora empezó su tableteo de la muerte.

Los pocos soldados de la línea, acurrucados en los hoyos de sus loberas, rompieron también el fuego, desganado e incierto.

No aparecían las tropas. Sólo la Escuela de Infantería del Colegio Militar estaba al lado del convoy, formada y dispuesta ya para la marcha. A falta de más, muy a mi pesar ordené a ellos que cubrieran la línea abandonada del frente.

A paso veloz los aguiluchos llegaron a la línea, ya desplegados en tiradores, y rompieron el fuego nutrido y certero sobre las tupidas masas de caballería atacantes.

No sentíamos ningún proyectil del enemigo; sólo la real y positiva presencia de él nos demostraba su existencia.

No se detenía, a pesar de las granadas de nuestros cañones y del fuego de nuestros fusiles y ametralladoras; parecía un fantasma a quien no hicieran daño alguno las balas, que fatalmente había de llegar hasta nosotros a pesar de todo.

Simultáneamente al avance del enemigo sentimos el fuego en el flanco, proveniente de las crestas de los cerros de la derecha.

La sección que había yo mandado ya no estaba, se había replegado sin duda hasta los trenes.

Violentamente monté en mi caballo; recomendé al General Olvera conservara el punto mientras yo veía la manera de reforzarlo y de tomar las alturas vecinas.

A escape recorrí los trenes buscando soldados.

En mi camino encontré al General Murguía, que trataba inútilmente de organizar algunas fuerzas.

El desconcierto era espantoso: Los soldados habían roto las formaciones que tuvieran, o por mejor decir, el ataque los había sorprendido en los momentos en que cada uno aisladamente trataba de alistarse y formar su maleta para marchar.

Los civiles abandonaban los trenes precipitadamente cargando con lo que buenamente podían, y a todo correr se dirigían a las casas de adobe de la cercana hacienda.

La confusión más espantosa reinaba por doquier.

Con la confusión vino el pánico, la hecatombe.

Una pequeña fuerza de caballería tímidamente entró al combate.

El intrépido aviador Carlos Santana se elevó en su aereoplano sobre el enemigo a escasos veinte metros y lanzó las granadas de que iba provisto, sin que ninguna de ellas llegara a hacer explosión.

Una granizada de balas lo abatió y todo maltrecho tuvo que aterrizar, ileso él por fortuna, no así el aparato, perforado por proyectiles que hicieron de sus alas verdaderos arneros.

Algunos infantes se habían ocultado tras de las ruedas de los trenes y desde ahí hacían fuego.

Ninguna fracción organizada aparecía por alguna parte. La tropa se había dispersado, revuelta con el elemento civil que nos acompañaba.

Estábamos definitivamente perdidos.

En pocos minutos más el enemigo estaría mezclado entre nosotros; seríamos muertos o prisioneros.

Ante lo irremediable de la situación pensé en el Presidente, en salvarlo a toda costa con la premura del caso.

Llegué hasta la plataforma del carro presidencial en que se alojaba.

\* \* \*

Tranquilamente el señor Carranza estaba sentado en uno de los sillones del hall del carro y observaba impertérrito, a través de los cristales de las ventanillas, el desorden inusitado y el pánico reinante. En nada se alteraba su tranquila faz.



Estaba solo.

Sin desmontar, le dije desde afuera:

—Señor, estamos perdidos; esto no tiene ya remedio. Hay que escapar desde luego, dentro de unos momentos tenemos ya al enemigo aquí mismo. Salga usted.

—No, —me contestó, sin la más leve emoción, con la lentitud que siempre ponía en sus palabras— el General Murguía va a organizar las tropas para rechazarlos. No salgo yo de aquí.

—Señor, —imploré— salga usted antes de que ya sea tarde. Ni el General Murguía ni nadie podrá ya organizar las tropas. El pánico se ha apoderado de todos, es completamente imposible.

—No salgo, aquí me quedo.

No se movía del sillón en que reposaba; ni un músculo de su rostro se contraía; ni la más leve alteración de su voz demostraba el más pequeño temor, no obstante los terribles instantes que estaban transcurriendo y a pesar de que ya una lluvia de balas caía sobre el tren, procedentes de los que estaban en los cerros de nuestra derecha, ya coronados de infantes que empezaban a descender hacia nosotros. Algunos proyectiles rebotaban siniestramente en las ruedas del carro presidencial y otros más cercanos daban en el barandal dorado de la plataforma.

Algunos jefes, ya en franca huída, pasaban a mi lado galopando.

Olvera llegó hasta mí y quedamente me dijo:

—Ya no hay nadie que defienda el frente ni nada: ¡vámonos!

—Debemos sacar al Presidente, le contesté.

Aún me insistió un momento y por fin se alejó.

Un soldado, parapetado pecho a tierra detrás de una rueda del carro, disparaba su fusil metódicamente sobre los infantes del cerro y atraía sobre sí y sobre el carro en general las balas de ellos.

El General Murguía llegó presuroso, y al igual que yo pidió al Presidente que accediera a salvarse.

Algunas personas montadas se detenían un momento ante el señor Carranza, decían algunas palabras y desaparecían a poco.

A unos cuantos metros frente a nosotros, don Manuel Amaya, Introdutor de Embajadores, gritaba a cuanto individuo montado veía:

—¡Le doy quinientos pesos por su caballo, amigo. . .!  
¡Le doy quinientos pesos por su caballo, amigo. . .!

\* \* \*

Por fin el Presidente accedió a bajar.

Se oía ya la gritería de los dragones enemigos. Las balas silbaban terriblemente en nuestros oídos con ese peculiar chirrido que hace encoger los hombros maquinalmente, como si con ello pudiéramos escapar mejor de la muerte.

—No tengo caballo; me lo mataron en Rinconada, dijo el señor Carranza.

—Aquí está el mío, le contesté rápido, echando violentamente pie a tierra.

—¿Y usted?

—Tengo otro, señor, mírelo usted; y le mostré el que llevaba de mano mi asistente, única persona que me acompañaba ya.

Accedió a tomarlo.

—¡Rito!, grité a mi asistente— deténle la silla del otro lado para que monte el señor Presidente.

Montó.

Lejos de echar a caminar desde luego, dada la situación ya espantosa para todos nosotros, pero mucho más para él, se desmontó diciéndole al asistente.

—Están cortas las arciones para mí, alárgalas un poco.

No tomaba para nada en cuenta la apremiante y espantosa situación. Tal parecía que iba a dar su acostumbrado paseo diario a caballo allá en la Capital.

Rito, experto o temeroso, en un instante arregló la montura.

Montó nuevamente el Presidente. Don Manuel Amaya seguía pregonando a voz en cuello para adquirir un caballo.

Todavía el señor Carranza no se movía. Buscó con la vista hasta dar con Secundino, su asistente; al verlo cerca de él le dijo:

—Mira, busca en mi camarote una petaca con papeles que tengo allí; traétela tú mismo.

Después, dirigiéndose al General Murguía y a los contados que le acompañábamos, nos dijo:

—Ahora sí, vámonos.

Paso a paso, sin tomar siquiera el trote corto, él delante, bajamos el terraplén de la vía férrea y tomamos la cercana cuesta arriba camino del vecino rancho de Santa María.

Un grupo disperso de soldados de infantería nos precedía en tumultuoso desorden. Algunos cargaban talegas de pesos tomadas del carro de la Tesorería, abandonado de seguro por los empleados custodios.

En el techo de la finca de la hacienda ondulaba ya una bandera blanca.

El aeroplano de Santana yacía abandonado en mitad del campo.

Una muchedumbre de civiles: hombres, mujeres y hasta niños, se arremolinaba en la casa de la hacienda pugnando por tomar acomodo en ella.

Uno de los trenes empezaba a arder, incendiado por alguno de sus ocupantes.

El fuego enemigo menguaba.

La gritería de los vencedores se escuchaba claramente.

El sol del mediodía se clavaba vertical en la arena plateada de la cuesta por donde caminábamos.

Ibamos a paso lento, como si lleváramos sobre nuestras espaldas toda la enorme carga de nuestro infortunio.

Nos salió al encuentro el Escuadrón de Caballería del Colegio Militar; su jefe, el coronel Casillas, respetuosamente me pidió órdenes.

—Con su escuadrón sirva usted de escolta al Presidente de la República, la dije. Y se incorporó el brillante conjunto de aguerridos y leales muchachos a la retaguardia de nuestra menguada columna de fugitivos.

El rancho de Santa María estaba atestado de soldados de infantería nuestros; algunos jefes trataban de reorganizarlos. No nos detuvimos. Pasamos por en medio de ellos.

Desde la altura en que se encuentra el lugarejo vimos cómo renacía la calma en el campamento que habíamos abandonado y cómo se apiñaban los vencedores en derredor de los desiertos trenes.

Por el lado de Rinconada se veía ya claramente el humo de los trenes enemigos procedentes de México y gruesas polvaredas por sobre la vía, levantadas de seguro por la caballería que de aquel punto llegaba a cooperar con los vencedores.

Bajamos la pequeña altura de Santa María: perdimos de vista para siempre el teatro de nuestra derrota, de nuestra magna y triste debacle, y proseguimos la huída cuesta abajo rumbo a San Miguel Malpáis y a Pozo de Guerra.

Marchábamos cabizbajos, taciturnos, desfallecidos y moralmente agotados; maquinalmente, sin ánimo ya de nada, sin pronunciar palabra, con el gesto sombrío y paso a paso, sin prisa ninguna por escapar.

En cada rostro de los fugitivos se veía el desaliento infinito, la impotencia, el dolor, la desesperanza. Los cuerpos, abandonados sobre las monturas, dejaban que los caballos buenamente caminaran hasta donde fuera posible. Sólo el Presidente, el Primer Jefe Carranza iba erguido en su caballo, majestuoso, impertérrito, altivo y digno en su porte, aunque quizás adolorido en su corazón; caminaba a la cabeza del corto grupo sin demostrar el más leve disgusto, el menor temor, ira o desconsuelo, callado, digno, severo, como una bandera, como un símbolo.

HACIA EL FIN





## V

**B**AJAMOS de la pequeña prominencia en que se encuentra el rancho de Santa María. Salimos de prisa del lugar, lleno de soldados nuestros, amontonados en completo desorden en la pequeña plazuela y entre los “tecorrales” de piedra que la circundaban. Quizás todos pensamos en huir de aquel lugar cuanto antes, temerosos de la acechanza traidora de los mismos nuestros, ya en completa derrota y con deseos ardientes de rendirse al enemigo. ¿Quién nos decía que no conviniera a sus intereses personales capturarnos y entregar buenas presas que les valieran alguna recompensa, o por lo menos su estabilidad en el nuevo orden de cosas?

Más que de prisa salimos de aquel punto. Allí quedaba más de un millar de soldados en completo desorden e invadidos por el pánico. Allá abajo, en Aljibes, el tiroteo



había cesado y el enemigo, en completo desorden también, se agolpaba a los trenes saqueándolos.

A la cabeza de nuestra pequeña columna iba el señor Carranza; a su lado el General Murguía; tras de ellos, sin formación alguna, en pequeños grupos o simplemente uno tras de otro, una amalgama de civiles y militares, el resto de hombres leales de aquella comitiva que había salido de México el día 7 de mayo de 1920.

El licenciado Cabrera, jinete en briosa y soberbia mula, cabalgaba arrogante. Le seguía Aguirre Berlanga, rollizo e incómodo, en paciente rocín.

Don Manuel Amaya, que siempre pudo encontrar quien le vendiera un caballo en los quinientos pesos que ofrecía a voz en cuello cuando el pánico estaba en su grado álgido, llevaba enancado al Contralor de la Federación don Pancho González; seguía Mario Méndez, Pancho Serna, el licenciado Ostos y otros, encajados en caballos medianos de tropa, y en infame jamelgo, flaco y temblón, León Osorio y un amigo y colega de andanzas.

Entremezclados a los civiles iban Federico Montes, Barragán, Mariel, Marciano González, Heliodoro Pérez, Bruno Neira, Pilar Sánchez, varios de los ayudantes del Presidente y algunos de los generales de la columna.

En correcta formación cubrían la retaguardia unos cuantos soldados de caballería y el Escuadrón Escuela de Caballería del Colegio Militar, al mando del Chato Casillas y de Jesús Loreto Howell, la única fuerza organizada que nos quedaba.

Marchaban todos, después de la reciente derrota, de la debacle atroz, con la misma indiferencia, con el mismo ánimo, con la misma entereza que les daba su fogosa juventud, como si de las aulas del Colegio Militar salieran al campo de instrucción. En igual forma y con idéntico ánimo habían salido de México, y al mando de su digno comandante habían cargado sable en mano sobre el enemigo en Apizaco, como si en vez de enconada y sangrienta lucha se tratara sólo de preparado simulacro. Del mismo modo, con la sonrisa en los labios, de incipiente bigote, se habían batido en Rinconada, en la retaguardia de los convoyes resistiendo el empuje violento de grueso núcleo de caballería contraria, y habían esperado a pie firme, sin disparar —con toda tranquilidad, con entereza inaudita— hasta que el enemigo estaba materialmente encima de ellos, y entonces lo habían destrozado por completo, barriendo sus filas y dispersando a los sobrevivientes. De igual manera se batirían ahora mismo. ¡Gloriosos y leales cadetes, dignos sucesores de aquellos héroes del 47!

\* \* \*

Caía la tarde. La columna se movía sin apresuramiento, al paso, sin tomar nunca aire más vivo.

Nadie hablaba. Parecía aquello, más que una columna militar, un cortejo fúnebre.

Pasamos por una ranchería denominada San Miguel Malpáis. Nuestra finalidad era cruzar cuanto antes la vía férrea del Ferrocarril Interocéánico por las cercanías de Oriental, salvar al enemigo que pudiera estar a nuestro ace-

cho y procurar a toda costa internarnos en la sierra de Puebla, lugar recomendado como seguro por el licenciado Cabrera.

Esperábamos de un momento a otro la persecución del enemigo victorioso de Aljibes. En cuanto pasaran los primeros momentos del triunfo, Guadalupe Sánchez —bien lo conocía yo— enviaría en nuestra caza a su segundo, el manco Pedro González, individuo activo, luchador y cruel. Precisábanos ganar lo más posible de tiempo y protegernos en las sombras de la noche, caminando incesantemente, si queríamos escapar.

Cuando terminó la tarde llegamos a una hacienda abandonada, de nombre Pozo de Guerra.

Desmontamos un momento. En el enorme bebedero de cemento de la plazuela dimos agua a los caballos.

En vano buscábamos algo que comer para nosotros; quizás habían huído los habitantes de la ranchería.

Cuando salimos de allí ya había oscurecido por completo.

Marchábamos por un camino pedregoso y estrecho al lado de un larguísimo potrero de piedra.

La noche nos cobijó con su espeso manto negrísimo. No se veía a cinco metros de distancia. Dimos gracias a Dios por deparárnosla tan propicia para la huída.

La oscuridad nos obligó a hacer más compacta la raquítica columna, estrechando lo más posible las distancias entre nosotros. No se hablaba, y tácitamente todos nos hicimos el propósito de no fumar para no delatar nuestro paso con la lumbre de los cigarros.

Caminábamos ahora más de prisa, alternando el paso de los caballos con el trote largo y avanzador. Sabíamos que todo lo más que podríamos caminar aquella noche sería lo único que podríamos ganar al enemigo, pues era del todo seguro que al amanecer del día siguiente saldrían a perseguirnos fuerzas de caballería de diferentes partes. A aquellas horas de seguro se sabría ya el rumbo que llevábamos en nuestra huída, y lógico era presumir que nos cortarían la retirada enviando tropas de Puebla a Jalapa por la línea del Interoceánico a las cercanías de Oriental o Perote, tramo seguro por donde forzosamente tendríamos que pasar.

Cuestión de vida o muerte era para nosotros avanzar lo más posible aquella noche y, a ser factible, hasta pasar la vía del Ferrocarril Interoceánico. Una vez pasada la vía, a poco caminar empezaban las estribaciones de la sierra de Puebla, nuestro punto de destino y nuestro refugio anhelado.

La sierra de Puebla, inexpugnable, defendida por los nietos de aquellos heroicos indios de Zacapoaxtla que se batieron con denuedo hasta rechazar a las huestes napoleónicas, nos prometía seguro amparo. La fertilidad de su bien cultivado suelo, sus recursos naturales y la innata probidad de sus habitantes nos aseguraba la base deseada para reparar nuestras desgastadas fuerzas y para cimentar en ella el Cuartel General de las futuras operaciones militares en nuestra campaña de reconquista.

Un rayo de esperanza iluminó nuestra odisea y todos, como un solo hombre, pusimos nuestro ánimo entero en

ganar todo lo más de camino, en postergar nuestro cansancio físico de tantos días de luchas y de fatigas, en sobrepornernos a nuestro propio cuerpo y triplicar en aquella noche la jornada ordinaria de un día. Ya descansaríamos, ya comeríamos cuando llegáramos a la sierra, pero mientras tanto era necesario avanzar sin descanso, deshacer los riñones si necesario fuere y ganar, ganar lo más posible el camino de la salvación.

La noche fué dura, ásperamente dura; al desaliento inmediato de la derrota de Aljibes vino el ánimo, el deseo ferviente de seguir viviendo, de seguir luchando contra todo, hasta lo último. Sentíamos la satisfacción íntima del cumplimiento del deber y este sentimiento satisfactorio nos confortaba, nos aminoraba el hambre, nos atenuaba la sed, templaba nuestros nervios contra el cansancio y por encima de todo constituía nuestra inquebrantable voluntad de luchar, de salir avante por sobre las circunstancias del momento y de vencer al cabo, aun cuando fuera con el auxilio del tiempo que, más tarde o más temprano, haría que se reconociese nuestra razón.

Caminábamos, sudorosos y quebrantados. Pasaba ya de la medianoche y la marcha, lejos de aminorar, aumentaba en velocidad. No nos detuvimos un solo momento, hasta las tres de la mañana en que llegamos a una hacienda —re-cia construcción de piedra, especie de castillo feudal fortificado, verdadero reducto—, denominada Zacatepec.

Llamamos fuertemente en el formidable portón de la casa grande, gritamos, amenazamos, y por fin hubimos de lograr que nos franquearan el paso.

Entre los componentes de la pequeña columna circuló una orden: echar pie a tierra, no desencillar, aflojar las monturas solamente; dar agua a la caballada y un pienso de maíz; buscar algunas tortillas y un poco de café caliente y estar dispuestos a reanudar la marcha después de una hora.

\* \* \*

En un instante se puso en movimiento la servidumbre de la hacienda; se encendió el fuego en la cocina y la luz en los aparatos del enorme comedor.

En derredor de la grande y tosca mesa nos apiñamos todos con inusitada familiaridad, sin preferencia de ninguna especie, con esa confianza y campechanería que sólo da la desgracia. La única persona que seguía siendo igualmente digna e igualmente respetada era don Venustiano Carranza.

La luz tenue y tristonada del viejo quinqué, colocado en el centro del sucio y roto mantel de la mesa, sombreaba nuestros rostros, demacrados por el agotamiento, con un aspecto siniestro; las sombras de nuestras cabezas ensombreadas se dibujaban en las encaladas paredes de la habitación como siluetas macabras del fantástico aquelarre.

Nadie hablaba. Se esperaba con ansia lo que seguramente nos fuesen a dar de comer.

Olores incitantes de carne asada llegaban hasta nosotros, haciéndonos relamer los labios con avidez al pensar con deleite en la próxima comida.

No había mucho que comer en la hacienda, y con ser nosotros pocos éramos siempre demasiados para que se nos atendiera bien.

Después de la larga espera los criados de la hacienda nos pusieron en la mesa lo que solamente podían darnos: carne asada, frijoles, tortillas y café. Nada de todo ello era en abundancia; nadie alcanzó a satisfacer el hambre atrassada que traía, pero todos dieron muestras de fraternidad repartiéndose religiosamente el pobre alimento en aquella primera noche de desgracia.

\* \* \*

Todavía no clareaba el día cuando emprendimos de nuevo la marcha. En la hacienda quedaron gran parte de los civiles que se habían agregado a nosotros en la huida: la familia del General Murguía, don Manuel Amaya, el Contralor, Pancho Serna y quién sabe cuántos más.

La columna quedaba bastante aligerada de lastre y con mayor libertad de acción para obrar.

Marchábamos con más orden que antes; se dispuso que una fracción sirviera de vanguardia y otra de extrema retaguardia. Caminábamos al trote largo para avanzar lo más posible antes de que fuera de día.

El sol nos sorprendió a pocas leguas de Oriental. Hasta entonces habíamos caminado con cierta seguridad, la que proporciona al fugitivo la sombra de la noche; con la luz del día llegaba el desasosiego, la intranquilidad por la clara realidad de lo existente.

Pronto pasaríamos la vía del Ferrocarril Interoceánico; allí estaba el principal peligro, el temor de que algún tren militar con tropas de caballería a bordo nos esperara y nos obligara a combatir, en desastrosas condiciones para nosotros.

De pronto se detuvo la vanguardia. Nuestra mirada escrutadora buscó por todas partes. Un solo pensamiento acudió a nuestra mente: El enemigo.

Cerca de un rancho, que se veía a lo lejos, unos jinetes trataban de ocultarse.

Dos parejas, carabina en mano, se adelantaron a reconocer. Toda la columna se detuvo ansiosa en espera del resultado; salieron a relucir las armas.

No era nada de cuidado: Paulino Fontes y dos asistentes habían huído por diferente rumbo al nuestro, eran ellos a quienes encontrábamos y gustosos se incorporaban a nuestro lado.

Se continuó la marcha.

El camino, hasta entonces limitado por tecorrales de piedras apiñadas, fragoso y violento, nos llevó a un extensísimo llano, limitado hacia nuestro frente por la ambiciosa sierra de Puebla, del Patriarca Francisco Lucas, y ahora de su sucesor Gabriel Barrios, quien nos protegería. A nuestra izquierda, en la lejanía, se divisaba el caserío de la estación de Oriental, y a la derecha, muy a lo lejos, la fortaleza de Perote en las estribaciones del nevado volcán de Orizaba.

Respiramos satisfechos al observar que no se veía en el horizonte ni el humo de un tren, que en ese caso sería



siempre enemigo, ni la menor nube de polvo, levantada por gente que tratara de cortarnos el paso.

El interminable llano aquel tardamos en recorrerlo largo tiempo; parecía inacabable; creíamos a cada instante que algo inesperado nos impediría cruzar los rieles del ferrocarril; que de pronto irían a aparecer de uno u otro lado columnas de humo de trenes a toda máquina, tupidas polvaredas, o que saldrían de detrás del terraplén de la vía las cabezas de los infantes enemigos parapetados y tendiendo hacia nosotros sus largos fusiles. A veces en nuestros oídos sentíamos el conocido trac-trac-trac de la ametralladora o el silbido de las balas, y entonces, inconscientemente, agachábamos la cabeza tratando de escapar. Nos parecía sorprendente que nos dejaran pasar con toda libertad estando en sus manos el impedirnoslo.

Por fin hubimos de llegar a la vía y de pasarla con toda felicidad.

Aún seguimos caminando al trote toda la mañana y así pasamos por los lugares llamados Coyotepec y Torija.

Cruzamos la vía del ramal del Ferrocarril de Oriental a Teziutlán y en vano tratamos de destruir el camino herrado; no teníamos elementos para hacerlo, ni la más inútil herramienta, y las palancas que trataban de utilizar algunos soldados—consistentes en gruesas vigas metidas entre los rieles y los durmientes—no eran eficaces para lograr el objeto deseado. Nos conformamos con incendiar una pequeña alcantarilla de muy fácil reparación para cualquier tripulación de un tren que tuviera precisión de hacerlo.

Al mediodía llegamos a la hacienda de Santa Lugarda, a la vez estación del ramal del Ferrocarril Oriental a Teziutlán. Se estableció un servicio de seguridad en los puntos avanzados de la vía férrea, hacia uno y otro lados, para vigilar la llegada del enemigo.

Estábamos a cinco leguas escasas de Oriental y en media hora podríamos tener entre nosotros a un tren con caballería contraria, que podría desembarcar rápidamente y perseguirnos. El Escuadrón del Colegio Militar cubrió el servicio eficazmente mientras se daba agua y un poco de maíz a la caballada y comíamos todos en la casa grande de la hacienda, muchísimo mejor y con más tranquilidad que en la madrugada.

Varias de las personas de la comitiva escribieron cartas a sus familiares de México, encargándolas con el administrador de la finca para su envío; algunos hasta dinero dejaron.

Compramos el maíz suficiente para dar de comer a los animales por la noche y las mulas aparejadas necesarias para conducirlo; así pudimos emprender de nuevo la marcha.

Abandonábamos ya definitivamente los peligros del llano y de las vías férreas y nos dirigíamos directamente para la sierra; las pequeñas colinas que íbamos trasponiendo eran, pudiera decirse, las estribaciones de la sierra poblana.

Pasamos por un punto denominado Ocoatepec y fuimos a rendir la jornada, ya bien entrada la noche, a la hacienda de Temextla.

Allí también se estableció un servicio de vigilancia; desensillamos, dimos el maíz a los caballos y nos dispusimos a descansar.

De pronto me sentí enfermo: ardía mi cara, castañeaban mis dientes, y un decaimiento tremendo invadía mi cuerpo. Tuve miedo, miedo a no poder continuar la marcha, miedo a aparecer cobarde en la hora de la última prueba, y a pesar de desfallecer, calenturiento y agotado, sobrepuse mi firme voluntad a mi debilidad física proponiéndome rudamente no cejar, seguir y sólo seguir hasta el fin.

Unos "apretones de arriero" que me dió mi asistente, media botella de mezcal, un yerbajo caliente y una sudada me levantaron un tanto aliviado a la madrugada siguiente del día 16, en que emprendimos la marcha, ya sin apresuramientos, hacia la ya cercana sierra.

\* \* \*

El camino serpenteaba, subiendo y bajando por entre colinas escuetas y atravesando barbechos de tierra suelta. Caminábamos alegremente y ya se charlaba. Renacía la confianza con la proximidad del amparo de los serranos.

Al mediodía llegamos a una altiplanicie y sobre ella al lugar llamado San Andrés; de allí en adelante empezaba la sierra.

Rápidamente cambió el paisaje: el acre terroso del suelo de las colinas y hondonadas fué sustituido por el frondoso verdor de los montes; un vientecillo refrescante, oloroso a vegetación exuberante y a humedad, llenó nuestros pul-

mones del más puro oxígeno y alejó el calor, ya sofocante de mayo, que se dejaba sentir en el lomerío escueto y reseco.

El camino carretero se convirtió en vereda ondulosa y pronunciadamente ascendente. Entrábamos a la sierra.

Toda la pequeña columna aparecía a nuestra vista pues caminábamos cuesta arriba por la culebreante vereda. A veces teníamos necesidad de detenernos para desalojarla de algún grueso arbusto que la obstruía. Estos detalles nos demostraban claramente lo difícil que sería entrar en la sierra sin el consentimiento de sus aguerridos indios. Una treintena de ellos podría fácilmente interponerse ante el paso de una fuerte columna y tenerla a raya incalculable tiempo.

El camino era hermoso: la agreste vegetación de los bosques contrastaba y armonizaba al mismo tiempo con los verdes sembradíos de la tierra bien cultivada. El agua corría en abundancia por los arroyos de las vertientes, y los jacales alegres se perfilaban en medio de los chilares y a la vera de los bambiletes indios.

Pasamos por el primer pueblecillo serrano: San Francisco Ixtamatitlán. Algunos de sus moradores portaban fusiles Mausser; su aspecto claro de aborígenes nos dió a conocer a los famosos serranos descendientes de aquellos de don Juan Francisco Lucas. Al preguntarles por su jefe nos informaron que se encontraba en Tetela de Ocampo, principal pueblo de la sierra, todavía un poco distante.

Más adelante estuvimos en Tecuahuitl y Zitlacuatla, poblados semejantes al primero.

Cerró la noche y dormimos a la salida del último de esos pueblos, a un lado del camino, procurando respetar las verdes milpas de los naturales.

Ya acampados y establecido el servicio de seguridad fué a buscarme hasta mi improvisado alojamiento Secundino Reyes, el asistente de don Venustiano, para ver si tenía yo alguna ropa interior que pudiera facilitar al Jefe, por no tener él la maleta con mudas y ser yo de parecida estatura a la suya. Rito, mi asistente, le entregó lo mejor de mi corto equipaje. Aquella ropa fué la que llevaba en su cuerpo la noche del 20 al 21, en que murió asesinado.

En la noche llovió y la lluvia nos obligó a emprender la marcha, todavía a obscuras.

El sol del día 17 nos sorprendió ya en marcha para Tetela de Ocampo. Estábamos en plena sierra. El camino carretero, no ya la vereda, subía y bajaba incesantemente la recia ondulación del fragoso terreno. Con el aguacero de la noche anterior el suelo estaba lodoso y resbaladizas las grandes piedras, que tanto abundaban en él. Ibamos tranquilos y sonrientes; nos considerábamos ya a salvo del enemigo y perfectamente protegidos dentro del recinto infranqueable de la sierra.

\* \* \*

A media mañana llegamos a Tetela de Ocampo, el poblado más importante del rumbo y el lugar en que sabíamos se alojaba el jefe de las fuerzas serranas, Teniente Coronel Barrios.

Acampamos en la Plaza de Armas. Se estableció otro pequeño servicio de seguridad en los puntos más dominantes del pueblo, y con toda tranquilidad nos dispersamos por las fonduchas cercanas para almorzar.

De seguro íbamos a cimentarnos ya de una manera semi-permanente allí, en Tetela de Ocampo.

Alguien descubrió que en las afueras del pueblo había una casa con baños y hacia allá marchamos todos llenos de contento. El propietario del modesto establecimiento debe haber hecho ese día el mejor negocio de su vida.

Dado el escaso número de cuartos del local fué necesario esperar turno pacientemente, pero era tal el desaseo que llevábamos ya encima que se tenía por bien empleada la demora.

Salíamos plenamente satisfechos del baño que habíamos tomado, remozados y llenos de ánimo, cuando nos sorprendieron los toques de las trompetas del Escuadrón del Colegio Militar llamando a toda prisa a "reunirse". Apenas terminado aquel toque de "reunión" le siguieron los de "botasilla", "a caballo" y "vanguardia de frente".

Así pues se trataba de salir violentamente de allí.

¿A qué obedecía aquella rápida e inesperada determinación?

Era que mientras nos bañábamos, el teléfono que allí tenía el principio de la tupida red que cubre la sierra, funcionó incesantemente tratando de localizar a Barrios, ya que no resultó exacto que se encontrara allí. Las noticias eran vagas y confusas y por ende nada satisfactorias.

Después de largas búsquedas, conferencias con los encargados de los aparatos telefónicos y de obtener diversas informaciones, llegó a saberse que Barrios estaba en el cercano pueblo de Cuautempam, y coincidiendo con este ya mal síntoma se recibió un telefonema anunciando la entrada a la sierra —procedente de Oriental y por el mismo camino que llevábamos nosotros—, de una fuerte columna de caballería enemiga que iba en nuestra persecución al mando del General Jesús Guajardo; al mismo tiempo que la noticia, el telefonema nos daba el buen consejo de continuar desde luego la marcha.

Convenía pues salir a toda prisa de Tetela de Ocampo, con tanta mayor razón cuanto que la situación topográfica del pueblo no era nada favorable, por encontrarse situado en el fondo de una hondonada.

La relativa confianza que habíamos adquirido desde el día anterior se venía por tierra, derrumbada como efímero castillo de naipes. El ánimo un tanto levantado decayó de nuevo.

El cielo se encapotó y una nube negra se deshizo sobre nosotros.

Empinado camino nos sacó de Tetela, y desde allí seguimos sin descanso por ásperas subidas hasta ya entrada la noche, en que arribamos a Cuautempam.

Tampoco allí estaba Barrios. Las noticias telefónicas eran ya francamente pesimistas. Nunca lo veríamos ni contaríamos de seguro con su ayuda. La sierra, los serranos eran neutrales; no nos hostilizaban, pero tampoco nos protegían. Nos aconsejaban por teléfono que no paráse-

mos, que siguiéramos nuestro camino, que saliéramos de la sierra cuanto antes.

La última esperanza se desvanecía; nada quedaba ya. Todo era ya inútil y nuestro total y definitivo aniquilamiento era ya cuestión de más o menos horas, pero nunca de días.

Dormimos dispersos entre los jacales del poblado, protegidos por los puestos avanzados que instaló Heliodoro Pérez con la escasa fuerza de que disponía.

\* \* \*

El 18 amaneció despejado y a poco el sol brillante bañó la verde campiña.

En el jacal que ocupó aquella noche el Presidente nos reunimos varios de sus acompañantes: desayunamos con él, cambiamos impresiones y recibimos órdenes.

Nada sabíamos de lo que acontecía en la República; nuestro mundo se concretaba a aquella sierra por donde caminábamos; de seguro todo lo demás estaba ya perdido, y aun nosotros mismos por la forma en que nos encontrábamos: sin apoyo de los serranos, de ninguna especie, quizás más bien teniéndolos como enemigos, y perseguidos en terreno difícil y hostil con pasos precisos y forzosos; teníamos la seguridad de haber llegado ya a lo último.

Urgía sin embargo tomar una determinación y ésta fué que se aligerara la escasísima columna todo lo más posible, disgregando lo que aún quedaba de fuerza organizada, y continuar la huída lo más de prisa que pudiera ha-



cerse para ver de salir de la inhospitalaria sierra poblana, tratando de ganar la serranía de Querétaro y seguir por ella hasta el norte del país. Cuantos menos fuésemos —no se trataba ya de combatir, sino de escapar— mejor sería; más fácilmente podrían hacerse las marchas y más fácil también sería ocultarse cuando fuera necesario.

Una llamada telefónica avisándonos que el enemigo había llegado ya a Tetela de Ocampo nos hizo salir violentamente del lugar en que habíamos pasado la noche.

Volvimos a tomar nuevamente los aires vivos de trote y galope, de los que parecía no tendríamos ya necesidad. De nuevo apareció ante nosotros el fantasma de la persecución, esta vez más claro y preciso, sumamente tenaz en su empeño.

Según lo acordado con el Presidente, en la primera bifurcación que tuviera el camino que seguíamos debería abandonarnos el escuadrón del Colegio Militar. Así se lo hice saber a su Comandante, el Coronel Rodolfo Casillas, explicándole los motivos que tenía el señor Carranza para tomar aquella determinación, motivos que, más que por dar ligereza a la exigua columna, tenían su origen muy hondo en la parte moral del asunto: estábamos perdidos, podríamos considerarnos ya irremisiblemente perdidos; en cualquier momento podríamos ser alcanzados por el enemigo y ser batidos o capturados; ¿qué falta hacía ya que aquel escuadrón de valientes muchachos se sacrificara? ¿Qué se ganaba con ello, y sobre todo, con qué derecho se exigía el mayúsculo sacrificio a aquellos cadetes que, llegado el crítico momento, seguramente combatirían y

morirían en la desigual lucha? ¿Por qué se les iba a obligar a ellos a hacer lo que no hicieron los demás miembros del Ejército de altas jerarquías, más obligados moralmente a cumplir con su deber, ya que además de su obligación como soldados tenían la más grande aún: la de amigos? Excesivas penalidades habían pasado ya y por nada consentiría el Presidente que siguieran sufriendo. Que se fuesen, organizados como iban, a rendirse al enemigo a la Capital de la República, y que dispusieran de sus vidas como mejor quisieran, llevando en su conciencia la tranquila y satisfactoria apacibilidad del deber cumplido con exceso, y conservando, en lo más profundo de su alma, el agradecimiento de la Patria, personificada en el Presidente Carranza, perseguido, sudoroso y a punto de caer cansado; pero digno y lleno de majestad aun en la desgracia.

Casillas no aceptaba por ningún motivo la orden que yo le transmitía. Se ofendía su honor de soldado digno al considerar que se le mandaba retirarse, en el momento en que quizás eran más útiles los servicios de los que mandaba. Su deber estaba precisamente allí, al lado del Presidente, de la legalidad; su obligación estaba justamente en ser útil y en llegar hasta el sacrificio en su grado máximo; ocasiones como aquellas raras veces se presentaban para sucumbir en el cumplimiento del más alto deber del soldado: la lealtad.

Hay ocasiones en que no deben obedecerse ciertas órdenes, y ésta era una de ellas.

Fué necesario que yo hiciera uso de toda mi autoridad de Encargado de la Secretaría de Guerra para que prome-

tiera obedecerme. Las lágrimas asomaron a sus ojos y rodaron por sus tostadas mejillas.

El Coronel Jesús Loreto Howell, Subdirector de la Escuela de Caballería y por consiguiente segundo de Casillas, abundaba como él en sus ideas y esgrimía a mi lado el ascendiente que pudiera tener por haber sido mi capitán segundo cuando yo apenas era subteniente de la Guardia Presidencial del señor Madero.

La orden del Presidente era terminante: deberían irse.

Trascendió la noticia a poco a todos los cadetes. Señales manifiestas de desobediencia se observaron. No querían dejar a don Venustiano.

\* \* \*

Cerca del mediodía, después de cansado caminar por las prolongadas cuestas de la sierra, llegamos a un pueblecillo llamado Totomoxtla. Era aquel el primer pueblo a que llegábamos en la dura jornada del día, y era allí justamente en donde el camino se bifurcaba. El ascendente, sierra adentro, sería el que seguiríamos; el camino cuesta abajo, hacia la tierra baja, sería el de los cadetes.

En el mostrador de la única tenducha del lugar redacté la orden que por escrito se daba al escuadrón del Colegio para abandonarnos; puse en su redacción, dentro de la reglamentaria fraseología de ritual, toda la sincera emoción que me embargaba.

Casillas recibió el oficio verdaderamente conmovido; sus ojos empañados no acertaban a mirarnos; movía los labios sin poder pronunciar palabra, lo ahogaba la emoción.

Afuera, formados frente a la enramada, los cadetes esperaban.

\* \* \*

Un aviso telefónico nos apremiaba a no detenernos porque el enemigo nos daba ya alcance.

Los cadetes esperaban; sus caras jóvenes reflejaban la amargura de dejarnos. Allá en el fondo sano y puro de sus corazones, todavía de niños, sentían la emoción intensa de abandonar el camino que les trazamos en la escuela. Sus pechos leales estaban orgullosos de proteger a los débiles, y en aquel caso los débiles éramos nosotros, y con nosotros estaban justamente sus deberes de soldados. Los embargaba hondamente el anhelo del sacrificio, y las tenues sombras de sus gloriosos antecesores muertos en Chapultepec iluminaban su fantasía.

Precisaba salir.

Rápidamente me despedí de Casillas y de Howell. Recorrí las filas de muchachos formados, despidiéndome también de ellos. Sus caras juveniles reflejaban la tristeza y el desconsuelo.

Al pasar por su lado musitaban algunos:

—¿Por qué nos echan?; ¿ya no nos quieren? ¿no servimos ya?

O fieramente algunos decían:

—¡No queremos irnos! ¡Nuestro deber está aquí! ¡Ordene usted que sigamos con ustedes!

Howell regaló su mejor caballo al Presidente y se lo envió con Secundino; él y Casillas se despidieron con gran respeto.

Partimos.

Las dos columnas, la nuestra y la de Casillas, se separaron en la bifurcación del camino, a la salida de la rancharía. El nuestro se encaramaba hacia la cima de un cerro, en tanto que el otro se deslizaba en pendiente.

Nos detuvimos un momento.

Bajaba la columna de cadetes. Casillas y sus muchachos, sombrero en mano, nos saludaban agitándolos. Algunos se restregaban los ojos enrojecidos por el llanto.

El señor Carranza saludaba con su sombrero desde la altura en donde se había detenido. Nada decía. Quizás al ver marchar a aquellos heroicos muchachos, al ver agitarse por el aire sus sombreros de petate, al contemplarlos alejarse llorosos, demacrados y harapientos, sintió en su corazón más hondamente el dolor, que viniera arrollándolo desde días antes cuando comenzó el éxodo de sus amigos y el soplo de la fatalidad.

\* \* \*

Penosamente continuamos nuestro triste camino, con el corazón macerado, como si aquellos muchachos que se habían ido fueran algo de nuestra sangre. Al igual que si regresáramos de un entierro, resignadamente.

## LA TRAGEDIA DE TLAXCALANTONGO





## VI

**H**AN pasado largos meses con una monotonía pasmosa y aún están frescos en mi mente los hechos que ocurrieron en aquella trágica noche; al recordarlos siento como si viviera en aquellos terribles instantes, los más atroces de mi carrera militar. La tortura de este recuerdo hace todavía más dura mi estancia en la lóbrega prisión en que me encuentro; los detalles de los sucesos de aquella noche se han grabado en mi cerebro de tal modo que sin duda me martirizarán por todo lo que me resta de vida.

Ni los sufrimientos morales y materiales que experimento en el presidio, ni los numerosos procesos a que estoy sujeto, ni el dolor de mi familia y las lágrimas de mi madre; ni el fin inesperado y trágico de mi carrera militar y la amenaza constante de ser fusilado en cualquier momento hacen que se borren de mi imaginación los acontecimientos de esos días.



La historia de mi vida militar de diez años de aventuras de constante campaña, las memorias manuscritas que guardo narrando los hechos más salientes de ellas, o los que más me impresionaron, parecen condensarse en aquella noche tenebrosa del 20 al 21 de mayo de 1920, con sus pavorosos preliminares de tragedia y su terrible y fatal desenlace. Tal huella dejaron en mí aquellos acontecimientos que parece que durante esas horas viví un tiempo por lo menos igual al que llevo de existencia.

Hoy sufro. El tiempo pasa también con una lentitud desesperante; los días transcurren monótonos, y desde la ventana de mi enrejada celda veo el sol que brilla tenue, amarillento—sin fuerza casi, como mi ánimo— allá en el fondo del patio de los reclusos, más felices que yo porque siquiera pueden disfrutar de un poco de su calor vivificante. Las noches figúranseme más largas aún que esas interminables noches invernales, y las incesantes voces de ¡alerta! del largo cordón de centinelas apostados en el edificio, lúgubres como un salmo mortuario, llegan hasta mí recordándome mi triste condición de preso.

Y no siento rabia, no siento desesperación; no me animan deseos de venganza, ni aun siquiera de recobrar mi libertad; parece que toda actividad ha muerto en mí, y que sólo alberga mi corazón una infinita tristeza, una melancolía que envuelve mis recuerdos y que sólo se remontan a aquella noche lóbrega de la tragedia.

Parece que fué ayer; por mi vista pasan como película cinematográfica los acontecimientos de aquellos días de desesperación y de tristeza. Los primeros: el principio de la

tragedia, la revolución que nacía, la evacuación de la Capital, los combates diarios durante el trayecto hasta la estación de Aljibes, nuestra derrota total en aquel lugar, la fuga del Presidente y de las contadas personas que le acompañábamos por la sierra de Puebla, que considerábamos como refugio y resultó ser el lugar de nuestro total aniquilamiento; los mil detalles de todos estos sucesos pasan por mi imaginación rápidamente, con una velocidad de relámpago, y sólo perduran en mí y se desarrollan pausadamente, como si se complacieran en martirizarme con su tortura los hechos últimos del drama.

Claramente los recuerdo:

Perseguidos por fuerzas de caballería del enemigo, a quienes sólo llevábamos, según las informaciones que recibíamos a cada momento, dos horas de delantera, llegamos al caer la tarde del 19 de mayo, a una pequeña ranchería situada en lo más abrupto de la sierra poblana, llamada Coamachalco. Se estableció servicio de seguridad hasta donde era posible hacerlo, dado que apenas teníamos soldados disponibles, pues dentro de la escasa centena de personas que acompañábamos al Presidente quizás quince o veinte a lo sumo serían individuos de tropa, y la mayoría gente civil, generales y jefes.

De una labor de maíz que verdeaba a la falda de la montaña cogimos rastrojo para el forraje de nuestras cabalgaduras. Después de cenar escasamente, pues en los cuatro o cinco jacales del poblado no había suficientes alimentos para todos, nos acostamos a dormir algunas horas para dar

descanso a nuestros quebrantados cuerpos y así continuar la interminable y penosa fuga en las primeras horas del día.

Llovió fuertemente durante la noche y dormí mal.

A las tres de la mañana fuimos despertados por los asistentes que daban recios golpes en la puerta; a toda prisa me calcé, levantando en seguida a Bulmaro y a Luis López, que no los habían oído y dormían profundamente; también ellos habíanse descalzado. La pequeña habitación estaba materialmente atestada de personas y de monturas que se introdujeron allí para preservarse de la lluvia. Era el primer aguacero de la temporada. La pequeña casita se había goteado mucho debido a lo mal unido de las tablas del techo, por donde se colaba el agua con tenaz persistencia. En la única cama de la habitación yacían cinco personas, amontonadas una sobre otra; el suelo también estaba atestado de gente. Todos comenzaron a levantarse y a sacar fuera las monturas para ensillar.

Don Heliodoro, el dueño de la casa, un campesino muy amable, se había levantado antes que todos y ya tenía hirviendo en la cocina un gran cazo de café.

Mientras los asistentes ensillaban los caballos los muchachos que me acompañaban y yo entramos en la cocina y tomamos sendas tazas de café solo, bien caliente, que nos brindó don Heliodoro.

El General Murguía, con una pequeña lámpara eléctrica en la mano, recorría el campamento excitando a los rehacios a levantarse para continuar la marcha.

El Presidente, ya de pie, se ocupaba en liquidar a los indígenas el maíz y rastrojo verde que habían comido sus

caballos, pues cada uno de los demás de la comitiva había pagado de su bolsillo el forraje consumido para no mermar los fondos de la casi exhausta caja de la columna. Conversé breves momentos con él, a la puerta del jacal en que había pernoctado, y viendo que ya se ordenaba la marcha, silenciosamente, como teníamos por costumbre hacerlo, requerí mi caballo y me uní a los míos, tomando nuestra colocación de siempre en mitad de la columna.

Serían las cuatro de la mañana cuando emprendimos la marcha; continuaba la lluvia; el camino, ya de suyo malo, se hacía peor con la humedad; las grandes piedras de la montaña se habían puesto sumamente resbaladizas, y nuestras pobres cabalgaduras respiraban fatigosamente haciendo esfuerzos para no caer al precipicio, pues el camino seguía al borde de él.

El Mayor Bulmaro Guzmán cabalgaba a mi izquierda y Luis López a mi derecha; Bulmaro montaba ahora el alazán que había dejado uno de los asistentes, a quien en aquel punto había yo ordenado regresara a México con cartas para nuestras familias, y parecía feliz en ese caballo, fuerte y brioso.

—¿Qué tal de caballito?, le interrogué.

—¡Oh!, qué tiene que ver, mi General—me contestó—, éste sí que es un caballo, no la porquería que me traía antes.

—¡Pobre animal!, encima de que le ha traído a usted, herido como estaba, desde Aljibes hasta aquí, todavía lo maltrata.

—Pues sí, es verdad, Dios le tome en cuenta sus buenos servicios, y los zopilotes también—, y se echó a reír a grandes y sonoras carcajadas, como acostumbraba.

Bulmaro era el único de buen humor en la pequeña columna; de todo hacía guasa y reía a mandíbula batiente; para él no había penas, las veía siempre por el mejor lado; su alegría nos daba algo de ánimo en medio de la desolación en que caminábamos.

Comenzaba a clarear el día cuando encontramos a varios indios, a un lado del precipicio por donde pasábamos, con grandes cestos de tortillas que nos ofrecían solícitos.

—¿No quiere rancho, jefe?

—¿Rancho?

—Sí, jefe, ¿quiere?

—Dame —dijo Bulmaro el primero.

Y el que encabezaba nos repartió a todos puñados de tortillas con chile colorado. Llevaban gran provisión de ellas, y se empeñaban no sólo en que comiésemos sino en que guardáramos en las maletas para más tarde.

—Gracias, amigos, y adiós —repuse continuando la marcha, con la mano llena de tortillas.

—Que Dios los ayude, contestaron los indios.

—Es buena gente ésta de la sierra ¿se ha fijado qué hospitalarios son?, me dijo López.

—Sí, en efecto, parece buena, nos ha dado lo que ha podido. Ojalá y también nos hubieran protegido: estaríamos en esta sierra a salvo de nuestros adversarios.

—¿Y por qué no nos habrán ayudado, mi General?, preguntó Bulmaro.

—¡Quién sabe!, algo raro ha de pasar cuando nunca hemos podido ver a Barrios, el patriarca de estos serranos; se nos oculta, parece que nos huye; no nos ataca, pero tampoco nos defiende. La gente que nos persigue, según nos dicen a cada paso por teléfono, ha entrado ya a esta inexpugnable sierra y nos sigue de cerca. ¿Por qué los dejaron entrar, cuando unos cuantos hombres apostados en las entradas forzosas hubieran bastado para impedir el paso de la columna más poderosa?

—Qué raro es todo esto, arguyó López; vaya usted a saber si el tal Barrios ese no se habrá adherido ya al enemigo.

—Todo puede ser en estos tiempos —repuse—, y quedéme reflexionando en nuestra situación.

Fugitivos desde el último combate, efectuado todavía en los convoyes, en la estación de Aljibes; caminando noche y día por la intrincada sierra, sin encontrar amigos en ninguna parte, con noticias alarmantes a cada momento: que una columna de caballería casi les pisa los pies; que sólo llevan ustedes tres horas de ventaja a sus perseguidores; que otra columna, por otro lado de la sierra, ha salido a combatirlos en combinación con la que llevan detrás; que no pasen por tal pueblo, que hay allí enemigo; que se den prisa a salir cuanto antes de la sierra, que es muy peligrosa; que deben aventajar todo lo más que puedan porque les alcanzan ya.

Y nosotros caminando siempre, casi día y noche; sin detenernos, sin descansar apenas, comiendo malamente porque escaseaba todo, pues con nuestra pequeña columna de cien personas levantábamos de los poblados todo lo que

de comer había, y nunca nos bastaba para calmar el hambre que sentíamos. Ya los caballos empezaban a cojear por falta de herraduras, deshechas en aquella abrupta y húmeda sierra; y más temor teníamos a quedarnos sin cabalgaduras que a la falta de alimentos para nuestros molidos cuerpos.

A la cabeza de nosotros, como un pendón glorioso, el Presidente, enérgico, firme, tan sufrido como el que más, comiendo lo poco que comíamos todos, andando a pie y a caballo como cualquiera, pues era el primero en echar pie a tierra cuando el caballo ya no podía, o cuando el camino se volvía muy empinado, como pasaba con frecuencia; personalmente atendía a su caballo, le daba de beber, le tendía el forraje; el hombre siempre fuerte era él: abnegado, hambriento, con la ropa sucia y hecha jirones como nosotros, pero con la entereza que nunca le faltó. ¡Cuántas veces se le propuso que se quedase oculto en algún lugar de la sierra con cuatro o cinco personas, y que nos abandonase a los demás, ya que todo era imposible, que no contábamos con fuerzas ni con recursos, que todos le habían abandonado! ¡Cuántas veces, al invitarlo a quedarse, se le había hecho ver que aquel acompañamiento, más que una escolta, era para él un grave inconveniente por lo heterogéneo de su composición: civiles, veinte o veinticinco; generales, jefes y oficiales, cincuenta, y el resto de tropa; es decir, casi ninguna tropa porque los que iban eran todos asistentes! ¿Qué resistencia podríamos oponer con esos elementos? ¿Qué se podía emprender con la moral caída, con el presentimiento que teníamos todos del completo

fracaso? Seguramente a aquellas horas no contaríamos ya con amigos en ninguna parte, y los pocos que tendríamos tal vez ya para entonces, sin tener noticias del Presidente, se habrían rendido de seguro, engañados quizá sobre la verdadera situación del país, y particularmente del Ejecutivo.

Todos comprendíamos que la aventura estaba perdida; quizás hasta el mismo Presidente lo pensaba así y sin embargo no lo demostraba; siempre igual: firme, digno, con la esperanza del triunfo final, de poder salir de aquella maldita sierra, de poder atravesar la Mesa Central y toda la República, y ya en el Norte levantar el pendón de la legalidad y combatir, combatir hasta obtener la victoria.

Después de algunas horas de penoso caminar, a pie cuando las pendientes eran muy pronunciadas, y a caballo cuando era accesible el camino, llegamos a una ranchería, semejante a todas aquellas de la sierra: una docena de jacales de paja en dos filas, una frente a otra y por en medio de ellas el camino. Se hizo un pequeño alto y echamos pie a tierra mientras nuevos guías, pues los que llevábamos no conocían más adelante, o por lo menos así lo afirmaban, eran contratados para conducir nuestra marcha.

En la ranchería no había recursos de ninguna clase, las chozas, de una humildad rayana en miseria, polvosas y ariscas; allí terminaba la parte hermosa de la sierra de Puebla; hasta allí todo habíamos encontrado bello, cultivado el terreno, cubierto de hermosas milpas, arrogantes y majestuosas; pero de ese lugar en adelante la tierra, aunque feraz, estaba en completo abandono, sin sembrados ni habitantes casi, y cubierta de una vegetación salvaje. Parecíamos



que en aquel punto terminaba la civilización y en adelante entrábamos a un medio más desconocido y más huraño; no encontraríamos ya teléfono, la vasta red que atraviesa la sierra hasta allí llegaba solamente; desde ese momento, pues, careceríamos de noticias, buenas o malas. Lo desconocido verdaderamente empezaba allí.

Al cabo de algunos minutos emprendimos la marcha nuevamente. En un largo trecho el camino era ligeramente plano.

Luis López, mi fiel acompañante desde el principio de nuestra odisea, me dijo de pronto:

—¿Qué le parece, mi General, si me fuera yo a México a avisar a su familia de cómo se encuentra usted hasta ahora?

Comprendí desde luego que aquella situación nuestra le era ya bien pesada; que se cernían sobre nuestras cabezas peligros sin cuento, que el temor que constantemente teníamos encima por las persecuciones del enemigo se acrecentaría más sin duda alguna al abandonar por fin la sierra y salir a la Mesa Central, cruzada por las dos vías férreas más importantes de la República y por un sinnúmero de ramales de las mismas por donde nos podrían mandar infinidad de tropas de refresco, que sin duda nos perseguirían tenazmente y nos darían alcance obligándonos a combatir, haciéndonos prisioneros sin duda o matándonos. Recordé el momento en que López, por cariño a mí solamente, había abandonado a su familia y seguídome en aquella aventura que ya tocaba a su fin; que nada debía al señor Presidente supuesto que hacía corto tiempo que

le había colocado yo a mi lado, y esto en un empleo de segunda categoría; y por último pensé que yo no tenía derecho a retenerlo ni a obligarlo a permanecer junto a mí, y que antes bien aquella prueba de lealtad pesaría sobre mi conciencia; pensé igualmente en que yéndose me quedaba solo, pues todos me habían abandonado, y me dispuse a afrontar yo únicamente la situación, dado que aquellos que tenían una obligación, aunque sólo fuera ésta moral, de permanecer a mi lado se habían ido ya; y si aquellos que yo había formado y que a mí me debían todo lo habían hecho, ¿por qué razón le iba yo a impedir a aquel hombre leal que no se fuera, cuando nada o casi nada me debía: un empleo secundario, no militar, que fué nada más lo que había obtenido, y ya se había excedido en pagármelo ampliamente con su adhesión a mí? Resignadamente le contesté:

—Sí, Luis, me parece bien; en la próxima jornada se va usted a México; yo seguiré mi destino, creo que es éste mi deber. El Presidente me hizo la confianza de nombrarme lo que aún soy y debo serle fiel, estoy obligado a ello y usted no; puede marcharse.

Sin duda él comprendió lo amargo de mis palabras, porque vivamente repuso:

—No, mi General, de ningún modo me iré abandonándolo a usted; era una pregunta tan sólo la que le hacía y nada más; cuente conmigo hasta lo último.

—Gracias, Luis, murmuré, agradecido en el alma.

Arrepentido quizás de lo pasado, se propuso hacerme olvidar el incidente, y lleno de locuacidad me contó su vi-

da entera, desde pequeño hasta que le conocí como guardia de la Presidencia siendo yo oficial de aquel escuadrón, durante el tiempo del mártir Madero.

La parte plana del terreno por donde íbamos había desaparecido y empezaba una empinada subida. Bajamos de los caballos y echamos a andar hacia arriba, cogidos de la cola de los animales, pues habíamos hecho que caminaran delante de nosotros para que nos fuera menos cansada la ascensión. A pesar de la práctica que ya habíamos adquirido de andar a pie en aquellos malos terrenos el camino nos parecía cada vez peor: lleno de piedras grandes y flojas en la tierra y por tanto sumamente movedizas, que nos hacían dar traspies a cada momento al pisar en ellas y estar expuestos constantemente a que el caballo que marchaba detrás pudiera alcanzarnos un pie y lastimarnos. Marchábamos uno tras otro, pues el sitio, sumamente estrecho, no daba lugar a más. La cuesta aquella era enormemente larga, se prolongaba varios kilómetros; el sol, ya cercano al cenit, nos hería con sus candentes rayos perpendiculares; la sed nos abrasaba y el cansancio era cada vez mayor. A ratos paraba un momento la columna para tomar descanso y nuevamente seguía, moviéndose con lentitud debido al gran trabajo que nos costaba avanzar. El camino serpenteaba; a cada vuelta que torcíamos esperábamos ansiosos ver el comienzo del obligado descenso, y era una gran desilusión la que experimentábamos cuando al coronar una cresta veíamos que, en vez de bajar, subíamos cada vez más.

Por fin, ya para el mediodía y después de tres horas de penosa subida, llegamos a la cumbre de aquella enorme montaña; un suspiro de satisfacción salió de nuestro pecho y rápidamente montamos nuestras cabalgaduras. El descenso no debía durar mucho porque la bajada, igualmente pendiente, se iniciaba con prontitud. Otra vez hubo necesidad de echar pie a tierra y empezar el rápido descenso; al principio no sentíamos lo duro de la bajada; nuestras piernas, acostumbradas a la flexión para ascender, encontraban un deleite en hacer el movimiento contrario; poco después, cuando empezamos a resbalar y a sentirnos agotados por lo violento del ejercicio que hacíamos notamos mayor fatiga tal vez que cuando subíamos penosamente. Caminábamos con lentitud por temor a que tanto nosotros como las cabalgaduras diéramos una pisada en falso y voláramos al precipicio, que constantemente nos acechaba y parecía atraernos. Los caballos se detenían a veces resoplando fuertemente, y después, con inseguro paso, instintivamente, emprendían de nuevo la marcha, pisando con cautela las grandes piedras que tapisaban el camino para ver si estaban firmes, o podían, al posar en ellas sus recios cascos, precipitarlos al voladero.

Al voltear un recodo del camino vimos allá, hacia abajo, un pequeño pueblecillo y un río que pasaba a su lado. A su vista nos renació la sed, que ya nos devoraba, pues se había agotado el contenido de nuestras caramañolas. El pueblo que distinguimos era Patla, lugar por el cual teníamos que pasar y detenernos un poco en busca de alimentos; nos reanimamos creyendo llegar ya a él, y hasta

nos propusimos marchar más de prisa; el pueblecillo parecía jugar con nosotros: le veíamos en un recodo del camino y le perdíamos de vista al serpentear hacia el otro lado. La bajada seguía pendienteísima, indudablemente era mayor su inclinación que la subida anterior; el declive se había pronunciado exageradamente ya para llegar al río que brillaba en la falda, el cual tendríamos que vadear para llegar al pueblo.

Alguien me dijo que parecía verse gente armada; me detuve, y con los gemelos de campaña percibí claramente un grupo de hombres montados que recorría las alturas inmediatas al pueblo; quise dar aviso de mi observación a la cabeza de nuestro grupo, en donde marchaban el Presidente y el General Murguía, Jefe de más graduación de la pequeña columna y comandante de la misma, pero vi que ellos también ya habían observado lo que yo, pues tenían en sus manos los anteojos de campaña y señalaban hacia aquel punto.

Continuamos bajando y llegamos por fin a la orilla del río; era profundo y corría pegado a la falda de la montaña que acabábamos de descender tan penosamente; al otro lado de él estaba el pequeño poblado de Patla; un puente derruido, sin piso ya y sólo conservando su esqueleto era lo único que podría facilitarnos el paso. Hubo necesidad de desmontar y pasar por las vigas del puente haciendo equilibrios, mientras los caballos pasaban a nado el caudaloso río. En la orilla opuesta nos detuvimos largo tiempo a esperar el paso de la columna, que se había alar-

gado considerablemente a causa de lo malo del camino. Sentados en unas piedras veíamos cómo allá, en lo alto de la montaña, apenas se distinguían, por lo pequeño, las siluetas de los diez o doce soldados que formaban nuestra retaguardia, mandada por Heliodoro Pérez. Entretanto algunos de nuestros compañeros se habían desnudado y se bañaban regocijadamente.

Nos informaron que ese río era el de Necaxa, que más adelante llega a aquel lugar, y que al formar grandes caídas proporciona la fuerza eléctrica de la ciudad de México.

Después de un pequeño descanso y cuando se hubo incorporado todo el personal de nuestro acompañamiento entramos al poblado en busca de alimentos. El total de cachusas sería una docena, a lo más, distribuidas en derredor de una plazuela; muchas de ellas tenían apariencia de comercios. Todos nos distribuimos en torno de ellas en busca de algo de comer.

A la sombra de un pequeño portal, en un poyuelo, nos sentamos Bulmaro y yo, mientras Luis agenciaba algunos alimentos. Anduvo diligente; poco tardó en llegar gustosísimo con tres botellas de cerveza, una cazuela con frijoles y un puñado de tortillas; era todo lo que allí había. Nos vino de perlas, especialmente la cerveza por el calor que se sentía a aquellas horas. Dijonos que no había podido encontrar más; traía consigo un pedazo de carne, pero como estaba cruda la guardaríamos para la noche, pues había oído decir que allí demoraríamos tan sólo pocos minutos para continuar la marcha.

Nos conformamos con aquello y quedamos encantados; desde México no tomábamos cerveza; era una verdadera ganga.

—Es bueno comer poco, mi General, decía Bulmaro con su buen humor ordinario, no ve usted que si comiéramos mucho, como después tenemos que andar es seguro que nos sentaría mal; mejor es así. ¿No le parece?

—Ya lo creo, le respondí riendo.

En esto un individuo, armado con pistola al cinto y empuñando una carabina, llegó hasta donde estábamos sentados a comprar algo al tendajón de la casa seguramente. Extrañóme ver un desconocido de aquella catadura y en seguida recordé el grupo de hombres armados que había visto con mis lentes desde lo alto de la montaña, cuando descendíamos; créime que éste era uno de ellos, quizás de las tropas del General Mariel, que suponíamos nos eran leales, y le pregunté:

—Dígame, amigo, ¿de qué fuerza es usted?

—De mi General Herrero, jefe. —me contestó respetuoso.

Recordé inmediatamente que Herrero semanas antes se había rendido con sus fuerzas al General Mariel, pues era rebelde, y que éste, satisfecho por haber obtenido tal rendición, le llevó hasta la Capital y me lo presentó, recomendándomelo como hombre honrado y de absoluto orden, y pidiéndome a la vez que se lo incorporara a sus fuerzas, a lo cual no tuve inconveniente en acceder y se libraron las órdenes del caso, quedando desde aquel momento, Herrero y sus fuerzas, incorporados a la brigada de Mariel.

Este último había ido desde México hasta Huauchinango en un tren especial con su Estado Mayor, y tenía algunas fotografías del acto de la rendición y del banquete que con ese motivo tuvieron, en las cuales se veía a Herrero y a Mariel juntos siempre, y al parecer en la más completa confraternidad. Mariel estaba satisfechísimo con la adquisición de Herrero en su brigada.

Así pues, cuando supe que aquella gente que habíamos visto era de la que mandaba Herrero respiré con satisfacción, y pregunté al soldado nuevamente:

—¿Y el General Herrero y su fuerza en dónde están?

—Aquí estamos, esta región es la nuestra.

—Vamos bien, dije, dirigiéndome a López y a Bulmaro—, ya encontramos gente amiga y conocedora de estos lugares.

López, que quería hacerse de un caballo descansado, pues el que traía ya materialmente no podía más, lo mismo que la mula que cargaba las maletas de nuestro equipaje, me consultó sobre si tenía yo dinero para comprar a alguno de aquella tropa dos animales de repuesto. Díjele que sí, y desde luego echóse a buscar quien se los vendiera. Poco tardó en volver: un Coronel apellidado Márquez, de los de Herrero, le vendía un caballo, y un soldado la mula. El Coronel pedía por el caballo, que era pequeñísimo, quinientos pesos, precio que nos pareció exagerado; pero para que no nos desanimásemos montó el animal, lo paseó, lo manejó de distintas maneras para demostrar su buen gobierno; se bajó de él y se metió debajo de las patas para que viéramos lo manso que era; por fin convine en darle tres-



cientos pesos por él, y por la mula doscientos, después de larga discusión con su dueño.

Habían transcurrido los minutos de descanso. Dieron la orden de marcha y empezó a andar la columna.

Caminaba yo en mi lugar acostumbrado cuando sentí tras de mí a alguien que galopaba, con intención tal vez de rebasarme; volví la cabeza y vi al propio Rodolfo Herrero, jinete en un caballo tordillo, en camisa y con pistola al cinto; en seguida me conoció y se me acercó a abrazarme. Conversó un rato conmigo, y entre otras cosas me manifestó que debíamos sentirnos satisfechos de haber llegado a su lado, que estaba dispuesto por completo a defendernos y darnos todo el apoyo de que eran capaces sus fuerzas, que allí significaba mucho, pues era aquel el lugar en que siempre había operado y por tal motivo lo conocía a la perfección; que él sentía inmenso gusto en servirnos en aquella ocasión y que así lo haría; que en trance como aquel, difícil para nosotros, era cuando se conocía verdaderamente a las personas, y que esto que me manifestaba a mí deseaba comunicárselo personalmente al señor Presidente.

Le contesté que le agradecíamos su adhesión, tanto más cuanto que nos servía muchísimo en aquel momento, que el señor Presidente iba a la cabeza de la columna, que se adelantara, que allí iba también el General Mariel, quien le presentaría al señor Carranza, pues yo no lo hacía porque mi caballo estaba cansado y no podría galopar hasta la punta de la columna.

Se despidió de mí y se adelantó para ir con el señor Presidente.

Más tarde supe que al alcanzar al General Mariel le abrazó llorando, diciéndole que aquella era la ocasión de demostrarle su gratitud por los favores que le debía, que contara con él siempre y que se sentía feliz compartiendo la desgracia con nosotros. Mariel, creyendo sinceros sin duda los ofrecimientos de Herrero, lo presentó al señor Carranza, haciéndose responsable de él, y también al General Murguía. Herrero ratificó ante ambos el ofrecimiento que había hecho a Mariel y a mí y se incorporó a nuestra comitiva: iba haciéndole compañía al Presidente y conversaba con él, informándole de la región que era a su cuidado.

En las revueltas que hacía el camino pude observar que, en aquellos pasos difíciles en que era necesario echar pie a tierra y tirar del caballo, Herrero ayudaba a desmontar al señor Carranza tomándolo del brazo para que no resbalara, pues como se sabe era algo obeso y por consiguiente tarde en sus movimientos; le ayudaba a salvar las grandes piedras o las pequeñas zanjas que encontraban y a montar de nuevo cuando se cansaba o el camino iba mejor, sujetándole la cabalgadura por el ronzal para que el caballo no se moviera.

¿Quién iba a dudar, con tales muestras de afecto, de la lealtad de aquel hombre?, ¿quién iba a pensar, viéndolo tan servicial con el señor Presidente y con todos nosotros, que fuese capaz de traicionarnos?

Otra vez se ponía malo el camino y de nuevo principiaba la fatiga para nosotros después del breve descanso que tuviéramos en Patla. A cada momento teníamos necesidad de bajar de los caballos y andar penosamente sobre aquellas resbaladizas piedras de la inclinada cuesta, al borde del precipicio que se abría profundo e imponente a nuestros pies. Un caballo de un soldado que pisó mal rodó al abismo y fué imposible lograr sacarlo; tan profundo así era.

A media tarde llegamos a un pequeño rancho llamado La Unión, en donde se separó de la columna el General Mariel y los que le acompañaban. Su misión consistía en adelantarse a nosotros por una travesía y llegar a Villa Juárez o Xico, lugar guarnecido por tropas que antes estuvieron a sus directas órdenes, a informarse si aún le eran adictos, y en tal caso comunicarlo así al señor Presidente para avanzar hasta allí sin temor; en caso contrario para tomar otro rumbo esquivando esos lugares, pues no estábamos en condiciones de entablar un combate ni mucho menos, sino rehuir todo encuentro con el enemigo; tal era nuestra situación material, pues la moral estaba tan decaída que Bulmaro, refiriéndose a nuestro estado de ánimo, decía:

—Con cuatro tiros que nos dispararan sería más que suficiente para que nos dispersáramos y no formásemos grupos ni de tres personas.

Al separarse Mariel nuevamente recomendó a Herrero con el Presidente como hombre leal, valiente y conocedor perfecto del terreno que recorriamos, diciéndole además

que él nos serviría de guía y nos conduciría a pernoctar en un lugar adecuado y estratégico.

Apenas se separaron Mariel y los suyos, la columna, que se había detenido, continuó de nuevo su marcha. Empezaba a lloviznar y la lluvia amenazaba desatarse fuerte; el cielo se oscurecía y relampagueaba; el camino, como es natural, poníase cada vez peor.

Serían las cinco de la tarde cuando llegamos a San Antonio Tlaxcalantongo, pequeña ranchería compuesta de quince o veinte casuchas de paja y ramas secas diseminadas en un plano de ciento cincuenta o doscientos metros. Hacia nuestra derecha e inmediatamente pegado al pueblo continuaba el precipicio, y en el fondo de él corría un torrentoso arroyo; a nuestra izquierda se destacaba la montaña sumamente escarpada. Se conoce que en ese lugar hubo la intención de hacer un pueblo en forma, pues a su entrada unos muros de mampostería indicaban que allí iría a ser la iglesia, y en el centro de una especie de plazoleta unos pilares, también de piedra, señalaban los cimientos de la casa municipal.

A la entrada del pueblo me llamó la atención, en las paredes de adobe de una choza ya derruida y sin techumbre un letrero mal hecho, pintado con carbón, que decía "Muera Carranza". Deduje desde luego que aquel rótulo tal vez lo habían puesto los soldados de Herrero cuando todavía eran rebeldes al Gobierno y tenían en esos contornos sus cuarteles y madrigueras.

La columna hizo alto en la plazoleta, el agua había arreciado y todos nos cubríamos con impermeables de di-

versas formas y colores; el conjunto presentaba un extraño aspecto.

En vista de que el alto se prolongaba a pesar de no ser la hora acostumbrada de dar fin a la jornada, ya que por lo general rendíamos éstas (cuando así se hacía, pues muchas veces seguíamos caminando sin parar en toda la noche) a las siete de la noche, quise ir a preguntar al señor Presidente sobre el particular y supe por él que allí nos quedaríamos a dormir.

Llamé a los míos y nos pusimos a buscar alojamiento y el forraje para los animales. Otros más listos que nosotros y que venían más adelante nos ganaron los jacales que estaban en mejores condiciones y ya se habían acomodado en ellos; nosotros, después de buscar bien, no encontramos nada mejor que un cobertizo de paja sin paredes, y de seis metros cuadrados a lo sumo. Sin duda allí nos iría a molestar la lluvia, pero era lo único que había.

Desensillamos y colocamos las monturas bajo el centro del techado para resguardarlas del agua; los asistentes se fueron a conseguir grano para las bestias; recorrieron todo el poblado pero fué imposible encontrar nada, ni maíz, ni trigo, ni siquiera tortillas para nosotros. Parecía que la gente había huído de allí; sólo algunas mujeres quedaban y éstas estaban ocultas en el fondo de sus chozas. Dispuse que aunque fuera cortaran zacate y que para cenar nosotros se asara el pedazo de carne que el previsor Luis López había conseguido en Patla. Era la primera vez que no encontrábamos maíz para los caballos y esto me disgustó grandemente, pues necesitábamos más de los animales que

de nuestro propio alimento; las jornadas eran cada día más penosas, y más tarde, al llegar al llano, cuando saliéramos de aquella condenada serranía era seguro que necesitaríamos más aún de los animales, porque seguramente tendríamos que huir rápido de las caballerías que ya habrían mandado en nuestra persecución.

Mientras los muchachos cortaban el zacate y hacían de cenar salí yo a ver al Presidente para pedirle órdenes y conversar un poco con él. Le encontré a la puerta de su jacal, distante del mío unos ciento cincuenta metros más o menos; allí le había alojado Herrero diciéndole sonriente:

—Por ahora aquí será su Palacio Nacional, es lo mejor que se encuentra en el pueblo.

Efectivamente era lo mejor del lugar: de unos cinco metros de largo por cuatro de ancho, con paredes de tejamanil, y frente a él un cobertizo semejante al nuestro para los asistentes y los caballos.

Secundino, el asistente del señor Carranza, se ocupaba en desensillar su caballo cuando yo llegué; el Presidente observaba el estado de su cabalgadura.

—Creo que aquí no estamos bien, señor, le dije.

—¿Por qué General?

—Porque no hay absolutamente nada de forraje para los caballos; el que no tengamos alimentos nosotros es lo de menos, pero la caballada se encuentra ya cansada y hambrienta.

—Es cierto, estamos mal aquí y bien podríamos caminar unas cuatro o cinco leguas más, todavía es temprano;

pero tenemos que esperar noticias de Mariel para saber cómo está el camino para adelante.

El Presidente parecía contrariado; se sentó en el marco de la puerta, casi en el suelo, y llamando a Mario Méndez, Director General de Telégrafos, le ordenó que buscara por la ranchería alguna casa con piso de madera, pues prefería alguna que lo tuviera.

Fué Mario, y a poco regresó, diciéndole que ninguna de las casas del poblado tenía piso de madera como deseaba; que aquella en que estaba era la mejor. El Presidente hizo un signo de disgusto y se resignó a pasar allí la noche.

El licenciado Aguirre Berlanga, Secretario de Gobernación, se había acercado y entablaba conversación con el señor Carranza.

—Licenciado, Dios nos libre de estas últimas veinticuatro horas, dijo don Venustiano, recordando las palabras de Miramón a Maximiliano la noche anterior a su fusilamiento, y pensando sin duda en la actitud de las tropas de Mariel y en la misión que éste iba a desempeñar.

Pregunté al señor Presidente si tenía algo que ordenarme y me contestó que nada, que me retirara a descansar, que ya Herrero, de acuerdo con el General Murguía, Jefe de la Columna, había colocado las avanzadas, que en la mañana saldríamos temprano apenas tuviéramos noticias de Mariel.

Me despedí de él y regresé a mi alojamiento, pensando en lo que acababa de oír y en la posibilidad de que si esa noche tuviéramos un asalto no podríamos huir, dada la si-

tuación tan peligrosa en que estábamos: a un lado un barranco profundo y al otro una montaña inexpugnable; pensaba asimismo en lo triste de nuestra situación y en lo obscuro que se nos presentaba el porvenir.

Al pasar por los muros de piedra, en los cuales seguramente se proyectaba construir el portal de la casa municipal, conté maquinalmente hasta diez de ellos, y me imaginé que, en un desastre, aquellos muros servirían admirablemente para fusilarnos de diez en diez si caíamos prisioneros del enemigo. Esto se me grabó mucho debido seguro al pésimo estado de ánimo en que me encontraba y a las palabras del Presidente, pronunciadas años atrás por el infortunado General Miramón la víspera de morir fusilado en el Cerro de las Campanas, sangriento epílogo del efímero Imperio mexicano.

Llegué al cobertizo y ya ardía una buena lumbre en la cual se asaba la carne; un gran jarro de café hervía esparciendo profusamente su incitante aroma.

Los caballos no querían comer zacate y se habían echado sobre el enlodado suelo; podía más en ellos el cansancio que el hambre.

—No quieren comer los caballos, me dijo el asistente.

—Mañana no tendremos en qué caminar; qué le vamos a hacer, —le contesté.

La cena de aquella noche fué frugal: carne asada sin tortillas y café solo bien caliente.

Ya nos disponíamos a acostarnos cuando llegó el Teniente Coronel Fernández, de la comitiva del General



Barragán, a conversar. Nos dijo que Herrero se había regresado a Patla porque un hermano de él había recibido un balazo de un soldado, en riña, y que ellos, al saberlo por él mismo, le facilitaron yodo y vendas para que atendiese al herido. Continuó hablando de lo malo de nuestra situación, y a poco se despidió y marchóse.

La noche estaba obscurísima, llovía copiosamente y el relampagueo incesante mezclábase con el estruendo de la tempestad que se cernía sobre nosotros. Amontonados todos en el centro del cobertizo, para no mojarnos, procuramos arreglarnos de la mejor manera para pasarla bien. Formé mi cama con los sudaderos de mi montura, puse ésta de cabecera y me acosté. Estuve tentado a descalzarme, titubeé, pero no me resolví a hacerlo a pesar del cansancio que experimentaba; el sueño me dominaba no obstante que aún era temprano. Poco a poco fuéronseme cerrando los ojos y empezó a vencerme el sueño; maquinalmente aflojé el cinturón de la pistola y todavía oí, apenas perceptible, la voz de mi asistente quien decía a su compañero que buscara más leña para que el café estuviera caliente en la madrugada, antes de que partiéramos. A los pocos instantes dormíamos profundamente.

Preocupado como estaba por cuanto nos había pasado y por lo que nos esperaba aún, soñé que nos atacaba el enemigo rudamente en número muy superior al nuestro, que nos sitiaba y que seguramente nos derrotaría. Fijos en mi imaginación estaban los pilares de piedra, donde pensaba que nos fusilarían si caíamos prisioneros. Los dis-

paros de las armas y los gritos de los combatientes los oía perfectamente, el tiroteo era nutridísimo y los nuestros ya cejaban; no podíamos más, moral y físicamente estábamos agotados; íbamos a morir, sin remedio, a manos del enemigo.

En este momento desperté, y cuál no sería mi sorpresa al oír perfectamente fuego de fusilería, silbar de balas, gritos y blasfemias. Creí estar aún soñando, supuse que una terrible pesadilla se había apoderado de mi pobre ser, debilitado por las fatigas y por las vigias, y que aun despierto tenía la obsesión de que nos perseguían. Una bala silbó siniestramente a dos palmos de mi cara y fué a estrellarse en el jarro del café el que rompió con estrépito apagando, al volcarse su contenido, los carbones encendidos en que reposaba y produciendo una explosión que, en mi mente calenturienta, en mi nerviosidad de que era presa, parecióme detonación de explosivo.

Súbitamente desperté del todo y en el acto me incorporé, moví con el pie a mis compañeros, que todavía dormían, y les dije:

—¡A ensillar... aprisa... pronto!

Se levantaron todos prestamente, atontados por aquella brusquedad, sin darse aún cuenta de nada.

Empuñé una de mis pistolas, ya en perfecto dominio de mí, y busqué con la vista los lugares en que se combatía para tomar una resolución.

La casa del Presidente estaba cercada completamente y el tiroteo era espantoso; los fognazos se cruzaban en todas

direcciones y los gritos y blasfemias de los asaltantes ensordecían.

Quise desde luego acudir a aquel lugar, di algunos pasos, titubeé; pretendí disparar sobre aquel grupo, pero pensé que podría herir a alguno de los nuestros y me abstuve de hacerlo. En eso tropecé con un caballo de los míos que yacía muerto en medio de un charco de sangre; al volver la cara mi gente ya había desaparecido; estaban tal vez ensillando, o ya habían huído. Confusamente, envuelto en las sombras de la noche, un hombre pasó cerca de mí gritando insultos al Presidente. Por hacer algo, por cumplir en algo, por vergüenza de mi cobardía, disparé sobre él, a riesgo de herir a algún compañero, pero no vi el efecto de mi descarga.

Nuevamente pensé en ir al lado del Presidente; me encaminé hacia el lugar donde él se encontraba y algunas balas pasaron silbando a mi lado. No se oía un solo grito a nuestro favor, ni un solo ¡viva Carranza! ¿qué pasaría? ¿Habrían huído los nuestros? ¿habrían perecido? ¿se habrían rebelado los mismos acompañantes de don Venustiano? ¿por qué nadie contestaba aquellos gritos contra el Presidente? ¿Éramos yo y las tres personas que me acompañaban, los únicos ignorantes de aquel complot, y todos los demás habían traicionado?

El tiroteo no cesaba, antes bien iba en aumento, y las voces de los atacantes se oían cada vez más cerca.

A tres o cuatro metros de mí alguien hizo fuego sin pronunciar una palabra; al ver el fogueo tres o cuatro contestaron y lanzaban gritos contra nosotros.

La noche en tinieblas, iluminada tan sólo por las descargas de las armas de fuego y por los relámpagos del cielo, infundía pavor; la lluvia continuaba persistente.

Varios jinetes disparando pasaron velozmente en dirección del jacal en que se alojaba el Presidente, lanzando a éste graves insultos.

Me volví hacia los míos, llamándolos en voz baja para que no se nos descubriera.

—¡Luis!. . . ¡Bulmaro!. . . ¡Rito!. . . ¿Dónde están?

Nadie me contestó. Los busqué en el lugar donde habíamos dormido y no estaban. Un caballo, el mío, había caído herido; otro a medio ensillar permanecía atado a un árbol; los demás, sueltos y espantados, se agrupaban temerosos.

—¡Luis!, repetía, ¡Bulmaro!. . . ¿dónde están?. . .

—Aquí vamos, me contestó en voz baja Luis López, que se dirigía hacia la barranca.

—Espérenme, ¡cuidado con la barranca!

Me llegué hasta él, creyendo encontrarlo con los demás, y me extrañó verlo solo.

—¿Y los demás?, pregunté.

—Ya se fueron todos. . . ¡vámonos pronto!

Vacilé un momento entre el cumplimiento de mi deber y el pánico que me invadía; aún pensé en el Presidente, a aquellas horas tal vez acribillado a balazos, ¿por quién?, ¿por los nuestros?, ¿por los enemigos?, ¿por Mariel y sus gentes? ¿Y si ya todos los de la columna habían defecionado y era yo el único que lo ignoraba?, ¿me matarían?

Recordé nuevamente los paredones de piedra que eran mi obsesión, pensé en los míos, en mí mismo, y resueltamente dije:

—¡Vámonos, sí!

A pocos metros de nosotros estaba el precipicio cubierto de vegetación exuberante, más negro aún que aquella fatal noche sólo iluminada algunos instantes por los fogonazos de los disparos y por los relámpagos. En aquel precipicio estaba nuestra salvación o la muerte; muerte vergonzosa en el fondo de aquellas rocas. ¿No era preferible mejor morir de un tiro? . . .

El trueno del cielo se confundía con el fragor del combate; el agua caía copiosa como para lavar la sangre vertida por la traición.

Ya al borde del precipicio una cerca de alambre de púas nos detuvo, desgarrándonos las carnes.

—Con cuidado, dije, tratando de desasirme de los alambres que me aprisionaban.

Libre ya, dirigí la vista hacia atrás; al resplandor mortecino de la lumbre de nuestro jacal vi a algunos hombres desconocidos; oímos una descarga de fusilería dirigida hacia nosotros y las balas silbaron sobre nuestras cabezas.

Resbalamos un poco sobre el deleznable borde del precipicio y nos detuvimos milagrosamente tomándonos de las ramas de los árboles, que se interponían a nuestro paso impidiéndonos caer. Rápidamente cruzó por mi mente la imagen de Blanquet, muerto en el fondo de la barranca de Chavaxtla, en Veracruz; su cabeza sangrentada, despeda-

zada, parecíame verla en el fondo del voladero, de nuevo sentí miedo; empezamos el peligrosísimo descenso.

Me cogía de una rama, probando antes si era fuerte, y me descolgaba por ella hasta llegar a otra. Algunas de ellas, llenas de espinas, me enterraban éstas en las manos hiriéndome cruelmente la piel. De vez en cuando, en voz baja, nos llamábamos mutuamente Luis y yo para cerciorarnos de que allí íbamos.

Apenas habíamos bajado unos cuantos metros cuando sentimos sobre nuestras cabezas un bulto enorme que se desplomaba, nos detuvimos para hacernos a un lado: era un caballo que, tirado por alguien, se precipitaba al fondo del abismo.

—¡Cuidado!, exclamé, ¡se van a matar!

—¿Es usted mi General?, me contestó gozoso Bulmaro, que huía, al igual que nosotros.

—Abandone su caballo pronto —le dije—, de nada le sirve aquí.

Comprendió que era inútil seguir con él y que antes bien constituía un peligro, ya que podía caérsele encima; así pues, haciéndose a un lado le dejó rodar al fondo. El animal, temeroso, se resistía a seguir adelante; quiso regresar, presintiendo sin duda el peligro, pero una mala pisada le hizo rodar con estrépito hacia el abismo; su pesada mole se precipitó estruendosamente, rompiendo arbustos y arrancando piedras, hasta el fin de la tenebrosa barranca.

Ya incorporado Bulmaro, emprendimos de nuevo el difícil descenso; él caminaba delante, yo le seguía y Luis

venía detrás de mí. De rama en rama íbamos bajando con sumo cuidado, procurando pisar en firme y hacernos el menor daño en las manos.

El agua seguía cayendo; arriba oíamos aún el tiroteo y los gritos de los asaltantes; callábamos y sólo con leves señales cuidábamos de no perdernos de vista, marchando sumamente unidos; casi era imposible ver nada; en la barranca la obscuridad era mayor que en el poblado.

El agua y el sudor de mi cuerpo me calaban ya completamente la ropa; las espinas de los arbustos me pinchaban las piernas y los brazos y probablemente ya me tenían la ropa hecha jirones. Bulmaro en una ocasión estuvo a punto de rodar al precipicio por haberse roto una rama que lo sostenía afortunadamente pudo evitarlo. Esto nos sirvió de experiencia para tomar más precaución y no descender hasta no estar bien seguros de la solidez de las ramas de que nos cogíamos. El camino era lento, pero seguro, y sin duda ya habíamos bajado bastante, tal vez estaríamos próximos a llegar al arroyo.

Un ruido de ramas, al romperse, nos hizo prestar atención hacia atrás, que era de donde provenía; eran otros fugitivos que huían también. Llamé a mis compañeros y les hice suspender la marcha a fin de dejar pasar a los otros. Eran como diez personas desarmadas que bajaban de prisa, con el ansia de salvarse.

—Es preferible, dije, que nos quedemos solos, evitaremos al enemigo más fácilmente.

Luego que pasaron, continuamos bajando; al cabo de largo rato llegamos al fondo; pasamos el arroyo, que no

era tan profundo como imaginamos; el agua solamente nos llegaba a las rodillas. Ya en el lado opuesto paramos un poco y prestamos oído atento. El nutrido tiroteo casi había cesado, uno que otro disparo se escuchaba aislado, y algunas veces descargas de tres o cuatro tiros simultáneamente; el mismo pensamiento pasó por nuestra mente:

—Están fusilando, murmuró Luis.

—Sí, asentimos Bulmaro y yo, pobres de quienes les haya tocado.

—¿Y ahora qué vamos a hacer?, preguntó Bulmaro.

Recordé aquel adagio vulgar que dice: "No hay camino más seguro que el que acaban de robar", y pensando que tras de la victoria, necesariamente como complemento de ella viene la persecución, y siendo, como seguramente era aquella gente atacante, conocedora del terreno, era de suponerse que las obligadas salidas del lugar del asalto las cuidaran, y montados, como sin duda deberían estar, recorrieran los caminos a que forzosamente tendríamos que salir, pues en la sierra todo esto es obligado; así pues contesté:

—Vamos a subir un poco y a ocultarnos entre lo más espeso de este bosque, antes de que aclare el día; allí esperearemos para observar qué ha pasado para salir con seguridad cuando se haya ido el enemigo. Si es preciso permaneceremos escondidos todo el día.

Empezamos a subir en forma semejante a la que habíamos bajado, cogiéndonos de las ramas; largo rato subimos con penalidades sin cuento. La lluvia había cesado y empezaba a sentirse el frío de la madrugada. Luis López, que



además de su abrigo llevaba una cobija de las que usan los indígenas, con ancho boquete en el centro, me lo cedió; bien la necesitaba, el agua me calaba hasta los huesos y mi guayabera casi no me abrigaba, mojada como estaba.

El tiroteo había cesado por completo; sólo se oía tropel de caballos al galope y gritos, de beodos tal vez. Habíamos llegado a la cima y el cansancio nos rendía.

—Avancemos un poco más, dije; y con las mismas precauciones que habíamos tenido, apartando las ramas cuidadosamente y pisando sólo en la tierra floja o en el musgo para no hacer ruido, empezamos a andar. Clareaba el día y confusamente se distinguían ya las cosas.

Habíamos caminado una centena de pasos cuando súbitamente apareció a nuestro frente, abriendo las ramas que le ocultaban, un individuo casi sin ropas, con un pañuelo de vivo color atado a la cabeza, en camiseta, con los brazos descubiertos y pantalón corto amarillento. Levantó bruscamente sus manos hacia nosotros, armadas de pistolas automáticas y nos dijo, quedamente, pero con energía:

—¡Alto! ¿A dónde van?

Rápidamente empuñamos nuestras armas, sorprendidos y sin saber qué contestar. El individuo del pañuelo en la cabeza nos conoció luego y bajó sus amenazadoras pistolas, diciéndonos en voz baja:

—No avancen más; a diez metros de aquí, en la orilla de este monte, están los otros; me he tropezado con ellos y me buscan. ¡Silencio!, nada de ruido, o nos descubren.

Me acerqué más a nuestro interlocutor y pude reconocerlo: era el General Pilar Sánchez, de nuestra comitiva,

¡cualquiera le reconocía! casi desnudo, con pantalón de montar, sin polainas, en camiseta sin mangas, sin sombrero, su cabeza cubierta sólo por extravagante pañuelo al estilo baturro; con sus bigotes, que usara siempre erguidos a la borgoñona, lacios ahora y cómicamente caídos, como de chino, por efecto de la lluvia.

—¿Qué sucede?; interrogué.

—Que aquéllos están cerca, a pocos pasos; he querido salir pero al sentir ellos ruido me dispararon y me regresé aquí; son como unos diez.

Se oyó un murmullo de voces cercanas; conversaban. Uno de ellos decía:

—¡Buen golpe!

—Y Carranza, ¿Dónde está?

—Se peló.

—¿Y los demás?

—Unos presos y otros desparramados.

—¿Has oído?, me dijo quedo Pilar.

—Sí, le contesté— el Presidente se salvó por lo visto.

Era lo que yo había entendido; luego agregué:

—Vámonos pronto, antes de que amanezca.

—¿A dónde?

—Más al fondo, a la espesura.

—No, yo aquí me quedo.

—Estás más expuesto, vente.

—No.

Viendo que no quería seguirnos echamos andar hacia atrás en busca de un lugar más seguro y distante de nues-

tros adversarios a quienes oíamos hablar. Pilar reflexionó y determinó seguirnos.

—A un centenar de metros de aquel lugar nos obstruía el paso un barranco de doce o quince varas de profundidad, cortado a pico.

—¿Bajamos? —preguntó rápidamente Bulmaro, que iba adelante.

—Sí, y pronto, —le contesté—, al pie de este barranco está nuestro refugio, en el bosquecillo de al lado.

Bulmaro cogió un gran arbusto que estaba en la orilla, e inclinando una rama hacia él se lanzó al espacio, a riesgo de que ésta se rompiera y se matara; felizmente llegó bien abajo. La rama volvió de nuevo a su sitio y uno a uno fuimos bajando de aquella original manera.

Habíamos hecho una arriesgada suerte de acróbata que, a no mediar aquellas circunstancias, nunca la hubiéramos intentado siquiera.

Ya abajo el bosque virgen, espesísimo, se extendía ante nosotros. Caminamos unos cuantos pasos y debajo de un tupido árbol nos sentamos, rendidos de cansancio.

—De buena hemos escapado, murmuró López.

—Quién sabe todavía, repuso Pilar.

Callamos largo rato, pensando en los trágicos y casi desconocidos sucesos que pasaban.

—¿Quién nos habrá atacado?, pregunté.

—Tal vez Herrero y Mariel.

—¿Será posible?

—¿Quién más puede ser?

—Es verdad.

Otro largo rato de silencio y después nos relatamos nuestras aventuras e impresiones. Pilar contaba que al igual que todos dormía profundamente, habiendo cometido la imprudencia de desnudarse en la creencia de estar completamente seguro, cuando empezó el tiroteo y apenas tuvo tiempo de mal ponerse los zapatos y coger sus pistolas, saliendo violentamente; lo abandonaron sus ayudantes y asistentes, y como recurso supremo se había refugiado en la barranca.

Olvidóse Pilar de nuestra situación y me pidió un cigarrillo. Busqué en mi guayabera y se habían deshecho con el agua, junto con una caja de cerillos que conservaba.

—Se rompieron con el agua, —le dije—, y los cerillos perdieron la cabeza.

—Menos mal que hayan sido los cerillos, —replicó el bromista Bulmaro.

—¿Qué vamos a hacer cuando podamos salir?, preguntó López.

—Informarnos del Presidente, si salió y dónde está; en caso de dispersión buscar un guía que nos conduzca a Necaxa, salvando Xico, porque allí seguramente hay fuerzas contrarias y ocultos en Necaxa resolver lo que mejor convenga. ¿Te parece Pilar?

—Sí, me parece bien; antes que todo urge saber del Presidente.

—Debimos haber estado a su lado, objetó Bulmaro.

Tenía razón, callamos.

Había amanecido, el sol estaba ya a punto de salir y el silencio reinaba en Tlaxcalantongo, como si nada hu-

biera pasado a tan corta distancia. En efecto no parecía que en aquel lugar se hubiera desarrollado una espantosa tragedia hacía apenas unas horas. ¿Qué había pasado con todos los nuestros? ¿habrían logrado escapar?, ¿sucumbirían? Interpretando la conversación de los rebeldes, el señor Presidente sin duda habría logrado escapar; de los demás algunos también habrían huído y el resto estarían prisioneros.

Triste situación la de todos nosotros; completamente derrotados, ahora sí del todo. Nada era el desastre de Aljibes comparado a este último; nuestra bandera de cualquier modo había sido abatida; nuestro sol, como aquel glorioso de Carlos Quinto en Flandes, se había puesto para nosotros.

\* \* \*

Largo rato hacía que permanecíamos inmóviles y callados. Una nubecilla azulada de humo de cigarro se destacó a pocos pasos de nosotros; tal vez alguien caminaba hacia la ranchería por alguna vereda que pasaba por allí cerca. Un murmullo de voces, lejanas primero y más cerca después, nos hizo comprender que dos personas transitaban por el camino conversando; de ellos sin duda era aquel humillo de cigarro; al pasar frente a nosotros nos percatamos de lo que hablaban.

—Nos fué del diantre, decía uno de ellos como contestando al otro, y después agregaba:

—Te doy diez pesos porque me llesves hasta Xico.

—No puedo, decía el otro, tengo mucho quehacer.

—Pues te los doy porque me enseñes nada más el camino.

Se iban alejando y no oímos más.

Desde luego nos supusimos que uno de ellos era de los nuestros, y el otro alguno de la ranchería. Era claro que el asalto había sido desastroso para nosotros; ¿hasta dónde?... lo ignorábamos. Y el enemigo, permanecería aún en el pueblo?, ¿se habría retirado?; ¿y el Presidente, podría huir y escaparía? Estas preguntas nos hacíamos a cada momento con angustiada desesperación.

—Estamos muy mal aquí, dijo en voz baja Sánchez, vámonos; subamos para poder ver algo y resolver lo que hacemos.

Nos levantamos y empezamos a andar, procurando no hacer ruido al pisar las hojas secas que tapizaban el suelo.

Se había adelantado Luis y nos servía de vanguardia, escudriñando, palpando las ramas más fuertes de las que teníamos que asirnos y prestando oído atento para prevenir alguna sorpresa.

Largo rato duró la ascensión, en que hicimos violento ejercicio con brazos y piernas. Cuando llegamos a la cima estábamos rendidos de cansancio y ya la sed nos atormentaba.

Gran desilusión experimentamos al dirigir la vista a nuestros lados: hacia abajo el plateado arroyo serpenteaba en el fondo del precipicio, en el horizonte montañas y más montañas; aquella sierra era interminable; imposible saber para dónde quedaría Xico, para dónde Necaxa, ¿qué hacer?

Anduvimos un rato, ya en tierra plana, y nos detuvimos al pie de unos árboles, a un lado de los cuales había una cerca de alambre, tal vez la que habíamos pasado la noche anterior cuando el tiroteo era más nutrido.

—Coja por toda la cerca, le dije a Luis, y lléguese hasta la rancharía, finjase viandante e indague qué ha sido de nuestros compañeros, cuál es el camino para Xico y luego consígase un poco de agua y algo de comer; aquí le esperamos.

Convenimos en un silbido para reconocernos y marchó López en busca de noticias. Los demás nos quedamos en espera, sentados a la sombra de los frondosos árboles; el sol daba perpendicularmente, era ya mediodía. El cansancio y las desveladas anteriores nos hacían caer de sueño. Acordamos dormir un poco por turnos, quedando siempre uno de guardia para estar a la expectativa de Luis cuando regresara y nos buscara.

Con rapidez vertiginosa pasaron una, dos horas; desperté y aún no regresaba López.

—¿Qué le habrá pasado?, pregunté.

—Tal vez lo hayan cogido, repuso Bulmaro.

Lo esperaremos una hora más, dijo Pilar, si a las tres no viene nos iremos poco a poco del mismo modo que hemos venido, y al caer la noche tomaremos resueltamente el camino real.

Así lo hicimos. La hora aquella de espera nos pareció horriblemente larga; prestábamos atención al menor ruido, pues hasta el cantar de los pájaros se nos confundía atroz-

mente con el deseado silbido; el caer de las hojas de los árboles, las rachas de viento al mover las ramas, todo exaltaba nuestro decaído sistema nervioso.

La sed contribuía a hacernos más insoportable aquella espera; era ya intensa, atormentadora; el ruido del agua del arroyo en el fondo, al caer por las piedras y sus reflejos argentinos, al ser herida por el sol, nos tenían sujetos a un suplicio como el de Tántalo.

Consulté mi reloj, eran las tres de la tarde; ya había pasado el término impuesto para esperar a nuestro emisario; sin embargo, propuse a mis compañeros esperar un cuarto de hora más. Pasaron los quince minutos de prórroga con impaciencia inaudita; era materialmente imposible esperar más, la sed nos mataba. Abandonamos aquel lugar y empezamos a bajar al arroyo. En vano volvía la cabeza en espera de ver de pronto a Luis que regresaba a buscarnos.

En un instante salvamos la enorme altura donde nos encontrábamos y llegamos sudorosos al cristalino arroyo; la sed era un acicate terrible que nos hacía centuplicar las fuerzas para andar más de prisa. Nos arrojamos anhelantes al arroyo y largo rato bebimos. El agua, de tanto caminar bajo la tupida sombra de aquellos árboles, estaba fresquísimas; nos hartamos de ella; parecía que no terminaríamos de beber, tanto era el deseo que teníamos. Nunca como aquella vez había sentido tan terriblemente el martirio de la sed.

Satisfechos, con nuevos bríos, tornamos a subir la barranca hacia el lado contrario, es decir, hacia Tlaxcalantongo, procurando dejar atrás el caserío y atravesando sólo



por entre el bosque, lo cual era bien difícil, pues para ello era necesario caminar en terreno sumamente inclinado. Esto era pesadísimo y muy poco avanzábamos.

La sed se volvió a apoderar de nosotros y no era posible regresar de nuevo al arroyo bajando el precipicio, habría sido el cuento de nunca acabar. Por fortuna la lluvia se vino encima y pudimos tomar agua, a poco de llover, de la que se reunía en los troncos de los árboles y en las grandes hojas de las matas, que servían de providenciales aljibes.

Terminaba el bosque y seguía una enorme colina sembrada de maíz; acabó el suplicio de caminar cogiéndonos de las ramas, que nos habían deshecho las manos, pero en cambio encontramos otro igualmente penoso: la tierra suelta de la colina nos hacía mover con dificultad las piernas, originándonos una fatiga atroz: en ocasiones resbalábamos y caíamos; a ratos salíamos de aquella tierra labrada y cruzábamos un pequeño llano cubierto de yerba resbaladiza por la humedad de la lluvia, que al pisarla nos hacía también caer; de nuevo volvíamos a entrar a lo sembrado, que lo preferíamos por estar más a cubierto de la mirada de nuestros perseguidores. Cuando teníamos que pasar alguno de aquellos llanos sin arbustos grandes lo hacíamos de prisa a fin de evitar que pudiéramos ser vistos.

Al ir por uno de ellos, Pilar, que ahora caminaba adelante, nos dijo huyendo rápidamente:

—¡De prisa, aquí hay soldados!

Nos ocultamos con rapidez, y después con precaución nos asomamos; efectivamente, a cincuenta pasos de nos-

otros, en un pequeño picacho, diez o doce hombres armados estaban al parecer vigilando en espera de algo.

—Buscan fugitivos, dije.

—Silencio, continuemos.

Seguimos nuestra marcha con más precauciones, alejándonos y ocultándonos lo más posible de aquel grupo.

La tarde había terminado y empezaba a oscurecer. Nos sorprendimos de pronto a la vista de un jacal a pocos pasos de nosotros.

—¿Qué hacemos, llegamos?, dijo Pilar.

—Lleguemos, contestamos a una Bulmaro y yo; y sin más nos encaminamos a él, saliendo del maizal en que estábamos y cruzando el pequeño llano que nos separaba. Ya para llegar nos detuvimos bruscamente; habíamos visto un caballo amarrado a pocos metros del jacal; pensamos los tres lo mismo.

—Hay soldados.

—Todo es preferible al cansancio, dije, lleguemos de una vez.

El jacal estaba punto menos que descubierto, llovía casi lo mismo dentro que fuera de él; dos mujeres hincadas frente a sus metates "echaban tortillas", sus hombres, dos indígenas, esperaban impasibles, sentados en cuclillas cerca de la lumbre, tal vez que les dieran de cenar.

Respiramos tranquilos, no había soldados; el caballo que habíamos visto probablemente era de alguno de aquellos hombres y serviría de seguro para las faenas del campo.

—Buenas tardes, dijimos al entrar.

—Buenas tardes, respondieron todos ellos, sin manifestar la menor sorpresa por nuestra presencia.

—¿No han visto a nuestros compañeros?, preguntó Pilar.

—Sí, era infantería, pasó a Xico, respondió el más viejo en malísimo castellano.

Son los nuestros que irán prisioneros, dije quedo a Pilar, todos nosotros estábamos montados.

—Eso debe ser, afirmaron mis dos compañeros.

—Te damos diez pesos porque nos llesves a Xico, dijimos al indio.

—Está lloviendo muy fuerte, no puedo hasta mañana.

—Te damos veinte, dije yo, enseñándole una moneda de oro, tómala.

Hablaron largo rato todos ellos, hombres y mujeres, en lengua aborígen, y por fin accedió a ir el más viejo. Se levantó y se dispuso a salir.

Pilar, como pudo, hablando a señas, les indicó que compraba un sombrero, y después de batallar largo rato y mediante doce reales le dieron uno viejo, con media copa nada más y casi sin alas; se lo puso, que buena falta le hacía, y dejó de tener aquella ridícula figura de baturro, para tomar la no menos ridícula de pordiosero de rancho; en fin, para el caso era lo mismo, igual se le metía el agua a la cabeza con sombrero que sin él.

Compramos unas tortillas, que era lo único que tenían, tomamos agua y salimos tras del indio.

Tomó éste por una vereda y empezó a andar con rapidez, le seguíamos. Como el lugar era plano sentimos gran

alivio, cansados como estábamos de tanto andar en terreno inclinado; pasamos un arroyo por un vado, mojándonos hasta las rodillas. El camino se nos hacía más cansado por la pesadez de las botas mojadas. Nos encontramos otro arroyo más caudaloso que atravesamos pisando en piedras resbaladizas que sobresalían del agua; yo me resbalé, caí al agua y me empapé todo, inclusive la cobija, que sentía después sumamente pesada.

A la legua de andar terminó lo plano y se inició una pendiente ascensional. Se detuvo el indio, desenvainó su cuchillo y apartándose un poco de nosotros cortó varios trozos de caña de azúcar que nos obsequió. Avidamente devoramos algunos trozos guardando otros para más adelante por si después no encontrábamos. Cortó también y pulió groseramente gruesos bastones, que nos dió para apoyarnos y podernos ayudar en la cuesta arriba que comenzaba.

Se había hecho noche completamente cuando empezamos la subida. El principio de aquella marcha lo hicimos con brío, después con pequeños altos para descansar un poco y proseguimos nuevamente la penosa ascensión. El indio, más ágil que nosotros, más descansado y más acostumbrado a aquellas fatigas, parecía estar en su elemento; caminaba de prisa trotando, y apenas rompíamos la marcha le perdíamos de vista; teníamos necesidad de llamarle para que se detuviera porque nosotros apenas podíamos movernos.

Teníamos tres horas de aquella nueva caminata, ya nos era materialmente imposible seguir; estábamos desfalleci-

dos, agotados; hicimos alto y nos tiramos cuan largo éramos a un lado de la vereda; no podíamos más.

La lluvia arreció en esos momentos y ni por ello nos levantamos. Después de un largo rato, Pilar, el más animoso, trataba de convencernos para continuar.

—No puedo ya, le dije, aquí me quedo hasta mañana; es imposible que siga adelante.

—¿Pero cómo te vas a quedar en el campo y lloviendo?; lleguemos aunque sea a algún jacal.

—¿Qué tan lejos hay un jacal?, pregunté al indio.

—Tres leguas más hay uno.

—¡Tres leguas! en esta subida tan resbaladiza; ¡imposible!, no sigo más; márchense ustedes, yo me quedo; no tengan pena por mí.

Providencialmente en aquellos momentos un indígena llegaba de lo alto de la montaña tirando de una mula.

—Gracias a Dios, dijo Bulmaro, tendremos una mula para que monte usted.

El indígena se negaba a detenerse alegando ser ya tarde y que aún tenía que caminar mucho para llegar a su casa y además su mula estaba cansada por haber llevado a otros prófugos hasta Xico. Después de hablar mucho y darle veinte pesos conseguimos que nos llevara por lo menos hasta el jacal aquel que distaba tres leguas; allí dormiríamos y al día siguiente volvería con más bestias para subir hasta Xico.

Fuí el primero en montar; sentí una gran satisfacción al acomodarme en el tosco aparejo y caminar delante de mis compañeros; el animal les servía de apoyo porque se

cogían del rabo y de una de las correas de la montura. Después de un cuarto de hora me apeé y me sustituyó Pilar; así turnándonos seguimos nuestro camino.

La mula parecía conocer aquella sierra a la perfección; trepaba por lugares increíbles, pasaba por angosturas pequeñas; parecía que en vez de cascos tenía garras en las patas, tal era el modo como se afianzaba en las resbaladizas losas. La noche era obscurísima pero la bestia nos guiaba a todos.

Pasaba ya de la medianoche cuando bajamos bruscamente hacia un lado; a un centenar de pasos nos detuvimos ante un jacal. Sus ocupantes dormían y una pequeña lumbre en brasas moría a la puerta de la choza.

El arriero habló en su lengua con los moradores, así que los hubo despertado, y arregló con ellos que nos dieran hospitalidad y nos hicieran un poco de café. Cuando esto consiguió se despidió de nosotros, prometiendo venir en la mañana con suficientes bestias para que por fin llegáramos a Xico.

Toda la familia se puso en pie; después de hacer más lumbre colocaron sobre ella un jarro con agua para el café. La tal familia era numerosísima, lo menos siete personas, y la casucha sumamente reducida; estábamos verdaderamente apiñados.

Nos quitamos la ropa, que ya no aguantábamos de mojada, haciendo caso omiso de nuestro pudor, la exprimimos bien y la pusimos a secar a los lados de la hoguera.

Desnudos nos tendimos en el suelo a descansar un poco en espera del café, pero nos quedamos profundamente dor-

midos hasta el otro día en aquel apiñamiento de gente y en incómodas posturas.

Cuando despertamos había salido el sol. La familia conversaba a grandes voces en su idioma nativo; sólo podíamos entender una que otra palabra en castellano.

—Mataron, mero, mero Presidente.

—¿Oyes lo que dicen?, dije horrorizado a Pilar.

—¿Será cierto?, repuso éste.

Intentamos saber algo más, que nos explicaran más claro, pero imposible entenderles nada.

A poco rato empezaron a llegar chiquillos, probablemente de las cercanías, con pequeños tompeates llenos de tortillas; conté hasta cinco. A señas y ayudados de algunas palabras comprendimos que aquellos niños eran enviados por sus familias que, sabedoras de nuestra triste situación, nos mandaban de comer. ¡Pobre gente! ¡En qué estado de miseria nos vería que les causábamos lástima! Sin duda nosotros éramos más infelices que ellos. Comimos de todo cuanto nos dieron; en el alma agradecíamos aquella caridad. Cuando llegó nuestro arriero nos despedimos, insistiendo inútilmente en que aceptaran algún dinero. Nos encomendaron a Dios, y ya para partir todavía nos llenaron los bolsillos de tortillas y de plátanos.

\* \* \*

Ahora montábamos cada uno nuestra mula. El camino por la sierra era sin duda más pesado que el día anterior, pero para nosotros ya habían pasado los sinsabores; no an-

daríamos más a pie. Las mulitas sudaban en las grandes subidas, se detenían, resoplaban con fuerza, tomaban aliento y nuevamente continuaban. Nunca estimé tanto sus cualidades como aquel día. La jornada fué durísima en extremo. Si no hubiéramos conseguido aquellos animales a pie seguramente habríamos tardado dos días por lo menos, dado nuestro cansancio.

Como a las doce llegamos a lo más alto; de allí en adelante no había más montaña; un gran llano se extendía a nuestra vista y al fondo se divisaba ya Xico.

Poca distancia habíamos caminado en aquel plano cuando escuchamos una detonación como de pieza de artillería.

—¿Oyes?, preguntóme Pilar.

—Sí, es un cañonazo, he oído claramente la explosión de la granada, le contesté.

—¿Qué pasará?

—Dentro de poco lo sabremos, oigamos.

Continuamos, pensando en lo que pudiera pasar adelante. ¿Un combate?, imposible. Contra quién, si todos nosotros probablemente nos habíamos dispersado, y aun cuando no fuera así, no constituíamos enemigo digno de combatirse con artillería, tan maltratados y desmoralizados estábamos. Además, a la primera detonación le hubieran seguido varias otras, era lo lógico. Preguntar al arriero era tiempo perdido, ni nos entendía ni le habíamos entendido.

A la media hora justa, otro cañonazo más cercano se escuchó claramente.

—Ya sé lo que es, dije, recordando la ordenanza.



—¿Qué es?, preguntaron a un tiempo Pilar y Bulmaro.

—Que es cierta nuestra desgracia: ha muerto el Presidente, y esos cañonazos son los honores que le hacen; así lo previene la Ordenanza.

—No es posible, ¿quién puede haber leal aquí para hacerle honores?

—¡Quién sabe!, quizá Mariel.

Una angustia más grande que nuestros sufrimientos y nuestras penalidades corporales se apoderó de nosotros. Desgraciadamente era bien cierto que había muerto el señor Carranza. Todo había terminado; aquel hombre sin igual, aquel hombre cumbre se había derrumbado al terremoto de la traición. Aquel hombre fuerte, bueno, valiente, enérgico, había caído para siempre; con él morían nuestras ilusiones, nuestra bandera, nuestro ideal, nuestra carrera. Desde hoy ya éramos huérfanos, faltábanos nuestro padre que nos diera el consejo oportuno, nuestro Jefe que nos condujera por el camino del bien y de la victoria, a través del enrespado mar de las ambiciones. ¡Pobre familia del héroe, abandonada y en la miseria! ¡pobres de nosotros! ¡pobre país!

Los cañonazos seguían cada media hora. Continuamos nuestra marcha, maquinalmente, sin pensar ya en lo malo del camino, sin sentir ya el cansancio, como autómatas, sin saber por qué ni hacia qué rumbo, lentamente. . . hacia donde nos condujera el destino.

\* \* \*

La placita de armas de Xico estaba pletórica de gente; todas las casas tenían luto en sus puertas; en un cuartel cercano los soldados llevaban también lazos negros en el brazo izquierdo. Algunos compañeros, que habían llegado antes que nosotros, nos desmontaron y nos abrazaban; después nos condujeron a una escuela, que servía de improvisada capilla ardiente. Militares, mujeres y niños rodeaban el cuerpo; todos lloraban.

El cadáver del Presidente yacía en el centro de la estancia, cubierto con la bandera nacional y lleno de flores y coronas con listones impresos.

Llegamos los tres hasta donde se encontraba el féretro. Parecía que el Sr. Carranza dormía tranquilamente; ni una contracción de dolor, ni un gesto de espanto, ni la tristeza se reflejaban en su rostro, a pesar de haber caído traicionado y abandonado de todos los que fueron sus subordinados o amigos. Expresaba la tranquilidad de los justos, de los que han cumplido su misión en la tierra, de los mártires que mueren por su fe, con la satisfacción dibujada en los labios; perdonando a todos: a amigos que lo abandonaron, a enemigos que lo traicionaron y ya caído se cebaron en él. . .

Una angustia terrible se apoderó de mí; las lágrimas se agolparon a mis ojos, y lloré; lloré como no lo hacía desde que era niño, desde que perdí a mi padre. . .

\* \* \*

Fuimos alojados en la casa del Presidente Municipal, don Juan Esquitín, persona finísima que nos proporcionó ropa, comida en abundancia y mullida cama. El señor Esquitín, además de ser la primera autoridad del pueblo era, en unión de su hermano Miguel, de los más ricos comerciantes del rumbo. Su gran casa, situada frente a la plaza de armas, nos servía de alojamiento.

Allí estaban todos nuestros compañeros, no faltaba casi ninguno. Ahora vestíamos ropa nueva, de mezclilla azul la mayoría, hasta de zapatos se nos proveyó, pues los que traíamos ya estaban imposibles de rotos y mojados. Se nos trató con infinidad de atenciones; yo particularmente tuve la suerte, según me lo confesó don Juan Esquitín, de causarle muy buena impresión porque me parecía extraordinariamente a un hermano suyo, ya muerto, a quien habían querido entrañablemente. Así pues me fué muy bien: me proporcionaron la mejor cama, y en lugar de darme ropa igual a la de los demás me prestó la de su uso particular, pues casualmente era de mi cuerpo. Con nada pagaría yo las atenciones que tuvo conmigo aquella familia.

Estábamos reunidos en el amplio salón de la casa todos los fugitivos; se nos servían repetidas copas de cognac, lo que produjo una agradable reacción y bienestar a nuestro dolorido cuerpo. Contaba cada uno sus aventuras de aquellos días y muy especialmente del momento del asalto y muerte del señor Presidente.

Casi a todos nos había ocurrido algo semejante: Al tiroteo huyeron a la barranca y allí se salvaron algunos; aproximadamente la mitad de las personas que formaban

la comitiva presidencial fueron hechas prisioneras cuando dormían, y más tarde puestas en libertad por Herrero, jefe de los asaltantes, no sin antes obligarlas a firmar un acta en donde constaba que el señor Carranza se había suicidado; acta que firmaron obligados por la fuerza, y ante el temor de ser fusilados si se rehusaban a ello.

El ataque lo explicaban de la siguiente manera:

Después de que Herrero nos hizo acampar en Tlaxcalantongo pretextó que a su hermano lo había herido un soldado en Patla, y que por tal motivo regresaba a ese lugar. Hasta hubo alguno de los nuestros que le facilitara vendas y medicamentos. Como a las tres de la mañana un indígena llegó al alojamiento del General Murgía portando un pliego de Mariel, destinado al Presidente, con encargo de entregarlo en propia mano; en él decía que todo estaba bien, o sea que sus fuerzas seguían de parte del señor Carranza, que se podía continuar la marcha sin temor alguno. El señor Presidente no había podido conciliar el sueño en espera de este parte. Así pues, cuando el General Murgía le envió al propio a su jacal, estaba despierto y con la vela ardiendo sobre una desvencijada mesa. Avidamente leyó el contenido de la comunicación, y ya satisfecho indicó al indígena procurara guarecerse del agua a la vera del jacal o en el cobertizo vecino, en donde estaban sus asistentes; ya con la noticia se acostó tranquilo.

El indio, lejos de quedarse, como se le indicaba, se fué sin duda en busca de Herrero, que seguramente a esas horas estaría ya a las orillas del poblado, para notificarle qui-

zá el lugar exacto en que se alojaba el señor Carranza; pues probablemente quiso cerciorarse primero del sitio preciso en que dormía el Presidente, antes de atacarlo, y así no errar el golpe.

A los pocos minutos era rodeada la choza del señor Carranza y se rompía violentamente el fuego sobre sus débiles paredes de madera. El Presidente desde un principio recibió un tiro en una pierna y trató de incorporarse inútilmente para requerir su carabina. Al sentirse herido dijo al licenciado Aguirre Berlanga que estaba a su lado: —“Licenciado, ya me rompieron una pierna”. Fueron sus últimas palabras. Otra nueva herida recibió quizá y su respiración se hizo fatigosa, entrando en agonía. Después penetraron al jacal los asaltantes y le remataron a balazos.

Habían muerto, además del señor Presidente, uno de sus asistentes, éste a la puerta del jacal, y otro del General Murguía, y habían resultado heridos el Teniente Coronel Maclovio Mendoza y el de igual categoría Victoriano Farías. Posteriormente, como queda dicho, fueron hechos prisioneros los que no pudieron huir.

Nada más absurdo que la hipótesis del suicidio: el señor Carranza, según certificado médico, presentaba entre sus heridas tres que eran mortales de necesidad.

Consumada la tragedia acordamos entre todos marchar a México con el cadáver del que había sido nuestro Jefe y entregarnos a los hombres que dominaban la situación para que dispusieran de nosotros.

Durante la tarde fuimos varias veces a visitar el cadá-

ver. En la noche caímos rendidos de fatiga en las mullidas camas de aquella hospitalaria familia.

Al día siguiente, temprano, se hicieron las últimas salvas de artillería y nos dirigimos a Necaxa. A la cabeza de la doliente columna iban veinte o treinta indígenas llevando en hombros el cadáver; a continuación otros tantos con las ofrendas florales que se habían acumulado en la capilla ardiente, quienes al propio tiempo servían para relevar a sus compañeros frecuentemente de la carga del féretro, pues el camino era sumamente malo; los demás, nosotros, los seguíamos, sin formación ninguna, a pie, a caballo o en burros.

A mí me distinguió nuevamente el señor Esquitín prestándome su magnífico caballo y sus arreos de montar: chaparreras, manga de hule y espuelas.

El camino fué largo y triste.

A las dos de la tarde llegamos a Necaxa; un gentío enorme nos esperaba agolpado a la entrada del pueblo. De todas las casas y aun de los árboles pendían tiras de género negro en señal de luto. Una tristeza infinita embargaba a todos.

En la estación dos pequeños trenes de vía angosta nos esperaban para conducirnos a Beristáin.

Antes de partir, el General Murguía ordenó nos formásemos todos a un lado de los convoyes y mandó hacer el saludo militar. Era la última orden de la columna que se nos comunicaba. Decía así:

*Orden General Extraordinaria de la Columna Expedicionaria de la Legalidad, expedida en la Plaza de Necaxa, Estado de Puebla, el día 23 de mayo de 1920.*

El General en Jefe de la Columna, teniendo en cuenta:

Que en cumplimiento del deber marcado al Ejército Nacional, cuya misión fundamental consiste en velar por la pureza de las instituciones, salió de México el día siete de los corrientes la Columna Expedicionaria de la Legalidad en unión del C. Venustiano Carranza, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos;

Que a través de la sierra de Puebla, el señor Presidente Carranza sucumbió a consecuencia de una de las más infames traiciones que registra la Historia Patria, de manera que el manto de la Legalidad ha sido desgarrado, y, por ende, ahora incumbe a la citada Columna, como lo está efectuando, llevar a México el cadáver del ilustre mandatario, que no desmayó en el camino de la salvación de los principios;

Que en las conciencias de todos y cada uno de los miembros que integran dicha Columna está la íntima convicción de que se ha cumplido fielmente con los deberes del buen ciudadano, tanto por lo que respecta a los que portan grados militares, cuanto por lo que hace a los meramente civiles, siendo de loarse en grado extremo la abnegación, lealtad y valentía de todos ya que lo mismo que el señor Presidente no sufrieron ningún desaliento en la marcha emprendida;

Que estando para terminar la misión de la expresada Columna, pues solamente resta acompañar el cadáver del señor Presidente a su última morada en la ciudad de México, es de absoluta justicia para los efectos de la Historia y para el precedente de la posteridad consignar en el presente documento un estímulo de honor a la par que de mérito para los integrantes de la propia Columna.

Por todo lo anteriormente expuesto, esta Jefatura de la columna ha tenido a bien acordar:

*Primero:* Todos los miembros de la Columna Expedicionaria de la Legalidad marcharán a la ciudad de México, en compañía gloriosa del cadáver del señor Presidente de la República, don Venustiano Carranza, a fin de depositarlo en su última morada.

*Segundo:* Efectuado el sepelio del señor Presidente, la Columna quedará disuelta, debiendo presentarse los militares a la Jefatura de la Guarnición de la Plaza de México para lo que disponga el Presidente Provisional que fuere nombrado de acuerdo con la Constitución General de la República.

*Tercero:* Se hace una mención especial de todos los miembros de la mencionada Columna por su abnegación y lealtad al haber acompañado al C. Presidente de la República en la marcha emprendida para salvar la Legalidad.

El General en Jefe,  
*Francisco Murguía.*



Lo que se hace saber a la Columna Expedicionaria de la Legalidad de orden superior.

Comunicada:

El Coronel, Jefe del Estado Mayor,  
*F. de León.*

La lectura de aquel documento ante el cadáver del Presidente, nuestro aspecto de mendigos, maltrechos, sucios, barbudos, enflaquecidos y demacrados por las fatigas, enterneció no solamente a los obreros y gente del pueblo que nos contemplaba con misericordia y que lloraba lastimosamente, sino a nosotros mismos.

Todo había acabado; aquella era la última orden militar que oíamos. Último día de soldados; en adelante no seríamos más militares, viviríamos con ese postrer recuerdo de nuestra vida de guerreros. Más que una orden era aquello un responso, un funeral de nuestra carrera que un día soñamos sería gloriosa.

En el primer tren se acomodaron los jefes y oficiales; en el segundo el cadáver y los generales y personas de carácter civil.

Partimos. El pueblo enternecido nos despidió agitando sombreros y pañuelos.

La tristeza nos invadía; casi no se hablaba, teníamos demasiado con nuestros pensamientos.

Alguien, amante de formulismos y apariencias vanas, propuso le hiciéramos guardia al cadáver. En el primer turno nos tocó al General Murguía, al ingeniero Bonillas,

al licenciado Aguirre Berlanga y a mí; nos colocamos a los lados del féretro maquinalmente.

¡Ironías de la vida!; hacerle guardia al cadáver del Presidente, cuando no se nos ocurrió hacérsela en momentos en que hubiéramos podido servirle en algo, cuando pudimos, si no evitar su muerte por lo menos compartirla con él? Parecióme altamente ridícula aquella actitud nuestra; dióme vergüenza hacer aquel último servicio militar; vergüenza y remordimiento. ¿Para qué todo aquello? . . .

Ya entrada la noche llegamos a Huauchinango. Llovía copiosamente. No obstante el mal tiempo y llegar con tanto retraso nos esperaba una inmensa multitud, de la que se destacaban en primer término las mujeres. Una señorita, tras de depositar una corona de flores en el ataúd dijo una sentida oración fúnebre. Igual cosa hicieron algunas otras personas. El carro iba lleno de flores frescas; proseguimos nuestra marcha.

Bien entrada la noche llegamos a Beristáin; allí abandonamos el tren de vía angosta en que veníamos y transbordamos al que nos conduciría por fin a México. Mucha gente llegada de la Capital nos esperaba: reporteros, curiosos y familiares nuestros. Allí me encontré a algunos amigos míos. En México se sabía que yo había sido de los que habían muerto y grande fué su alegría al verme bueno y sano.

Nos acomodamos como pudimos en el obscuro tren que nos esperaba y emprendimos la última marcha.

Era más de la media noche. Mis amigos y yo comentábamos los sucesos recientes; no sentíamos ganas de dor-

mir; todo eran preguntas, por mi familia, por los ausentes, por lo que le hubiera pasado a cada uno en aquellos días trágicos. Llevaban en una cesta un poco de comer y con apetito devoré lo que había; en todo el día no había probado bocado.

El tren caminaba despacio; se detenía frecuentemente. El jefe militar de él era el General Jesús Novoa, perteneciente al bando triunfante; nos había recibido amablemente y con espontaneidad nos ofreció toda clase de garantías: que se nos respetaría, que no habría molestias para nosotros, que él respondía con su cabeza de nuestra seguridad; innúmeras fueron las muestras de amistad que nos brindó.

Hacia una luna espléndida; en el convoy, todos, menos nosotros, dormían profundamente en los destartados y oscuros vagones.

Nos habíamos detenido en una estación; salí a la plataforma. Dormía todo, ni un alma se veía en el pequeño poblado. Súbitamente me asaltó la idea de bajar y ocultarme allí hasta saber qué ocurriría a mis compañeros al llegar a la Capital; a punto estuve de hacerlo; pero me contuve, pensé en la última orden dada, en nuestro honor, en el deber de dar cristiana sepultura al Presidente de la República.

Cuando llegamos a San Cristóbal Ecatepec, ya en las cercanías de México, el tren se detuvo bruscamente; una valla de soldados rodeó el convoy; se oían voces de mando. Nos fueron llamando a todos los generales que veníamos y a los principales civiles de la comitiva del señor Carranza; bajamos. Creíamos que aquello lo harían con el objeto de evitar que al llegar a México se nos hiciera alguna mani-

festación de simpatía, pues ya sabíamos que una inmensa muchedumbre esperaba, sabedora de la llegada del cadáver del Presidente. En medio de todo pareció acertada esa disposición de las nuevas autoridades y bajamos sumisos, tomando asiento en los automóviles que nos esperaban; íbamos acompañados de algunos oficiales de la Guarnición de México.

Al partir el tren nosotros abandonamos también la estación. A poco andar vimos con sorpresa que nos precedía un camión con cincuenta soldados, y a retaguardia de los coches que ocupábamos otro igual. Estábamos presos. Grande fué nuestro disgusto, nunca esperábamos aquel recibimiento, fundados en la palabra del General Novoa, nuestro custodio, que a su vez nos manifestó la tenía de los altos mandatarios.

Eran las cuatro de la mañana; se detuvieron todos los automóviles y bajaron de los camiones algunos soldados. Creímos, dada la hora y el aparato aquél, que nos irían a fusilar. Esperamos largo rato; se había descompuesto uno de los coches. Continuamos nuevamente y volvimos a parar; parecía que aquella gente gozaba con nuestro sufrimiento.

Llegamos por fin a México a las cinco y media de la mañana, hora en que se nos abrieron las puertas de la prisión.

\* \* \*

Aquí en la prisión sólo vive en mí la tristeza, soy objeto del odio de muchos, de la compasión de otros, de la curio-

sidad de gentes desconocidas para mí que vienen los días de visita a verme de cerca y a satisfacer los deseos de su insana compasión; un cansancio inaudito me consume, cansancio mortal parecido al desfallecimiento; la nostalgia me domina y me parece que todo yo soy una doliente queja.

A veces paréceme que este lóbrego edificio no es lo que realmente fuera, una prisión húmeda y tenebrosa, que estoy en un convento, y que voluntariamente he renunciado a la vida mundana; que castigando mi cuerpo llegaré a purificar mi alma; que mi única ocupación es la meditación; que mi misión, sufriendo y perdonando los males que me han hecho, servirá para que, a su vez, me sean perdonadas las faltas que involuntariamente haya cometido.

Ninguna pasión mala alberga mi corazón; creo que el sufrimiento me purifica y me fortalece.

Todo contribuye aquí a aumentar mi tristeza; las sombras espantosas de mi húmeda celda, a donde nunca llega el sol; los negros y recios barrotes de hierro de las ventanas; las periódicas visitas de mi familia, de mi madre que, al verme sufrir, muy a su pesar no puede contener las lágrimas, pues yo al verla así pierdo los últimos residuos de mi fortaleza; la conversación de mis amigos, que en vano intentan distraerme y pintarme mi situación menos mala de lo que realmente es y que no lo consiguen, porque la evidencia se impone rudamente.

Y si siento un consuelo cuando veo y hablo con las personas para mí tan queridas, y hasta mi celda llega aunque sea tenuemente la luz del día, todo parece morir en mi

MEXICO - TLAXCALANTONGO

alma cuando la tarde cae y tienen que marcharse mis visitantes; el edificio todo se sumerge poco a poco en las tinieblas de la noche. Los escasos foquillos eléctricos alumbran débilmente la lóbrega prisión intentando romper la obscuridad reinante; y con infinita nostalgia, pausadamente, con un monótono ritmo de tristeza, llegan a mis oídos las voces de mis guardianes, que desde lo alto del penal gritan cadenciosamente: ¡Uno... Alerta...! ¡Dos... A... lerta! ¡Tres... Aaaa... lerta!





## INDICE





	<i>Págs.</i>
EL DIA CINCO . . . . .	5
LA EVACUACION . . . . .	21
APIZACO-RINCONADA . . . . .	41
¡ALJIBES! ¡LA DEBACLE! . . . . .	63
HACIA EL FIN. . . . .	87
LA TRAGEDIA DE TLAXCALANTONGO . . . . .	111



ESTE LIBRO SE ACABO DE IMPRIMIR  
EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL  
CVLTVRA, AV. REP. DE GUATEMALA  
96, DE LA CIUDAD DE MEXICO, EL  
DIA 22 DE SEPTIEMBRE DE 1943,  
CON DIBUJOS ORIGINALES DE BUL-  
MARO GUZMAN. SE TIRARON 1,500  
EJEMPLARES EN PAPEL MALINCHE  
Y 500 DE LUJO EN PAPEL CORSICAN

MÉXICO-  
TLAXCALANTONGO

Fue editado por el INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS  
HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO  
Se terminó de reimprimir en 2018,  
en Edigráfica S.A. de C.V., José Ma. Vértiz 1205,  
Col. Letrán Valle, Ciudad de México.  
Su tiraje consta de 1 000 ejemplares.

El general revolucionario y escritor Francisco L. Urquizo, que combatió en las filas del constitucionalismo, fue testigo directo de los últimos días del presidente Venustiano Carranza. Lo acompañó hasta Tlaxcalantongo, donde el Primer Jefe fue abatido por quienes se alzaron en armas en la rebelión de Agua Prieta.

Con pluma magistral, narra en el presente volumen los trágicos acontecimientos, entre ataques de tropas sublevadas, que superaban en número a los leales al presidente, deserciones y otras vicisitudes, frente a las cuales Carranza responde siempre con fortaleza y valentía.

El INEHRM reedita esta versión facsimilar de *México-Tlaxcalantongo* de Francisco L. Urquizo, fuente primaria fundamental para conocer el fin del gobierno y de la vida del gran estadista mexicano Venustiano Carranza.

